

Charlotte Perkins Gilman

DELLAS un mundo femenino

EDICIONES ABRAXAS

Título original: Herland

© 2000 by Ediciones Abraxas

Traducción: Jorge A. Sánchez

Infografía: Xurxo Campos

Impreso en España/ Printed in Spain

ISBN: 84-95536-08-0

Depósito legal: B-40.805-00

## Argumento

«Dellas es un país en el que no hay hombres ni los ha habido por espacio de dos mil años. Sin la experiencia del noviazgo ni esperanzas de un amor romántico, las mujeres del país son distintas del resto de las mujeres del mundo»... ¡y a ese país sin hombres llegan tres intrépidos exploradores!

Dellas es una muy elaborada utopía de Amazonas, de «supermujeres» que conocen sus propias fuerzas y no tienen ninguna dependencia psicológica ni económica respecto a los hombres: su medio casi perfecto es el resultado de una cuidadosa planificación y control de la población.

DELLAS

I

UNA AVENTURA NO DEL TODO INCOMPRENSIBLE

Desgraciadamente escribo de recuerdos. Si hubiera podido llevarme el material con tanto esmero recogido, este libro sería muy distinto. Libretas llenas de notas, meticulosas copias de documentos, descripciones de primera mano, fotografías... perder éstas ha sido lo peor. Tomas a vista de pájaro de ciudades y parques; muchas bonitas vistas de calles, de edificios, tanto interiores como exteriores, de algunos de los jardines más espléndidos y, sobre todo, de las mujeres.

Su aspecto no podrá imaginárselo nadie. A las mujeres, en general, de muy poco sirve intentar describirlas, y encima yo, para las descripciones, no tengo talento. Pero algo hay que hacer; es necesario que el resto del mundo se entere de la existencia de ese país.

No pienso decir nada de su localización, no sea que presuntos misioneros, comerciantes o personas con avidez de conquista vayan a entrar a saco en él. No serían bien acogidos, eso os lo puedo asegurar, y saldrían mucho peor parados que nosotros, si alguna vez llegaran a dar con él.

Todo empezó así. Éramos tres compañeros de clase y amigos. Terry O. Nicholson (lo llamábamos el viejo Nick, y no sin motivos), Jeff Margrave y yo, Vandyck Jennings.

Hacía muchos años que nos conocíamos y nos llevábamos muy bien, a pesar de nuestras diferencias. Teníamos un mismo interés: la ciencia.

Terry era lo bastante rico como para hacer lo que le gustase. Para él la vida era explorar. Tenía varias maneras de manifestar su disgusto por el hecho de que no le hubieran dejado nada por explorar, sólo retazos, apaños, decía. Apañárselas lo conseguía de sobras... era un hombre de muchos talentos, un genio de la mecánica y la electricidad. Tenía una colección de barcos y automóviles, y era uno de nuestros mejores pilotos.

No hubiéramos podido hacer nada sin Terry.

Jeff Margrave había nacido para poeta, o botánico, o las dos cosas, pero la familia le convenció de que se hiciera médico. Lo era y bastante bueno, teniendo en cuenta su edad, pero su auténtico interés eran «las maravillas de la ciencia», como le gustaba llamarlas.

En cuanto a mí, me había licenciado en sociología. Campo lindante con muchas otras ciencias, por supuesto. Y todas me interesan.

El fuerte de Terry eran los hechos... la geografía, la meteorología y cosas por el estilo; Jeff le superaba en biología, y a mí no me importaba de qué hablaran, con tal de que tuviera relación con la vida humana. Y pocas cosas no la tienen.

Los tres tuvimos la oportunidad de agregarnos a una expedición científica. Buscaban un médico, y esa fue la excusa para que Jeff cerrara el despacho que acababa de abrir; buscaban a alguien con la experiencia de Terry, su aparato y su dinero; y y

o me metí por influencia de Terry.

La expedición se adentraría por el millar de afluentes y la inmensa zona circundante de un grandísimo río que tendríamos que remontar hasta donde llegaran los mapas, estudiando los dialectos salvajes y con la perspectiva de encontrar todo tipo de extraña fauna y vegetación.

Pero mi tema no es esta expedición. Para nosotros ésta fue sólo el comienzo.

Lo primero que despertó mi interés fueron los comentarios de los guías. Soy rápido para aprender lenguas, conozco muchas y las hablo con rapidez. Con esto y el excelente intérprete que contratamos, me enteré de muchas de las leyendas y mitos de las tribus dispersas que vivían en la zona.

A medida que remontábamos el valle, por el oscuro laberinto de ríos, lagos, ciénagas y tupidos bosques, detenidos a veces con alguna inesperada y larga estribación de las altas cordilleras que se alzaban a lo lejos, observé que aumentaba la insistencia con que hablaban los nativos de un extraño y espantoso País de Mujeres, allá a lo lejos.

«Allá a lo lejos», «Más allá», «Hacia arriba», decían a modo de dirección, pero sus historias tenían un factor en común: que se trataba de un extraño país sin hombres... un país sólo de mujeres y niñas.

Nadie lo había visto. Era peligroso, mortal, decían, para los hombres que iban allí. Pero se contaban relatos muy antiguos de algún valiente explorador que lo había visto: un Gran País, Grandes Casas, Muchas Personas... Todas Mujeres.

¿Nadie más ha estado? Sí... muchos... pero nunca regresaron. No era un lugar para mí... de esto parecían estar seguros.

Se lo conté a los chicos y se echaron a reír. Yo también, por supuesto. De sobras sabía con qué material solían urdir sus sueños los salvajes.

Pero cuando llegamos al límite de la zona por explorar, el mismo día que nos disponíamos a retroceder y a regresar a casa, como toda expedición que se precie de serlo, nosotros tres hicimos un descubrimiento.

El campamento se hallaba en una lengua de tierra que se adentraba en el caudal principal del río, o por lo menos así lo creíamos nosotros. El agua tenía el mismo color barroso que habíamos visto durante semanas, el mismo sabor.

El caso es que le hablé del río a nuestro último guía, un tipo bastante fuera de lo común, de ojos vivos y brillantes. El hombre me dijo que había otro río: «Más allá, río corto, agua dulce, roja y azul».

Eso me interesó y quise cerciorarme de que lo había entendido, de modo que saqué un lápiz azul y rojo que llevaba conmigo y se lo volví a preguntar.

Sí, señaló el río y luego hacia el sudoeste.

-Río... agua buena... roja y azul.

Terry estaba cerca y se interesó por el gesto del tipo.

-¿Qué dice, Van?

Se lo expliqué.

Terry se entusiasmó.

-Pregúntale a qué distancia.

El hombre nos dijo que era un viaje corto; calcule que serían unas dos horas, tal vez tres.

-Vamos -dijo Terry-. Los tres solos. A ver si encontramos por fin algo. Quizá cina brio.

-O plantas de añil -sugirió Jeff con una indolente sonrisa.

Todavía era temprano; acabábamos de desayunar y dejamos recado de que estaríamos de vuelta antes de anochecer; nos marchamos un poco a escondidas, no nos habría hecho demasiada gracia que nos hubieran tachado de crédulos si no encontrábamos nada, aunque en el fondo confiábamos que algo descubriríamos los tres.

Fueron dos horas largas, casi tres. Me imagino que el salvaje habría ido mucho rápido o solo. Era una maraña desesperante de bosque, agua y cenagal que solos jamás habríamos conseguido atravesar. Pero teníamos un guía y yo veía a Terry, armado de brújula y libreta, anotando direcciones y tratando de situar puntos de referencia.

Al cabo de un tiempo llegamos a un lago pantanoso, muy grande, tanto, que el bosque del entorno se veía bajo y borroso al otro lado. Nuestro guía nos dijo que se podía ir desde allí hasta el campamento en barca, pero «lejos, lejos, todo el día».

El agua era un poco más clara que la anterior, aunque desde la orilla no podíamos estar seguros. La bordeamos una media hora más, mientras el suelo se iba endureciendo; entonces doblamos el recodo de un boscoso promontorio y vimos una región muy distinta... un inesperado panorama de montañas muy altas y desnudas.

-Debe ser una de aquellas largas estribaciones orientadas hacia el este -se aventuró a decir Terry-. Quizás a miles de kilómetros de la cordillera principal. A veces aparecen así, de pronto.

Entonces empezamos a alejarnos del lago, encaminándonos directamente hacia los riscos. Antes de alcanzarlos, oímos un rumor de agua y el guía nos señaló orgullosamente el río.

Era corto. Podíamos ver el lugar por donde brotaba, en forma de estrecha catarata vertical, de un agujero en la pared rocosa. El agua era dulce. El guía se puso a beber ávidamente de ella y nosotros también.

-Es agua de nieve -nos dijo Terry-. Debe venir de las montañas...

Pero en cuanto a lo de que era azul y roja... su color era verdoso. Eso no pareció sorprender al guía. Rebuscó un poco y nos indicó un estanque tranquilo, en cuyas orillas habían marcas rojas; sí, y azules también.

Terry sacó su magnífica lupa y se agachó a investigar.

-Sustancias químicas... no sé de qué tipo. Me da la impresión de que son pigmentos. Acérquemonos más -urgió- a la catarata.

Nos encaramamos por la empinada margen y nos acercamos al estanque bullicioso y espumante que había debajo de las aguas que caían. Escudriñamos los bordes y encontramos señales de color indiscutibles. Y mucho más... Jeff levantó de pronto un trofeo inesperado.

Era sólo un trapo, un jirón largo y deshilachado de tela. Pero perfectamente tejida, con un dibujo y de un color escarlata que el agua todavía no había desteñido. Ninguna de las tribus salvajes que conocíamos elaboraba tejidos de ese tipo.

El guía miró tranquilamente el margen, satisfecho al constatar nuestra excitación.

-Un día azul... un día rojo... un día verde... -nos dijo, y de su bolso sacó otro trapo de brillante color azul.

-Bajar -dijo indicándonos la catarata-. Allá arriba, País Mujeres.

Esto despertó de verdad nuestro interés. Descansamos y almorzamos allí mismo, mientras intentábamos sonsacarle más datos al hombre. No nos dijo más que los otros: un país de mujeres... sin hombres, y también de criaturas, pero sólo niñas. Prohibido a los hombres... peligroso. Algunos habían ido a verlo... pero ninguno había regresado.

Vi que Terry apretaba los dientes al oír esto. ¿Prohibido a los hombres? ¿Peligroso? Me pareció dispuesto a escalar la catarata de un brinco. Pero el guía se negó en redondo a subir, aunque hubiera sido posible trepar por la roca lisa; además, teníamos que reunirnos con el resto del grupo antes del anochecer.

-Quizá demorarán el regreso si se lo contamos -sugerí yo.

Al oír esto Terry se enderezó enérgicamente.

-¡Mirad, muchachos! -dijo-, es nuestro descubrimiento. Nada de contarlo a esos engreídos profesores. Regresemos a casa con ellos, y más adelante podemos volver solos a explorar por nuestra cuenta.

Lo miramos con admiración. No dejaba de resultar atractiva la idea de un puñado de jóvenes sin compromiso a la busca de un país desconocido, estrictamente amazónico.

¡Por supuesto que ninguno se creyó el cuento! Pero aun así...

-Ninguna de las tribus locales tejen así -dije yo, examinando con detalle aquellas telas-. Allá arriba hay gente que sabe hilar, tejer y teñir... tan bien como nosotros.

-Eso implicaría una civilización muy desarrollada, Van. Tal lugar no puede existir... si no se sabría.

-Mira, no sé. ¿Cómo se llama esa antigua república de los Pirineos... ¿Andorra? Muy poca gente ha oído hablar de ella, y hace miles de años que existe sin molestar a nadie. Luego está Montenegro, un estado diminuto y magnífico; por estas altas cordilleras podría haber esparcida una docena de Montenegros.

Durante el camino de regreso al campamento discutimos acaloradamente el tema. Hablamos de ella con tiento y en secreto durante el trayecto de regreso a casa. Y continuamos discutiéndola, todavía sin comentarla con nadie, mientras Terry hacía los preparativos.

Estaba entusiasmado. Fue una suerte que tuviera tanto dinero, ya que de lo contrario habríamos tenido que conseguirlo y pasarnos quizás años hablando antes de poder emprender el viaje, para que al fin resultara un mero entretenimiento para el público, una nota más para los periódicos.

Pero T. O. Nicholson aparejó su gran yate de vapor, cargó a bordo la gran canoa de motor fabricada especialmente para nosotros y las piezas de un biplano «desmontado»; y la única noticia de todo esto fue sólo una gacetilla de tres líneas en las notas de sociedad.

Contábamos con alimentos, vacunas y toda suerte de suministros. Sus experiencias pasadas nos fueron muy útiles y, finalmente, salimos perfectamente equipados.

Nuestro plan era dejar el yate en el puerto más seguro y cercano que encontrásemos, y remontar el interminable río con la canoa de motor, acompañados sólo de un timonel; nos despediríamos de él en el lugar donde habíamos establecido el último campamento con el grupo anterior y exploraríamos el resto del cauce los tres solos.

La canoa quedaría anclada en aquel gran lago poco profundo. Tenía una cubierta especial de hierro chapado, delgada pero muy resistente, que se cerraba como la concha de una almeja.

-Los indígenas no podrán subir a ella, ni dañarla, ni moverla -nos explicó orgulloso Terry-. Despegaremos con la avioneta desde el lago y dejaremos la canoa como base de operaciones para ir y volver.

-Si podemos volver -dijo riendo.

-¿Tienes miedo de que te coman las mujeres? -se burló él.

-Lo de las mujeres no es seguro, ya lo sabéis -dijo Jeff-. Igual nos topamos con un batallón de caballeros con arcos y flechas envenenadas.

-No vayas, si no quieres -comentó secamente Terry.

-¡Claro que voy! Sólo un mandamiento judicial te haría falta para impedírmelo. -Tanto Jeff como yo estábamos seguros de eso.

Pero no paramos de discutir durante todo el viaje.

No hay nada como una travesía marítima para discutir sobre algo. Además, nadie podía oírnos, nadie nos impedía pasar horas tumbados en cubierta, hablando y hablando... qué más podíamos hacer. La absoluta falta de datos sólo ampliaba el campo de nuestra discusión.

-En el consulado del puerto donde dejemos el yate, entregaremos la documentación -propuso Terry-. Si no volvemos -al cabo de un mes, por ejemplo- enviarán una expedición de rescate.

-De castigo, querrás decir -sugerí yo-. Si hemos sido engullidos por las señoras, habrá que castigarlas.

-No tendrán demasiadas dificultades para localizar la última base; he dibujado un mapa aproximado del lago, la pared rocosa y la catarata.

-¿Sí, pero cómo la escalarán? -preguntó Jeff.

-Igual que nosotros, claro. Si tres respetables ciudadanos americanos se han extraviado allí arriba, ellos los seguirán... cómo sea... sin mencionar el reluciente atractivo de ese país de leyenda... llamémoslo «Feminisia» -acabó sugiriendo.

-Tienes razón, Terry. Cuando sepan la historia, habrá una procesión de expediciones remontando el río y un enjambre de aeroplanos despegarán del lago como una nube de mosquitos. -Me reí al imaginarlo-. Ha sido un error no dar la noticia a la prensa amarilla. ¡Los titulares que nos hemos perdido!

-¡No creas! -gruñó Terry-. La idea ha sido nuestra y encontraremos ese país sin ayuda de nadie.

-¿Qué te propones hacer cuando lo hayas descubierto, suponiendo que tengas esa suerte? -preguntó tímidamente Jeff.

Jeff era un ingenuo. Sospecho que se imaginaba el país, si es que de verdad existía, lleno de rosas, de niños, de canarios y de ositos, en fin, ya sabéis qué quiero decir.

Mientras que Terry, en lo más recóndito de su ser, abrigaba visiones de una colonia de vacaciones ideal -sólo Chicas y Chicas y Chicas-, entre las que él iba a... bueno, Terry siempre tenía éxito con las chicas, incluso con otros hombres cerca, por eso no es de sorprender que soñara con que sucedería. Se lo notaba en los ojos, cuando se tumbaba a mirar pasar las largas olas azules, palpándose su impresionante bigotazo.

Yo estaba convencido de tener una idea mucho más clara que ellos sobre lo que nos esperaba.

-Os equivocáis, chicos -insistí-. Suponiendo que el lugar exista, y por lo que parece así es, os encontraréis con una organización de tipo matriarcal, y nada más. Los hombres tendrán su propio mundo aparte, menos desarrollado socialmente que el de las mujeres, a las que visitarán una vez al año, una especie de visita nupcial, digamos. Se sabe que han existido sociedades parecidas, y ésta es sólo una muestra todavía viva.

Allí arriba debe haber un valle, o quizás una meseta especialmente aislada de todo, y por eso no han cambiado sus primitivas costumbres. Y no hay que darle más vueltas al asunto.

-¿Y qué hacen con los niños? -preguntó Jeff.

-¡Ah!, los hombres se los llevan cuando tienen cinco o seis años.

-¿Y cómo se explica que sea tan peligroso como dicen todos los guías?

-Seguro que peligroso lo es mucho, Terry. Debemos ir con mucho tiento. En esa fase cultural, las mujeres saben defenderse perfectamente y los visitantes inoportunos no son bien acogidos.

Y hablábamos sin parar.

Y yo, a pesar de mis aires de superioridad sociológica, atinaba tan poco como ellos.

Resulta curioso, sin embargo, a la vista de lo que encontramos, que los tres nos hiciésemos unas ideas tan extremadamente claras de cómo debía ser un país de mujeres. De nada habría servido decirnos, o que nos dijeran, que eran meras fantasías ociosas.

Estábamos ociosos y especulábamos, no solo durante la travesía oceánica, sino también mientras remontábamos el río.

-Admitida la improbabilidad -solíamos comenzar diciendo con voz solemne, para volver a las andadas.

-Se pelearan las unas con las otras -insistía Terry-. Como es usual entre mujeres.

No podemos esperar encontrar orden ni organización.

-Te equivocas -le decía Jeff-. Será como un convento bajo las órdenes de una abadesa, una pacífica congregación de hermanas.

Yo me reí descaradamente de la idea.

-¡Monjas! Las pacíficas hermanitas suelen ser solteras, Jeff, y han hecho voto de obediencia. Ésas serán simples mujeres, y madres, y donde hay madres, no valen hermanas... por lo general.

-No señor... estarán riñendo a todas horas -añadió Terry-. Y no esperemos inventos ni progreso material; todo será espantosamente primitivo.

-¿Y cómo explicas el telar? -sugirió Jeff.

-¡El telar! Bueno... es sabido que las mujeres siempre han sabido tejer. Pero no pasan de ahí... ya lo verás.

Bromeamos sobre la modestia con que Terry daba por descontada una cálida acogida, pero él continuó en sus trece.

-Ya lo veréis -decía-. Me las meteré a todas en el bolsillo... y luego provocaré peleas entre ellas. Al cabo de unos días conseguiré que me elijan rey. ¡Uau! ¡Ni Salomón en persona tuvo un trono así!

-¿Y nosotros qué? -protesté yo-. ¿Nos nombrarás visires o algo así?

-Sería demasiado arriesgado -dijo con solemnidad-. Podríais organizar una revolución... sí, es lo más seguro. Nada, os tendremos que decapitar, o colgar de un árbol, en fin, no sé qué métodos de ejecución tendrán.

-Recuerda que tendrás que hacerlo tu, personalmente -dijo Jeff sonriendo-. ¡No tendrás esclavos negros, ni mamelucos! Además seremos dos contra uno... ¿verdad, Van?

Las ideas de Jeff y de Terry eran tan distintas que a veces no me quedaba más remedio que procurar mantener la paz entre los dos. Jeff idealizaba a las mujeres al estilo meridional. Era todo caballeridad y sentimentalismo, y esas cosas. Además era muy buen chico; vivía de acuerdo con sus ideales.

De Terry también podía decirse lo mismo, suponiendo que sus opiniones sobre las mujeres pudieran considerarse lo suficientemente corteses para describirlas como ideales. A mí, Terry siempre me había caído bien. Era muy amigo de los hombres, y también muy generoso, y valiente y listo; pero no creo que en los días del colegio nos hiciera mucha gracia verlo en compañía de alguna de nuestras hermanas. ¡No es que fuéramos muy puritanos, cielos, no! Pero a veces Terry se «pasaba de la raya». Y más adelante...

bueno, cada uno con su vida, pensábamos, y nada de preguntas. Pero lo cierto era que, a excepción, tal vez, de la esposa que no era imposible que llegara a tener o de su madre o, naturalmente, de las familiares de sus amigos, Terry parecía creer que las mujeres bonitas estaban allí para divertirse con ellas, mientras que a las feas no valía la pena ni tenerlas en cuenta. A veces incluso resultaba desagradable escuchar sus opiniones. Pero Jeff también me hacía perder la paciencia. ¡A sus mujeres las veía envueltas en halos color de rosa! Yo me mantenía en un justo término medio; muy científico, por supuesto, y solía disertar doctamente sobre las limitaciones fisiológicas del bello sexo. Lo que se dice «progresistas» en cuanto al tema de las mujeres, en aquel tiempo no lo éramos ni por asomo.

De modo que continuamos discutiendo y especulando hasta que, después de un viaje interminable, llegamos al emplazamiento del viejo campamento. No nos costó mucho dar con el río, sólo echamos a andar en aquella dirección hasta que nos topamos con él, y resultó perfectamente navegable hasta el lago. Cuando llegamos a él y empezamos a deslizarnos sobre su reluciente y amplia superficie, al encuentro del enorme promontorio gris, y con la línea recta del salto de agua blanca a la vista, nos emocionamos de verdad. Consideramos, incluso a aquellas alturas, la posibilidad de buscar una forma de escalar la pared de roca y buscar un sendero por arriba, proyecto muy peligroso, además de difícil, a causa del suelo pantanoso de la selva. Terry desechó el plan secamente.

-¡Tonterías, muchachos! Ya lo hemos decidido antes. Podríamos pasarnos meses intentándolo y no tenemos suficientes provisiones para ello. Nada, caballeros, tenemos que arriesgarnos. Si conseguimos regresar sin novedad, estupendo. Si no, bueno, no seremos los primeros exploradores en dificultades. Y habrá cientos después de nosotros.

De modo que montamos la avioneta y cargamos nuestro apretado equipaje de aparatos científicos: la máquina fotográfica, por supuesto; los prismáticos; una provisión de alimentos concentrados. Transformamos los bolsillos en diminutos almacenes llenos de cosas imprescindibles, y cogimos las pistolas, por supuesto... no sabíamos a qué nos exponíamos.

Primero navegamos subiendo y subiendo para hacernos «una idea del terreno», y tomar notas. La sierra se encumbraba muy por encima del verde mar oscuro de la tupida selva. Parecía prolongarse a lado y lado, aparentemente hasta los lejanos picos coronados de nieve que se divisaban en el horizonte, probablemente inaccesibles.

-Hagamos primero un recorrido geográfico -sugerí- para espiar el país, y luego volvemos a buscar más gasolina. A esta enorme velocidad podemos llegar hasta la cordillera y regresar sin problemas. Así podremos dejar un mapa de la zona a bordo de la canoa... por si ha de venir a buscarnos una expedición de rescate.

-Me parece sensato -estuvo de acuerdo Terry-. Aplazaré un día más mi nombramiento de rey del País de las Damas.

Y así iniciamos un largo recorrido bordeando la zona. Doblamos la punta de la sierra más próxima a nosotros, seguimos una de las caras del triángulo a la máxima velocidad, cruzamos la base que se alejaba de las montañas más altas, y volvimos al lago a la luz de la luna.

-No es tan pequeño el reino -dijimos una vez trazado un mapa aproximado y calculadas las medidas, que dedujimos con bastante exactitud a partir de nuestra velocidad de vuelo y de lo que alcanzamos a ver a ambos lados, además de la cordillera lateral del fondo.

-Toda una aventura para el salvaje que se atreva a entrar en ella -dedujo Jeff. Naturalmente también habíamos examinado el interior, y con mucho interés, pero la altura y la velocidad de nuestro vuelo no nos permitieron ver casi nada. Los bordes externos nos parecieron poblados de bosques, pero en el interior había amplias llanuras, y en todos lados parecía haber prados y lugares abiertos. También había ciudades; de eso yo estaba seguro. Daba la impresión de ser ...en fin, un país normal, civilizado quiero decir.

El cansancio tras el largo vuelo nos obligó a echarnos a dormir, pero a la mañana siguiente nos levantamos temprano, y volvimos a elevarnos suavemente hasta sobrevolar

lar las copas de los árboles más altos, para contemplar con calma el ancho y hermoso país.

-Semitropical. Un clima de primera, por lo que parece. Un poco de altura puede hacer maravillas en este sentido. -Terry estaba examinando la vegetación forestal.

-¿Un poco de altura, has dicho? -exclamé yo. Los aparatos la medían claramente. Seguramente no habíamos notado la lenta subida a medida que nos alejábamos de la costa.

-Una tierra afortunada, diría yo -prosiguió Terry-. Ahora pasemos a la gente... esto y harto de paisajes.

Volamos más bajo, en zigzag, inspeccionando el terreno, estudiándolo. Vimos... ahora me cuesta recordar qué fue lo que vimos aquel día y qué detalles fuimos completando luego, pero ciertamente de algunas cosas tomamos nota cabal, a pesar de la excitación que nos dominaba. Vimos un país perfectamente cultivado, donde incluso los bosques parecían muy bien cuidados; un país como un enorme parque, aunque más bien parecía un extenso arco iris.

-No veo ganado -comenté, pero Terry guardó silencio. Nos acercábamos a un pueblo.

Confieso que no nos fijamos demasiado en las calles limpias, bien construidas, ni en los atractivos edificios, ni en la ordenada belleza de la pequeña ciudad. Habíamos cogido los prismáticos; incluso Terry, que ya había orientado el aparato para planear en espiral, tenía los suyos pegados a los ojos.

Oyeron el zumbido de nuestro motor. Salieron de las casas, acudieron corriendo desde los campos, pequeñas y veloces figuras, muchedumbres. Nosotros venga a mirar y por poco no accionamos a tiempo las palancas para girar y volver a elevarnos; después continuamos subiendo un largo rato, en silencio.

-¡Por Dios! -dijo Terry, después de un rato.

-Sólo hay mujeres... y niños -comentó Jeff excitadamente.

-Pero por el aspecto... es un país civilizado -protesté-. Tiene que haber hombres...

-Claro que hay hombres -dijo Terry-. Vamos a buscarlos.

Se negó a escuchar el consejo de Jeff, que habría preferido inspeccionar un poco mejor el país antes de arriesgarnos a abandonar el aparato.

-He visto un sitio estupendo para aterrizar -insistió, y tenía razón: una roca lisa y ancha que dominaba el lago, y que no se veía desde el interior.

-Tardarán en encontrarlo -afirmó, mientras pasábamos algunas dificultades para bajar a tierra de un modo seguro-. Rápido, muchachos, que algunas de ellas me han parecido muy guapas.

Fue un disparate, por supuesto.

Nos costó poco comprender más tarde que habría sido preferible inspeccionar más detenidamente el país, antes de abandonar el avión y confiar sólo en nuestras piernas. Pero los tres éramos jóvenes. Llevábamos un año hablando del país, sin poder creer en su realidad, y de pronto... ahí estábamos.

Parecía un lugar seguro y suficientemente civilizado, y entre los rostros vueltos al cielo en apretado grupo, aunque en algunos se leía el terror, había varios de una gran belleza... en este punto los tres estuvimos de acuerdo.

-¡Vamos, rápido! -nos gritaba Terry sin parar de avanzar-. ¡Apresuraos! ¡Derecho a Deltas!

## II

### FESTEJOS ABORTADOS

Estimamos que desde la roca donde habíamos aterrizado hasta el último pueblo no debía haber más de diez o quince millas. A pesar de nuestras prisas, decidimos que lo más prudente era avanzar por el bosque y caminar con cuidado.

Incluso el entusiasmo de Terry aparecía moderado por la convicción de que acabaríamos topando con hombres, y como precaución cada uno llevaba una buena provisión de cartuchos.

-Quizá son pocos, y vivan escondidos en algún lado... como en algunos tipos de matri



arcado, según dice Jeff; quién sabe, quizá vivan en las lejanas montañas y mantengan a las mujeres en esta parte del país... ¿como una especie de harén a escala nacional! Pero en alguna parte hay hombres... ¿no habéis visto a los niños?

Habíamos visto criaturas grandes y pequeñas en todos los sitios donde nos habíamos aproximado lo suficiente para distinguir a la gente. Y aunque el vestido no era prueba suficiente para juzgar con certeza a todas las personas adultas, tampoco podíamos afirmar que no hubiésemos visto algún hombre.

-A mí siempre me ha gustado mucho aquel proverbio árabe que dice: «Primero ata tu camello y luego confía en Dios» -murmuró Jeff; llevábamos las armas en la mano y avanzábamos cuidadosamente por el bosque. Terry aprovechó para estudiarlo con detenimiento.

-¡Menuda civilización! -exclamó sin alzar la voz y tratando de contener su entusiasmo-. Ni en Alemania he visto bosques tan bien cuidados. Fijaos, no se ve ni una rama muerta... ¡Las trepadoras parecen crecer controladas! Y mirad por aquí... -se paró a examinar los alrededores, obligando a Jeff a inspeccionar los árboles.

Me dejaron atrás para que les sirviera de orientación y emprendieron una corta excursión a ambos lados del camino.

-Frutales, casi todos -anunciaron a su regreso-. Y el resto de magnífica madera dura. ¡Esto no es un bosque! ¡Es una plantación!

-Menos mal que tenemos un botánico en el grupo -dijo-. ¿Has comprobado si no hay árboles medicinales? ¿O algunos puramente ornamentales?

Tenían razón. Aquella ingente arboleda estaba cuidada con el mismo esmero que un campo de coles. En otras circunstancias, lo habríamos encontrado lleno de esbeltos guardabosques y recolectoras de frutos; pero ya se sabe que en avión resulta difícil pasar desapercibido, arma tanto ruido el aparato... y las mujeres son muy precavidas.

Lo único que vimos moverse en ese bosque, mientras avanzábamos, fueron los pájaros, muy y hermosos unos, muy cantarines otros, y todos tan poco asustadizos que poco nos faltó para rectificar nuestra teoría del cultivo; hasta que comenzaron a aparecer claros, con bancos y mesas de piedra tallada, junto a fuentes de agua cristalina en las que nunca faltaban diminutas piletas para las aves.

-No matan a los pájaros, sólo a los gatos, parece -comentó Terry-. A la fuerza debe haber hombres. ¡Escuchad!

Se había oído algo, algo que no recordaba en absoluto el trino de un ave, sino más bien una risa sofocada, un sonido alegre rápidamente reprimido. Nos quedamos clavados como estacas y enseguida, cautelosos, echamos mano de los prismáticos.

-No puede haber sido muy lejos -dijo Terry con excitación-. ¿Quizás en aquel árbol grande?

En el claro en que acabábamos de entrar destacaba un árbol grande y hermoso cuyas ramas se desplegaban inclinándose hacia el suelo, como abanicos de gruesas varillas superpuestas, como en un haya o un abeto. Por abajo, lo habían podado hasta un metro de altura, lo que le daba el aspecto de una inmensa sombrilla abierta, clavada en el suelo en medio de un círculo de bancos.

-Mirad -prosiguió-. Al cortar las ramas han dejado unos muñones que sirven de escalones para encaramarse. Además, yo diría que en la copa hay alguien.

Nos acercamos con cautela.

-Cuidado, que no nos claven una flecha envenenada en el ojo -sugerí, pero Terry avanzó con decisión, saltó sobre el respaldo de uno de los bancos y se agarró al tronco con las manos.

-En el corazón, querrás decir -me replicó-. ¡Chicos, lo que veo!

Nos acercamos de prisa y levantamos la mirada. Entre las ramas de la copa había algo -más de un algo- inmóvil, pegado al tronco al principio, y luego, cuando los tres empezamos a trepar al unísono, se descompuso en tres figuras muy ágiles que continuaron encaramándose. Mientras subíamos, las entreveíamos escurrirse sobre nuestras cabezas. Cuando llegamos a la altura máxima que prudentemente podían alcanzar tres hombres corpulentos como nosotros, ellas ya habían abandonado el tronco y se habían movido hacia los lados, cada una haciendo equilibrio sobre una larga rama que se balanceaba por el peso.

Nos detuvimos sin saber qué hacer. Si continuábamos subiendo, las ramas se romperían al tener que soportar el doble de peso. Podíamos intentar sacudirlas, cosa que no nos pareció prudente. Descansamos para recobrar el aliento bajo la luz moteada que

se filtraba en aquellas alturas, mientras escudriñábamos, llenos de interés, los objetos de nuestra persecución; y ellas, a su turno, tan poco atemorizadas como traviesas chiquillas jugando a la mancha, nos miraban con abierta curiosidad, posadas precariamente como grandes pájaros de vivos colores.

-¡Chicas! -susurró Jeff, sin levantar la voz, como si temiera que se echaran a volar.

-¡Melocotones! -corrigió Terry también en voz baja-. Aterciopelados... aterciopelados como albaricoques. ¡Guau!

Eran chicas, por supuesto, ningún chico podría exhibir aquella chispeante belleza, y sin embargo no acabábamos de creerlo.

Vimos unos cabellos cortos sin sombrero, sueltos y relucientes; iban vestidas con una tela liviana y a la vez sólida, una especie de conjunto de túnicas y bombachos, y calzaban adornadas polainas. Vistosos y desenvueltas como pericos, e inconscientes de cualquier peligro, se balanceaban tranquilamente ante nosotros y nos miraban fijamente, como nosotros a ellas, hasta que, primero una y luego las otras dos, se echaron a reír gozosamente, a carcajadas.

Siguió un torrente de suaves palabras, rápidamente intercambiadas; nada de ruiditos cantarines apenas articulados, sino una conversación perfectamente fluida y musical.

Nosotros nos unimos cordialmente a sus risas y les hicimos señales con nuestros sombreros, gesto que ellas acogieron con nuevas risas, encantadas.

Entonces Terry, muy en su papel, soltó un cortés discurso, con muchos gestos explicativos, y luego nos presentó, señalándonos con el dedo.

-El señor Jeff Margrave -dijo con exagerada claridad; Jeff hizo la reverencia más elegante posible para un hombre sentado a horcajadas sobre una rama-. El señor Vandyck Jennings -yo también intenté saludar y casi perdí el equilibrio.

A continuación Terry se llevó una mano al pecho -un pecho bastante airoso, por cierto- y también se presentó; abrazándose con especial cuidado al tronco, consiguió hacer una reverencia casi perfecta.

Y ellas se echaron de nuevo a reír, encantadas, hasta que una, la más cercana a mí, decidió imitar su táctica.

-Celis -dijo muy claramente, señalando la chica de azul-. Alima -era la de rosa, y luego, poniendo una firme y delicada mano sobre su corpiño dorado, como había hecho Terry-: Ellador.

Todo esto era muy simpático, pero no nos llevaba a ninguna parte.

-No podemos quedarnos aquí hasta aprender el idioma -se quejó Terry. Con la mano les hizo señal de que se acercaran, con gesto muy seductor, pero ellas sacudieron alegremente la cabeza. Entonces él propuso, con signos, bajar todos juntos, y de nuevo ellas sacudieron las cabezas, tan contentas. Luego Ellador nos comunicó sin ambages que bajáramos nosotros, señalándonos a los tres, con indiscutible firmeza; y por el modo en que extendió el brazo, nos dio la impresión de que no sólo quería que bajásemos, sino que nos fuésemos definitivamente de allí... entonces nos tocó a nosotros sacudir negativamente la cabeza.

-Hay que utilizar un cebo -dijo Terry con malicia-. No sé qué pensáis hacer vosotros dos, pero yo he venido preparado. -De un bolsillo interior se sacó una cajita de terciopelo morado, que se abrió como un resorte... y extrajo un objeto largo y brillante, un collar de cuentas de colores que habría costado una millonada de haber sido realmente de piedras preciosas. Lo levantó y lo balanceó, haciéndolo brillar al sol, y lo ofreció primero a una, luego a otra, para luego acercarlo tanto como pudo a la que tenía más cerca. Sin soltar la mano con la que se agarraba firmemente a la rama, alargó la otra para exhibir el tentador objeto, con el brazo extendido, pero no del todo.

Observé que la chica estaba visiblemente impresionada; vaciló, consultó a sus compañeras. Estuvieron hablando en voz baja un rato; una, evidentemente, le advertía, y la otra, la alentaba. Luego se acercó un poco más, lenta y cautelosamente. Alima era una chica alta, de miembros largos, con el cuerpo bien formado, y evidentemente fuerte y ágil. Tenía unos ojos espléndidos, grandes, intrépidos, tan ajenos al más mínimo asomo de suspicacia como los de un niño a quien nadie ha negado nada todavía. Su actitud recordaba más a un chico absorto en un juego fascinante que a una muchacha tentada por un adorno.

Las otras dos se alejaron un poco más, agarrándose bien, observando. La sonrisa de Terry era irreproachable; en cambio, no me gustaba la expresión de su mirada, como la de alguien al acecho a punto de saltar. Adiviné lo que iba a pasar: el collar que caía al suelo, la mano asida inesperadamente, el grito de la muchacha cuando la cogiese para atraerla hacia él. Pero no fue así. Ella alargó tímidamente la mano derecha para coger el objeto suspendido en el aire... él se lo acercó un poquito más y entonces ella, veloz como una centella lo cogió con la mano izquierda, a la vez que se dejaba caer a la rama de abajo.

Él hizo en vano el gesto previsto para atraparla, y estuvo a punto de caerse cuando su mano se cerró en el aire; de inmediato, con una rapidez inconcebible, las tres brillantes criaturas desaparecieron. Fueron deslizándose desde los extremos donde habían estado sentadas y a través de las ramas inferiores hasta soltarse del árbol, mientras nosotros intentábamos bajar para alcanzarlas. Oímos alejarse sus risas, las vimos correr por los claros del bosque y las perseguimos tan inútilmente como si de cazar gacelas se hubiese tratado; al cabo de un rato, nos detuvimos para recuperar el aliento.

-Es inútil -dijo Terry entre jadeos-. Se han escapado. ¡Válgame Dios! ¡Los hombres de este país deben ser buenos velocistas!

-Una raza arbórea, evidentemente -sugerí malhumorado-. Civilizada y, sin embargo, todavía arbórea... gente muy peculiar.

-No debiste hacer eso -se quejó Jeff-. Nos estaban tratando amistosamente, y ahora las hemos asustado.

Pero de nada servía lamentarse; además, Terry se negaba a reconocer haber cometido algún error.

-Tonterías -dijo-. Es lo que querían. A las mujeres les encanta sentirse perseguidas. Vamos al pueblo; quizá las encontremos allí. A ver qué pasa. Estaba en esa dirección y no muy lejos de los bosques, si no recuerdo mal.

Cuando llegamos al borde del bosque, inspeccionamos el terreno abierto con los prismáticos. Ahí estaba, a unas cuatro millas de distancia; era el mismo pueblo, concluimos, a no ser, se aventuró a conjeturar Jeff, que todos tuvieran las casas de color rosa. Los amplios campos verdes y los huertos descendían suavemente a nuestros pies, en una larga y agradable pendiente atravesada por carreteras en muy buen estado, serpenteantes a trechos, y también había senderos más estrechos.

-¡Mirad allí! -gritó de pronto Jeff-. ¡Allí van!

Y así era. Cerca del pueblo, tres figuras de brillantes colores corrían velozmente a través de un amplio prado.

-No es posible que hayan llegado tan lejos en tan poco tiempo. No deben ser ellas -me apresuré a decir. Pero con los prismáticos las identificamos sin dificultad, eran nuestras tres bonitas trepadoras de árboles; por lo menos iban vestidas igual. Terry las estuvo mirando, y confieso que nosotros también, hasta que desaparecieron entre las casas. Después bajó los prismáticos y se volvió hacia nosotros, con un profundo suspiro:

-¡Por el amor de Dios... qué magníficas jóvenes! ¡Qué manera de encaramarse! ¡Y de correr! ¡Sin miedo a nada! Este país está hecho para mí. ¡Adelante, muchachos!

-No hay premio sin riesgo -sugerí yo, pero Terry prefirió lo de «corazón cobarde no encuentra mujer».

Echamos a andar campo a través, a paso vivo.

-Atención a los hombres, por lo que pueda pasar -les recomendé, pero Jeff parecía perdido en sueños celestiales y Terry en proyectos de orden absolutamente práctico.

-¡Una carretera perfecta! ¡Un campo paradisíaco! ¿Os habéis fijado en las flores?

Lo dijo Jeff, siempre el mismo entusiasta; aunque esta vez nos avenimos muy pronto a darle la razón.

La calzada era de un material duro, ligeramente inclinado para el drenado del agua de lluvia, y tanto el trazado de las curvas como el nivelado del suelo y las alcantarillas eran del más alto nivel europeo.

-¿Conque no hay hombres, eh? -comentó despectivamente Terry.

Los senderos discurrían bajo la sombra de las hileras de árboles plantados a ambos lados; entre los árboles crecían arbustos y vides, todos con frutos, y de vez en cuando había bancos y pequeñas fuentes; se veían flores por todas partes.

-¿Por qué no importamos un grupo de estas damas a los Estados Unidos para que nos ha

gan parques? -sugerí-. Este sitio es una maravilla. Descansamos un rato al lado de una fuente, probamos los frutos que nos parecieran suficientemente maduros; y después proseguimos la marcha, muy impresionados, a pesar de nuestro jolgorio y aparente fanfarronería, por la impresión de serena fuerza que se desprendía de cuanto nos rodeaba.

Los habitantes de aquel lugar eran, sin duda, gente experta, eficiente y tan celosa de su campo como un jardinero de sus orquídeas. Seguimos caminando sin peligro bajo el suave azul brillante de un límpido cielo, a la placentera sombra de las interminables hileras de árboles, rodeados de un silencio interrumpido sólo por los cantos de las aves.

Por fin apareció ante nosotros, al pie de una larga colina, el pueblo o ciudad que buscábamos. Nos paramos a estudiarlo.

Jeff suspiró profundamente.

-Nunca me hubiera imaginado que un conjunto de casas pudiese llegar a ser tan encantador -dijo.

-De lo que no cabe duda es de que este país está lleno de arquitectos y jardineros -sentenció Terry.

Yo estaba atónito. Veréis, soy de California, donde el campo es una maravilla, mientras que las ciudades... A menudo se me había partido el corazón ante las barbaridades erigidas en el rostro de la naturaleza, y eso que yo no soy un entendido en arte como Jeff. ¡En cambio aquello...! Casi todo estaba construido en una piedra de un opaco rosa pálido, con alguna que otra casa pintada de blanco; y las construcciones se desplegaban tranquilamente entre las arboledas verdes y los jardines, como cuentas desprendidas de un rosario de coral rosa.

-Aquellos edificios grandes de color blanco deben ser centros públicos, sin duda -declaró Terry-. Éste no es un país de salvajes, amigos. ¿Y no hay hombres? Chicos, todo nos invita cortésmente a acercarnos.

Era un lugar extraño, y a medida que íbamos acercándonos cada vez estábamos más impresionados: «Parece una exposición», «Demasiado bonito para ser verdad», «Todo son palacios. ¿Dónde irá la gente?», «Bueno, también hay muchos edificios más pequeños, pero...». Desde luego era muy diferente de las demás ciudades que conocíamos.

-No hay suciedad -dijo Jeff de pronto-. No hay humo -añadió al cabo de unos instantes.

-No hay ruido -proseguí yo; pero Terry tuvo a bien desengañarme.

-Es porque se han escondido al vernos; es mejor que nos acerquemos con mucho cuidado.

Sin embargo, por nada del mundo se hubiera detenido, de modo que continuamos avanzando.

A nuestro alrededor todo era belleza, orden, perfecta limpieza y una agradabilísima sensación de encontrarnos como en casa. A medida que nos acercábamos al centro de la población, las casas empezaron a juntarse, hasta aparecer pegadas las unas a las otras, formando casi laberínticos palacios agrupados entre los parques y las abiertas plazas, un poco como los edificios de un campus universitario rodeados de su apacible césped.

Y de pronto, al doblar una esquina, nos encontramos en un ancho espacio adoquinado, y ante nosotros apareció un grupo de mujeres de pie, en ordenadas filas, que a todas luces nos esperaban.

Nos detuvimos y miramos hacia atrás. A nuestra espalda, la calle aparecía cerrada por otro grupo que avanzaba a paso uniforme, hombro con hombro. Continuamos adelante -no parecía haber otro remedio- hasta que nos encontramos totalmente rodeados por una apretada masa de mujeres, todas ellas, aunque...

No eran jóvenes. No eran viejas. No eran hermosas, en el sentido en que pueden serlo las muchachas. Su aspecto no era fiero, no, en absoluto. Y sin embargo, al mirarles las caras, serenas, serias, sabias, sin ninguna señal de temor, claramente seguras y resueltas, me embargó un sentimiento curiosísimo -muy remoto-, un sentimiento que, al hurgar en el recuerdo, me llevó a años pretéritos, hasta que por último di con él. Era aquella sensación de haber sido sorprendido irremediablemente en falta, tan frecuente durante mi niñez, sobre todo cuando mis cortas piernas me fallaban, impotentes para enmendar el hecho ineludible de que volvería a llegar tarde a la escuela.

Jeff sintió lo mismo, se lo vi en la cara. Nos sentimos como niños pequeños, muy pequeños, descubiertos haciendo una travesura en casa de alguna respetable señora. Terry, en cambio, no parecía afectado del mismo modo. Lo vi lanzar rápidas miradas aquí y allá, estimando su número, calculando distancias, buscando posibles salidas para escapar. Examinó las apretadas filas que nos rodeaban por todos lados y me susurró:

-Juro por mis pecados que todas pasan de los cuarenta.

Sin embargo tampoco eran viejas. Se las veía rebosantes de salud, muy tiesas, tranquilas, con los pies firmes y el cuerpo elástico como el de un boxeador. No iban armadas; nosotros, en cambio, sí, pero no teníamos ningún deseo de disparar.

-Sería como disparar contra mis tías -murmuró de nuevo Terry-. ¿Qué querrán de nosotros? Está muy serias. -Pero a pesar de tanta seriedad, decidió echar mano de su táctica favorita. Terry iba armado de una teoría.

Se adelantó un paso, luciendo su más alegre y seductora sonrisa, y se inclinó profundamente ante las primeras mujeres que tenía adelante. Después sacó otro regalo, un gran chal de tela suave y fina, rico en colorido y dibujos, una prenda muy bella incluso a mis ojos, y con otra reverencia se lo ofreció a la mujer alta y seria que parecía encabezar el grupo. Ella lo aceptó con una amable inclinación de la cabeza y lo pasó a las de la fila de atrás.

Terry volvió a intentarlo con una diadema de piedras de imitación, una reluciente corona que habría seducido a cualquier mujer de la tierra. Y dijo un breve discurso, en el que nos incluyó a Jeff y a mí, como asociados en su empresa, y les ofreció el adorno con otra de sus reverencias. También este obsequio fue aceptado y, como la vez anterior, fue pasando de mano en mano hasta perderse de vista.

-Si fueran un poco más jóvenes... -masculló Terry entre dientes-. ¿Qué diablos le puede decir uno a un regimiento de viejas coronelas como éstas?

En nuestras pláticas y especulaciones siempre habíamos dado por supuesto que las mujeres, independientemente de todo lo demás, serían jóvenes. Lo mismo que habría imaginado la mayoría de los hombres, creo.

Para nosotros, la «mujer» en abstracto es joven y, por descontado, encantadora. Con los años pasan a un segundo plano, adquiriendo en general la condición de propiedad privada, cuando no desaparecen de escena por completo. En cambio aquellas buenas mujeres continuaban ocupando claramente el escenario, a pesar de que todas hubieran podido ser abuelas.

Esperábamos verlas reaccionar con nerviosismo, pero... ni un asomo.

Temor, entonces... y tampoco.

Incomodidad, curiosidad, excitación... nada; ante nosotros sólo veíamos lo que podría ser un comité de vigilancia, de doctoras, frías como pepinos y claramente dispuestas a hacernos pagar nuestra imprudencia.

Entonces seis de ellas se adelantaron y se situaron junto a nosotros, una a cada lado, y nos indicaron que las siguiéramos. Nos pareció que lo mejor sería obedecer, de momento al menos, y echamos a andar con una de ellas pegada a cada uno de nuestros codos, y las otras rodeándonos en apretado grupo, por delante, por detrás, por todas partes.

Ante nosotros apareció la puerta abierta de un gran edificio de impresionantes muros, muy gruesos, todo él muy grande, de aspecto bastante extraño; era de piedra gris, a diferencia del resto de la ciudad.

-¡Eso no! -nos dijo apresuradamente Terry-. No permitamos que nos obliguen a entrar ahí dentro, chicos. A la una, vamos a...

Nos paramos en seco. Intentamos darles explicaciones, indicándoles el bosque por señales, tratando de hacerles entender que volveríamos allí de inmediato.

Ahora me río al pensarlo, sabiendo lo que sé, y nos veo como tres chiquillos nada más, tres chiquillos atrevidos e impertinentes que han irrumpido en un país desconocido, así, por las buenas, sin guardianes ni defensas. Por lo visto pensábamos que, de haber hombres, podríamos combatirlos, y si sólo había mujeres... bueno, ellas no nos plantearían ningún problema.

Jeff, imbuido de su romántica y anticuada concepción de las mujeres como plantas trepadoras; Terry, con sus expeditivas teorías prácticas que las dividían en dos clases, las que le gustaban y las que no, Apetecibles o No Apetecibles, era su clasificación. Las del segundo tipo eran numerosas, pero insignificantes... jamás pensaba en ellas.

Y ahí estaban, sin embargo, un gran número de ellas, absolutamente indiferentes a lo que él pudiera pensar, evidentemente decididas a llevar adelante no se sabía qué plan con respecto a él, y aparentemente provistas de todos los medios para llevar a cabo su propósito.

Tratamos de pensar rápidamente qué podíamos hacer. Continuaba sin parecer prudente desobedecerlas, aun suponiendo que hubiese sido posible; nuestra única carta era la de la amabilidad... contando con que nos sería correspondida.

Pero una vez en el interior de aquel edificio, quién sabía qué serían capaces de hacer con nosotros aquellas damas tan decididas. No nos hacía gracia ni siquiera una posible detención pacífica, y la idea de una cárcel todavía nos parecía peor.

Conque decidimos plantarnos, intentando hacerles comprender que preferíamos el campo abierto. Una de ellas se nos acercó con un dibujo de nuestra avioneta y nos preguntó por signos si éramos los navegantes aéreos que habían visto.

Lo admitimos.

Señalaron otra vez el dibujo y luego los campos circundantes, en diferentes direcciones, pero nosotros fingimos no saber dónde se encontraba, y la verdad es que no estábamos demasiado seguros, de modo que les indicamos una vaga dirección de su paradero.

De nuevo nos invitaron a avanzar, apretujándose de tal manera junto a la puerta que sólo quedaba libre un estrecho pasillo que llevaba directamente hasta ella. Formaban una masa compacta a uno y otro lado y a nuestras espaldas... no nos quedaba más remedio que avanzar... o luchar.

Nos paramos a deliberar.

-Jamás he luchado contra una mujer -dijo Terry muy trastornado-. Pero no voy a entrar ahí. Me niego a que me lleven así... arreado... como ganado de corral.

-No vamos a luchar con ellas, eso por descontado -arguyó Jeff-. Son todas mujeres, a pesar de sus trajes neutros; buenas mujeres, además; se les ve en las caras que son fuertes y razonables. Creo que tendremos que entrar.

-Si entramos, quizá no volvamos a salir jamás -les dije-. Fuertes y razonables, sí; pero lo de buenas... ¡Fíjate en esas caras!

Habían esperado con calma a que termináramos el conciliábulo, pero sin quitarnos los ojos de encima ni un momento.

No adoptaban la rígida actitud de soldados disciplinados; no daban la impresión de actuar cumpliendo órdenes. La descripción que había hecho Terry, de «comité de vigilancia», era bastante descriptiva. Parecían respetables ciudadanas apresuradamente convocadas para afrontar una dificultad o peligro colectivo, motivadas por idénticos sentimientos, todas con un mismo objetivo en mente.

Jamás, en ninguna parte, había yo visto mujeres con exactamente estas características.

Las pescaderas y vendedoras del mercado poseen a veces una fuerza similar, pero son toscas y vulgares. En cambio aquellas eran simplemente atléticas, ágiles y poderosas. Las profesoras de los colegios, las maestras, las escritoras, muchas mujeres manifiestan una inteligencia análoga, pero a menudo con una cierta tirantez nerviosa, mientras que ellas hacían gala de una calma de vacas, a pesar de su evidente capacidad intelectual.

En aquel momento las observamos con especial atención, pues los tres éramos conscientes de encontrarnos en un momento crucial.

La que iba en cabeza dio una orden y nos indicó que avanzásemos, mientras la masa que nos rodeaba se acercaba un paso más hacia nosotros.

-Tenemos que decidirnos con rapidez -dijo Terry.

-Yo voto por entrar -arguyó Jeff. Pero éramos dos contra uno, y él, por lealtad, permaneció con nosotros. Intentamos convencerlas una vez más para que nos dejaran marchar, insistentemente, pero sin implorar. Fue inútil.

-¡Echemos a correr! -dijo Terry-. Y si no podemos abrirnos paso, dispararé al aire. Y de pronto nos encontramos en una situación muy parecida a la de las sufragistas cuando intentaron entrar en el Parlamento, acordonado por una triple fila de policías londinenses.

La solidez de aquellas mujeres fue algo sorprendente. Terry no tardó en descubrir que todo era inútil, consiguió soltarse por unos instantes, sacó su revólver y disparó al aire. Cuando intentaron quitárselo, volvió a disparar... oímos un grito...

Inmediatamente nos sentimos asidos por cinco de ellas, cada una nos cogía un brazo

o una pierna o la cabeza; nos auparon como a niños pequeños, indefensas criaturas transportadas en brazos, y nos llevaron hacia delante mientras, eso sí, nos revolvíamos inútilmente, intentando escapar. Nos metieron dentro mientras seguíamos debatiéndonos varonilmente, pero firmemente sujetos, muy femenilmente, a pesar de nuestros esfuerzos. Y así, transportados en volandas, entramos en un alto vestíbulo, de muros grises y desnudos, y fuimos conducidos ante una majestuosa mujer de pelo canoso, que parecía desempeñar un cargo judicial. Hablaron un poco, no mucho, entre ellas, y de improviso sobre cada uno de nosotros se abalanzó una mano firme que nos apretó un trapo húmedo contra la boca y la nariz ... un olor dulce y penetrante: anestesia.

### III

#### UN PECULIAR RÉGIMEN PENITENCIARIO

Me desperté lentamente de un sopor profundo como la muerte y reparador como el de un niño sano. Fue como subir, subir, subir a través de las aguas cálidas de un profundo océano, cada vez más cerca de la luz y la vibración del aire. O como recuperar la conciencia después de una conmoción cerebral. Una vez, durante una excursión por unas solitarias montañas que apenas conocía, me caí del caballo, y todavía recuerdo claramente la experiencia mental de volver a la vida a través de los velos del sueño que iban descorriéndose de forma progresiva. Cuando empecé a escuchar las voces de las personas que estaban a mi lado y vi los picos nevados brillando al sol, di por sentado que también iban a desvanecerse y que acabaría despertándome en casa. Así fue exactamente la experiencia de aquel despertar: el retroceder de sucesivas visiones medio vislumbradas, de recuerdos de casa, del barco, la canoa, la avioneta, el bosque, de reapariciones que iban hundiéndose una a una, hasta que se me abrieron del todo los ojos, se me despejó el cerebro y tomé conciencia de lo ocurrido.

La sensación dominante fue la de un absoluto bienestar físico. Yacía metido en una cama perfecta: larga, ancha, suave; de una blandura firme y plana; con sábanas de hilo muy fino, una manta que calentaba sin pesar y un cobertor que era un deleite para la vista. Por los pies, la sábana estaba recogida bajo el colchón un palmo más abajo, de modo que tenía sitio para estirar las piernas sin destaparme. Me sentía ligero y limpio como una pluma blanca. Tardé un poco en localizar conscientemente los brazos y las piernas, en sentir irradiar la vibración de la vida desde el centro del despertar hacia las extremidades.

La habitación era espaciosa, de techo alto, con muchas ventanas a través de cuyos postigos cerrados se filtraba una luz teñida de verde; era una habitación hermosa, tanto por las proporciones, como por el color y su agradable simplicidad; desde fuera llegaba un perfume de jardines en flor. Permanecí perfectamente inmóvil, muy contento, muy consciente y sin embargo sin saber de hecho lo que había pasado hasta que oí la voz de Terry.

-¡Dios mío! -exclamó.

Giré la cabeza. En la habitación había tres camas, y todavía sobraba sitio. Terry se había incorporado y miraba a su alrededor, alerta como siempre. Su exclamación, aunque pronunciada en voz no muy alta, había también despertado a Jeff. Los tres nos incorporamos.

Terry sacó las piernas de la cama, se incorporó y desperezó enérgicamente. Llevaba un camisón largo, una especie de túnica sin costuras, de aspecto comodísimo... los tres la llevábamos. Al lado de cada cama había un par de zapatos, de aspecto también muy cómodo y bastante elegantes, aunque muy distintos de los nuestros.

Buscamos la ropa... no estaba allí, y tampoco nada de lo que llevábamos en los bolsillos.

Vimos una puerta entreabierta; conducía a un cuarto de baño muy atractivo, bien provisto de toallas, jabón, espejos y todos los utensilios convenientes, y con nuestros cepillos de dientes, peines, libretas y, gracias a Dios, los relojes; pero de la ropa, nada.

Volvimos a buscarla por la habitación grande, donde encontramos un armario amplio y bien ventilado, lleno de prendas de vestir, pero ninguna era nuestra.

-¡Consejo de guerra! -exigió Terry-. Volvamos a la cama... las camas son cómodas. A ver tú, amigo científico, ayúdanos a analizar la situación con objetividad.

Se refería a mí, pero Jeff estaba que no cabía en sí de gozo.

-¡No nos han hecho daño! -exclamó-. Nos podrían haber matado... o... no sé, cualquier cosa, y en cambio, me siento mejor que nunca.

-Eso prueba que sólo hay mujeres -aduje yo-, y muy civilizadas. Recuerda que tú golpeaste a una en la escaramuza final, la oí gritar... y no paramos de dar patadas.

Terry sonreía maliciosamente.

-¿Os dais cuenta de lo que nos han hecho estas damas? -preguntó sin pizca de rencor-. Se han quedado con todo lo que llevábamos encima, toda nuestra ropa, no nos han dejado ni un botón de muestra. Nos han desnudado, lavado y metido en la cama como bebés... Vaya manera de tratarnos, las muy civilizadas.

Jeff se ruborizó. Su imaginación era de índole poética. Terry también tenía imaginación, pero de otra clase. Y yo también, diferente a la de los otros dos. Yo me preciaba de poseer una imaginación científica, es decir, en mi opinión, de orden superior. Todo el mundo tiene derecho a una cierta dosis de egolatría, siempre que sea bien fundada y no se alardee de ella, creo yo.

-De nada servirán las pataletas -dije-. Nos tienen cogidos y, según parece, son absolutamente inofensivos. No tendremos más remedio que buscar la forma de escapar como tantos otros héroes en nuestra situación. Mientras tanto, pongámonos una de estas prendas... no hay otra alternativa.

Eran ropas de una simplicidad absoluta y muy cómodas en el aspecto físico, aunque, claro, al verlas nos sentimos como comparsas de teatro. Había una prenda interior de algodón delgado y suave, que cubría desde los hombros hasta las rodillas, al estilo de los pijamas de una pieza que usan algunos, y una especie de calcetines largos que llegaban hasta las rodillas, donde quedaban sujetos gracias a un elástico que llevaban en la parte superior y que recubría el borde de la primera prenda. Luego había otro tipo de monos más gruesos, colgados en gran número en el armario, de diversas tallas y de una tela más resistente, que en caso de apuro podrían llevarse perfectamente sin nada más. Había también una serie de túnicas hasta las rodillas y algunas togas más largas. Nosotros, por supuesto, escogimos las túnicas.

Nos bañamos y vestimos de bastante buen humor.

-No está mal del todo -comentó Terry mirándose en un largo espejo. Le había crecido bastante ante el pelo desde nuestra última visita al barbero, y los sombreros que habían dejado a nuestra disposición se parecían mucho a los de los príncipes de los cuentos de hadas, aunque sin pluma.

Era el mismo tipo de vestido que llevaban todas las mujeres que habíamos visto, aunque algunas, las que trabajaban en los campos, vislumbradas fugazmente a través de los prismáticos desde el avión, sólo vestían las dos primeras prendas descritas. Relajé los hombros y estiré los brazos.

-Hay que reconocer que han diseñado un modelo muy cómodo, sí señor -y los otros dos estuvieron perfectamente de acuerdo.

-Bueno -anunció Terry-, hemos dormido de maravilla, nos hemos dado un buen baño, estamos vestidos y no hemos perdido el juicio, aunque nos sintamos como una pandilla de hermafroditas. ¿Creéis que estas señoras tan civilizadas tendrán la delicadeza de darnos un desayuno?

-Claro que sí -afirmó Jeff muy seguro-. Si nos quisieran matar ya lo habrían hecho. Creo que recibiremos el trato de invitados.

-Aclamados como salvadores, pienso yo -dijo Terry.

-Nos estudiarán como una curiosidad -les advertí yo-. Pero de momento queremos comer. ¡Busquemos la salida!

Pero eso no resultó tan fácil.



El cuarto de baño sólo comunicaba con nuestra habitación, y ésta sólo tenía una salida, una puerta grande y pesada, que estaba atrancada.

Aguzamos el oído.

-Hay alguien al otro lado -sugirió Jeff-. Llamemos.

Golpeamos la puerta, que enseguida se abrió.

Afuera había otra amplia habitación, con una gran mesa en un extremo, largos bancos o divanes adosados a la pared, y algunas mesas más pequeñas con sus sillas. Todo ello de construcción muy sólida y resistente, de diseño sencillo y cómodo, y además, bonito. En esta habitación había un grupo de mujeres, dieciocho para ser exacto; reconocimos perfectamente a algunas de ellas.

Terry suspiró con desaliento.

-¡Las coronelas! -oí que le susurraba a Jeff.

Pero éste, en cambio, se adelantó y las saludó con la reverencia más cortés de su repertorio; nosotros le imitamos y ellas nos correspondieron con un correcto saludo, siempre muy erguidas.

No tuvimos que entregarnos a una lamentable pantomima para indicarles que teníamos hambre, porque fuimos solemnemente invitados a tomar asiento junto a las mesas pequeñas, donde ya estaba dispuesta la comida. Las mesas tenían cubiertos para dos y los tres quedamos acomodados por separado frente a una de nuestras anfitriones, con otras cinco más de pie observando directamente junto a cada mesa. ¡Tendríamos tiempo de sobras para hartarnos de ellas!

El desayuno, aunque no opíparo, fue suficiente y de excelente calidad. Los tres éramos buenos viajeros, demasiado avezados para oponernos a las novedades, y esa comida de frutas desconocidas, pero de delicioso sabor, con su bandeja de grandes y aromáticos frutos secos y sus altamente satisfactorios pasteles, nos supo a gloria. Para beber nos sirvieron agua y un brebaje caliente, muy agradable, parecido al chocolate.

Y allí mismo; por las buenas, antes de que hubiéramos terminado de saciar nuestro apetito, se inició nuestra educación.

Junto a cada plato encontramos unos libritos, verdaderos libros de texto impreso, aunque el papel y la encuadernación eran diferentes a los nuestros, y también los caracteres, naturalmente. Los examinamos con curiosidad.

-¡Por todos los infiernos! -masculló Terry-. ¡Nos quieren hacer estudiar su lengua! En efecto, su intención era que aprendiésemos su lengua, y no sólo eso, sino que además tendríamos que enseñarles la nuestra. Había unas libretas con las páginas en blanco, divididas en columnas paralelas por líneas muy bien trazadas a mano, sin duda especialmente preparadas para la ocasión. A medida que íbamos aprendiendo y escribiendo el nombre de las cosas, nos invitaban a escribir junto a él la palabra equivalente en nuestro idioma.

El libro que teníamos que estudiar era claramente un texto escolar, una especie de silabario, de lo cual, sumado a sus frecuentes deliberaciones sobre el método a seguir, juzgamos que no tenían experiencia previa en el arte de enseñar su idioma a extranjeros, ni en el aprendizaje de ninguna otra lengua.

Aunque, esto sí, suplían la falta de experiencia con su talento. Su sutil comprensión, la rapidez con que advertían en el acto nuestras dificultades y su buena disposición para resolverlas, fueron motivo de constante asombro para nosotros.

Ni decir tiene que hicimos todo lo posible para corresponderles. Nada perderíamos, sino todo lo contrario, comprendiendo y aprendiendo a hablar su lengua, y en cuanto a negarnos a enseñarles la nuestra... ¿para qué? Más tarde intentaríamos rebelarnos descaradamente, pero sólo lo hicimos una vez.

Con todo, aquella primera comida resultó bastante agradable. Cada uno se dedicó a observar detenidamente a su respectiva compañera; Jeff con sincera admiración, y Terry con aquella pose absolutamente profesional tan suya, de experto en la materia... como si fuese un domador de leones, un encantador de serpientes o algo parecido. Yo, por mi parte, manifestaba un vivo interés.

Era evidente que estos grupos de cinco estaban apostados para atajar cualquier posible intento de fuga. Estábamos desarmados y de haber intentado atacarlas, con una silla, por ejemplo, las cinco hubiesen resultado demasiadas para nosotros, aunque fuesen mujeres; por desgracia, ya habíamos tenido ocasión de comprobarlo. No resultaba agradable tenerlas constantemente pegadas al lado, pero no tardamos en a

costumbrarnos a su presencia.

-Es preferible eso a tener que estar atados -razonó filosóficamente Jeff cuando volvimos a estar a solas-. Nos han dado una habitación de la que parece imposible escapar, y nos han concedido libertad de movimientos... muy vigilada. Es mucho más de lo que podríamos esperar en un país de hombres.

-¡En un País de Hombres! ¿De verdad crees que aquí no hay hombres, inocentón? ¿No comprendes que tiene que haberlos? -demandó Terry.

-Sí... -contestó Jeff-. Claro que sí... pero...

-¡Pero qué! ¡Vamos, empedernido sentimental! ¿Dónde tienes la cabeza?

-Es posible que tengan una extraña división del trabajo, totalmente insólita para nosotros -sugerí-. Que los hombres vivan en ciudades aparte o que los hayan sometido, de algún modo, y los tengan encerrados. Pero hombres tiene que haber.

-¡Vaya ocurrencia simpática la tuya, Van! -protestó Terry-. ¡Sometidos y encerrados como nos tienen a nosotros! ¡Me dan escalofríos!

-Bueno, pues busca tú mismo la respuesta que prefieras. El primer día vimos muchas criaturas, y luego vimos esas tres chicas...

-¡Chicas de verdad! -asintió Terry con inmenso alivio-. Me alegra que las hayas recordado. Os juro que si en el país sólo hubiera granaderas como ésas, saltaba ahora mismo por la ventana.

-Hablando de ventanas -interrumpí-, inspeccionemos las nuestras.

Nos asomamos a todas. Los postigos se abrían con facilidad y no había rejas, pero el panorama no era demasiado esperanzador.

No nos encontrábamos en la ciudad rosa, en la que tan imprudentemente nos habíamos adentrado el día anterior. Nuestra habitación estaba muy alta, en el ala de una torre de castillo construido sobre un escarpado peñasco. Inmediatamente debajo se veían jardines, fragantes y llenos de fruta, pero cuyos altos muros seguían el borde de la pared de roca que caía en picado, perdiéndose en las profundidades que no alcanzábamos a divisar. Un distante rumor de agua parecía indicar que a sus pies pasaba un río.

Podíamos extender la mirada hacia el este, el oeste y el sur. Hacia el sudeste se extendía el campo abierto, bello y reluciente bajo la luz matutina, pero flanqueado por ambos lados, y sin duda cerrado también, por detrás, por altas montañas.

-Esto es una verdadera fortaleza y os aseguro que no ha sido construida por mujeres -dijo Terry, y nosotros asentimos con la cabeza-. Está en medio de las montañas; tienen que habernos trasladado muy lejos.

-El primer día vimos algunos vehículos muy veloces -nos recordó Jeff-. Si están motorizados, tienen que ser civilizadas.

-Civilizadas o no, no nos será fácil escapar de aquí. Y no tengo intención de hacer una cuerda con las sábanas para intentar deslizarnos por estos muros hasta que no esté seguro de que no hay otra solución mejor.

En eso los tres estuvimos de acuerdo, y continuamos nuestra conversación sobre las mujeres.

Jeff prosiguió sus reflexiones.

-De todos modos, tenéis que reconocer que hay algo raro en todo esto -insistió-. No sólo no hemos visto a ningún hombre... sino que tampoco se advierten rastros de su presencia. La... la... manera de reaccionar de estas mujeres ha sido completamente distinta a la que habría tenido cualquiera de las que yo conozco.

-En eso tienes razón, Jeff -dijo yo-. Aquí se respira una... atmósfera distinta.

-Da la impresión de que no se dan cuenta de que somos hombres -continuó él-. Nos tratan... no sé... igual como se tratan entre sí. Como si el hecho de que seamos hombres fuese un detalle sin mayor importancia.

Asentí con la cabeza. Yo también lo había observado. Terry, en cambio, le interrumpió violentamente.

-¡Tonterías! -dijo-. Eso se debe sólo a su avanzada edad. Son todas abuelitas, os lo aseguro... o deberían serlo. Tías abuelas, al menos. Las chicas, en cambio, eran diferentes ¿verdad?

-Sí... -asintió Jeff, todavía pensativo-. Pero no se asustaron... se encaramaron al árbol y se escondieron, como colegiales sorprendidos donde no debieran estar... no como niñas tímidas.

»Y corrían como campeonas de maratón... eso no puedes negarlo, Terry -añadió.

Pasaron los días y el humor de Terry empezó a agriarse. El encarcelamiento parecía afectarle más que a Jeff o a mí; e insistía en el encuentro con Alima y de cómo le había faltado muy poco para atraparla.

-Si la hubiera cogido... -decía con bastante rabia-, ahora tendríamos una rehén y podríamos negociar.

Jeff, en cambio, se llevaba muy bien con su tutora, y hasta con sus guardianas, y yo también. Continuaba profundamente interesado en observar y estudiar las sutiles diferencias entre esas mujeres y las otras que conocía, intentando explicármelas.

Todas llevaban el pelo corto, de unos pocos centímetros de largo como máximo; algunas rizado y otras no; siempre vaporoso, limpio y de aspecto muy lozano.

-Si llevaran el pelo sólo un poquitín más largo -se lamentaba Jeff- se verían mucho más femeninas.

A mí más bien me gustaba su manera de peinarse, una vez que me acostumbré. No acabo de entender por qué nos entusiasmos hablando de «las trenzas de las mujeres» y no sentimos la misma admiración por la coleta de los chinos, pero tenemos tan arraigada la idea de que el pelo largo es un atributo de mujer. Entre los caballos, en cambio, machos y hembras tienen crines, y entre los leones, búfalos y otros animales, sólo los machos lucen melena. Aunque yo también lo notaba a faltar... al principio. Pasábamos las horas bastante agradablemente. Teníamos libertad para pasear por el jardín que se extendía bajo nuestra ventana, bastante largo y de forma irregular, que bordeaba el acantilado. Los muros, muy altos y perfectamente lisos, acababan en la mampostería del castillo; inspeccionando las grandes piedras, llegué a la conclusión de que toda la construcción era sumamente antigua. Recordaba la arquitectura pre incaica del Perú, con enormes piedras ciclópeas que encajaban perfectamente unas con otras, como las piezas de un mosaico.

-Esta gente tiene su historia, de esto no cabe duda -les anuncié a los otros dos-.

Y en alguna época sin duda fueron guerreras... ¿sino a qué vendría la construcción de una fortaleza?

He dicho que podíamos pasear libremente por el jardín, pero nunca completamente solos. Siempre había una serie de mujeres, de aquellas tan inquietantemente fuertes, sentadas por los alrededores, y al menos una de ellas se encargaba de vigilarnos, aunque las otras estuviesen leyendo, jugando o atareadas con alguna labor.

-Cuando las veo hacer calceta -dijo Terry- casi me parecen femeninas.

-Eso no prueba nada -se apresuró a replicar Jeff-. En Escocia, los pastores tejen... siempre están tejiendo.

-Cuando salgamos... -Terry se desperezó y dirigió la mirada hacia las cumbres nevadas- cuando salgamos de este sitio y lleguemos a donde están las mujeres de verdad, las madres y las muchachas...

-Sí, ¿qué haremos entonces? -le pregunté bastante alicaído-. ¿Cómo sabes si algún día lograremos salir de aquí?

Era una posibilidad poco agradable, en eso todos coincidíamos, y de la que preferíamos no hablar, por lo que nos aplicamos de nuevo a nuestros estudios.

-Si nos portamos bien y somos aplicados -sugerí-, si no armamos barullo y nos mostramos respetuosos y corteses, y conseguimos que no nos tengan miedo... entonces quizá nos dejen salir. Y de todos modos, si conseguimos escapar nos será muy útil hablar el idioma.

Personalmente, estaba muy interesado en su idioma y, al ver que tenían libros, estaba impaciente por leerlos y profundizar en su historia, si es que la tenían.

No era una lengua difícil de hablar; suave y agradable al oído, me maravillaba lo fácil que era leerla y escribirla. Tenían un sistema totalmente fonético, tan científico como el del esperanto, pero con todos los rastros de una antigua y rica civilización.

Podíamos estudiar cuantas horas deseásemos y, además de dejarnos pasear por el jardín, también nos dieron acceso a un gran gimnasio, que ocupaba la terraza y la planta inmediatamente inferior. Allí aprendimos a respetar de verdad a nuestras altas guardianas. No era necesario cambiarse de ropa, bastaba con quitarse las prendas de encima. La prenda interior era perfecta para hacer gimnasia, permitía una absoluta libertad de movimiento y -no podía negarlo- era mucho más bonita que las que solemos usar nosotros.

-Cuarenta años... o más... apuesto a que algunas rondan los cincuenta... ¡Miradlas! -g

ruñó Terry, admirándolas muy a su pesar.

No vimos acrobacias espectaculares, de esas que sólo pueden ejecutar las jóvenes, pero su sistema era excelente para el desarrollo global del cuerpo. Iba acompañado de mucha música, con posturas de danza y, a veces, prácticas procesionales de una grave belleza.

Jeff estaba muy impresionado. Entonces todavía no sabíamos que ese era un aspecto in-significante dentro del conjunto de sus métodos de educación física, pero nos gustaba contemplar sus ejercicios y unirnos a ellos.

¡Oh, sí! ¡Nosotros también tomábamos parte! ¡Faltaría más! No era estrictamente obligatorio, o nos parecía más prudente seguirles la corriente.

De los tres, el más fuerte era Terry, aunque yo tenía nervio y bastante capacidad de resistencia, y Jeff destacaba en las carreras de velocidad y de obstáculos, pero esas viejas damas nos daban cien vueltas en todo. Corrían como gacelas, con lo cual quiero decir que no parecían estar practicando una prueba deportiva, sino que daba la impresión de que esa era su manera natural de correr. Recordamos las huidizas muchachas de aquel primer feliz encuentro y llegamos a la conclusión de que así era.

Saltaban también como ciervos, doblando rápidamente las piernas, para pegarlas ladeadas al cuerpo, con una torsión del tronco. Recordé el estilo de brazos desplegados con que algunos compañeros llegaban a la meta, y traté de imitarlo. Pero nos costaba mucho mantener el ritmo de esas expertas.

-¡Jamás hubiera soñado que acabaría dominado por un equipo de viejas acróbatas! -rezongaba Terry.

También tenían juegos, una gran variedad de ellos, pero al principio nos parecieron poco interesantes. Hacían pensar en dos personas haciendo un solitario para ver quién acaba antes; recordaban más a una carrera o... unas oposiciones, que no a un juego de verdad en el que es preciso luchar.

Estuve filosofando un poco sobre todo ello y le dije a Terry que eso parecía desmentir la presencia de hombres en el país.

-No tienen ni un solo juego a la medida de un hombre declararé.

-Pero son interesantes, me gustan -objetó Jeff-, y seguro que son instructivos.

-Estoy harto de tanta instrucción -protestó Terry-. No tiene gracia encontrarse metido en un internado de señoritas... a nuestra edad. ¡Quiero SALIR de aquí!

Pero eso era imposible, y mientras tanto nuestra educación continuaba a marcha acelerada. Nuestras tutoras particulares comenzaron a ganarse rápidamente nuestra estima. Parecían más refinadas que las guardianas, aunque se llevaban muy bien con ellas. La mía se llamaba Somel, la de Jeff, Zava, y la de Terry, Moadine. Intentamos deducir algún dato a partir de sus nombres, los de las guardianas y los de las tres chicas, pero sin resultado.

-Todos suenan bastante bien y la mayoría son cortos, pero no se aprecian semejanzas en la terminación... y ninguno se repite. Pero nuestro conocimiento es muy limitado.

Queríamos hacerles tantas preguntas... en cuanto dominásemos suficientemente la lengua. Mejores maestras jamás he visto. Somel estaba a nuestra disposición de la mañana a la noche, excepto de dos a cuatro; siempre de buen humor, con una atenta amabilidad sin altibajos que llegó a gustarme muchísimo. Jeff dijo que la señorita Zava -el apelativo se lo puso él, aunque entre ellas no parecían usar ningún tratamiento- era un encanto, que le recordaba a su tía Esther; Terry, en cambio, se negaba a dejarse conquistar, y solía burlarse de la suya cuando estábamos a solas.

-¡Estoy harto! -se quejaba-. Ya no aguanto más. Nos tienen enjaulados como infelices huérfanos de tres años y nos enseñan lo que mejor les parece, nos guste o no. ¡Viejas desvergonzadas!

Pero el aprendizaje continuaba. Nos trajeron un mapa en relieve de su país, muy bien terminado, con el que ampliamos nuestros conocimientos de términos geográficos; pero en cuanto les pedíamos información sobre el mundo externo, sonreían y sacudían la cabeza.

Nos trajeron dibujos, no sólo grabados de libros sino estudios en color de árboles, plantas, flores y pájaros. Nos trajeron herramientas y otros pequeños utensilios... en nuestra escuela no faltaba «material».

De no ser por Terry nos habríamos sentido mucho mejor, pero con el paso de las sem

anas y de los meses su irritación fue en aumento.

-Deja de comportarte como un oso herido -le supliqué-. Todo va por buen camino. Cada día las entendemos mejor y pronto podremos razonar con ellas para que nos dejen salir...

-¡Que nos dejen salir! -rugió-. ¡Que nos dejen salir... como si fuésemos chiquillos castigados después de clase! Yo quiero SALIR porque me da la gana y pienso hacerlo. ¡Quiero encontrar a los hombres de este país y luchar con ellos! ¡O a las muchachas...!

-Para mí que lo que más te interesa son las muchachas -le interrumpió Jeff-. ¿Y con qué piensas luchar, con los puños?

-Sí, o con palos y piedras. ¡Cómo me gustaría! -Y plantando firmemente los pies en el suelo lanzó un suave puñetazo a la mandíbula de Jeff-. Así, por ejemplo -dijo.

-Al menos -prosiguió- podríamos ir a buscar la avioneta y largarnos.

-Suponiendo que todavía esté allí -sugerí prudentemente.

-¡No llores al mal tiempo, Van! Si no está, ya encontraremos alguna manera de bajar. .. el barco estará donde lo dejamos, supongo.

Terry lo pasaba realmente mal, tanto que acabó convenciéndonos de que era mejor considerar su plan de fuga. Era difícil, y muy peligroso, pero declaró que si nos negábamos a acompañarlo se marcharía solo, y eso, naturalmente, no podíamos permitirlo.

Resultó que había hecho un estudio bastante meticuloso de los alrededores. Desde la ventana del extremo, la que se abría frente a la punta del promontorio, se podía calcular bastante bien la extensión del muro y la altura del precipicio que se abría de bajo. Desde el tejado la panorámica era todavía mejor y, desde cierto punto, incluso se alcanzaba a vislumbrar una especie de sendero al pie del muro.

-Sólo necesitamos tres cosas -nos dijo-. Cuerdas, agilidad y que no nos vean.

-Esto último será lo más difícil -dijo, todavía con la esperanza de disuadirlo-. Siempre tenemos uno u otro par de ojos encima, excepto durante la noche.

-Por tanto, tendremos que hacerlo de noche -contestó él-. No es muy difícil.

-Hemos de tener en cuenta que si nos cogen, es posible que después no nos traten tan bien como hasta ahora -dijo Jeff.

-Es un riesgo que tenemos que correr. Yo me marchó... aunque me rompa el cuello. No hubo manera de hacerle cambiar de idea.

Lo de la cuerda no fue fácil. Necesitábamos algo que fuera lo bastante resistente como para sostener el peso de un hombre y del largo suficiente para podernos deslizar hasta el jardín y luego por encima del muro. En el gimnasio había muchas cuerdas resistentes -les encantaba columpiarse y trepar por ellas-, pero no nos dejaban nunca solos allí.

La única solución era fabricarnos una con las ropas de cama, las alfombras y prendas de vestir y, además, tendríamos que hacerlo cuando nos encerrasen por la noche, pues dos de nuestras guardianas limpiaban a fondo el cuarto cada día.

No teníamos tijeras, ni cuchillos, pero Terry era muy ingenioso.

-Estas damas tienen cristal y porcelana de sobras. Romperemos uno de los vasos del cuarto de baño, y usaremos los trozos. «El amor nunca se rinde...» -canturreó-. Cuando hayamos saltado por la ventana, nos subiremos uno encima del otro y cortaremos la cuerda por donde alcancemos, para tener el máximo para la pared. Me acuerdo muy bien de dónde vi el tramo de sendero, y también había un árbol grande o una enredadera o una planta, o algo así... vi las hojas.

La aventura nos parecía una locura, pero, en cierto modo, Terry era el jefe de la expedición, y los tres estábamos hartos de vivir encerrados.

Así que esperamos la luna llena, y esa noche nos retiramos temprano y pasamos un par de angustiosas horas intentando fabricar torpemente cuerdas capaces de aguantar el peso de un hombre.

Meterse en un rincón del armario, envolver un vaso con una tela gruesa y romperlo sin hacer ruido no resultó muy difícil, y el vidrio roto corta, de eso no cabe duda, aunque no tan bien como un par de tijeras.

La luz de la luna llena entraba a chorros por cuatro de las ventanas -no nos atrevimos a dejar la luz encendida hasta demasiado tarde- y nos aplicamos de firme a nuestra tarea de destrucción.

Cortinas, alfombras, túnicas, toallas y todas las ropas de cama, hasta las fundas de los colchones... no dejamos ni una costura a salvo, en palabras de Jeff.

Luego atamos un cabo, bien apretado, al gancho interior del postigo de una de la

s ventanas del extremo donde era menos probable que nos vieran, y dejamos caer sigilosamente la cuerda enroscada por la parte de fuera.

-Esto será lo más fácil -nos aseguró Terry-. Yo bajaré el último, para cortar la cuerda. El primero en deslizarme fui yo y me quedé suspendido, bien apoyado contra la pared; Jeff se deslizó luego hasta quedar sobre mis hombros, y finalmente bajó Terry, que nos hizo tambalear un poco al cortar la cuerda por encima de su cabeza. Entonces me dejé caer lentamente hasta el suelo, Jeff me siguió y finalmente los tres nos encontramos sanos y salvos en el jardín, con bastante cuerda todavía.

-¡Adiós, abuelitas! -susurró quedamente Terry, y empezamos a deslizarnos en silencio hasta la pared, aprovechando las sombras de los arbustos y los árboles para resguardarnos. Terry había tenido la precaución de marcar el sitio exacto, sólo con una raya trazada con una piedra sobre el muro, pero uno habría podido leer con esa luz. Cerca de la pared había un arbusto bastante crecido y resistente que nos serviría para atar la cuerda.

-Me encaramaré otra vez sobre vosotros dos e iré primero -anunció Terry-. Esto mantendrá tensa la cuerda mientras escaláis el muro. Después me deslizaré hasta abajo. Si consigo poner el pie en el suelo sin problema, ya lo veréis y podréis seguirme, o mejor aún, puedo dar tres sacudidas a la cuerda. Si veo que no hay manera de seguir, volveré a subir, y se acabó. No creo que nos maten.

Inspeccionó cuidadosamente el terreno desde lo alto del muro, hizo un gesto con la mano y susurró «adelante», dejándose luego caer por el otro lado. Jeff empezó a escalar el muro, y luego yo lo seguí; y nos dio un escalofrío al ver la bamboleante figura que bajaba deslizando las manos sobre la cuerda, allí en las profundidades. Hasta que fue tragada por el follaje.

Luego, tres rápidas sacudidas de la cuerda, y Jeff y yo, no sin un cierto gozo ante la perspectiva de la libertad recuperada, imitamos airosoamente a nuestro líder.

#### IV

#### NUESTRA AVENTURA

Habíamos aterrizado sobre una pequeña plataforma muy estrecha, irregular e inclinada, y sin duda habríamos resbalado ignominiosamente, rompiéndonos los cuellos, de no ser por la enredadera. Tenía unas hojas gruesas y las ramas se desplegaban generosamente, como las de una Ampelopsis.

-Fijaos, por aquí la roca no es absolutamente vertical -dijo con satisfacción y entusiasmo Terry-. Esta planta no sostendría todo nuestro peso, pero creo que si nosotros deslizamos uno a uno, por sus ramas, sujetándonos bien a la pared con los pies y las manos, conseguiremos llegar al próximo saliente sanos y salvos.

-Puesto que no tenemos ningunas ganas de volver a trepar por la cuerda y tampoco podemos quedarnos aquí por mucho tiempo, apruebo tu idea -declaró solemnemente Jeff.

Terry bajó primero, anunciando que nos mostraría cómo debe morir un buen cristiano. Nos acompañó la suerte. Nos habíamos puesto los monos más gruesos, abandonando las túnicas, y conseguimos bajar bastante bien ese tramo, aunque yo al final me caí y apenas lo gré sujetarme con los brazos al segundo saliente. La etapa siguiente fue el descenso por una especie de «chimenea», una grieta larga e irregular; y con muchos y dolorosos rasguños y no pocos cardenales, finalmente llegamos al arroyo.

Allí estaba oscuro, pero convencidos de la enorme importancia de alejarnos lo más rápidamente posible, vadeamos, saltamos y avanzamos como pudimos por su cauce rocoso, bajo la vacilante blancura lunar y las negras sombras del follaje, hasta que el despuntar del alba nos obligó a detenernos.

Encontramos un acogedor árbol lleno de esas nueces grandes, muy nutritivas, de cáscara blanda, que ya conocíamos muy bien, y nos llenamos los bolsillos.

Ahora que lo pienso, todavía no había señalado que esas mujeres tenían un sorprendente número

ero de bolsillos de todo tipo. Todas sus prendas de vestir, sobre todo los monos que llevaban debajo de la túnica, estaban llenas de bolsillos. Esto nos permitió aprovisionarnos de nueces hasta parecer soldados prusianos marchando en formación, y después de beber hasta no poder más, nos dispusimos a retirarnos a descansar. El lugar que escogimos no era muy cómodo ni de fácil acceso, poco más que una grieta en lo alto de la escarpada pared de un barranco, pero muy velada por toda clase de hojas y bien seca. Exhaustos tras las tres o cuatro horas de penosa marcha, y reanimados por el excelente desayuno, nos tumbamos en el interior de la grieta - como animales en una cueva- y dormimos hasta que el sol de la tarde empezó a tostarnos la cara.

Terry me dio un golpecito en la cabeza con el pie.

-¿Qué tal, Van? ¿Sigues vivo?

-Sí, lleno de vida -le contesté. Y Jeff también estaba animado.

Teníamos espacio para alargar las piernas, aunque no para darnos la vuelta; sólo podíamos hacerlo uno a uno, con mucho cuidado, protegidos por la cortina de follaje.

No era cosa de salir de allí antes del anochecer. No veíamos gran cosa del lugar, pero sí lo suficiente para saber que estábamos al comienzo de la zona cultivada, y sin duda ya debían haber dado la señal de alarma a todo lo ancho y largo del país.

Terry se reía por lo bajo, allí tendido en el caluroso y angosto pasadizo de roca. Disfrutaba imaginándose el desconcierto de nuestras guardianas y maestras, con toda suerte de comentarios poco corteses.

Le recordé que todavía nos quedaba un largo camino por recorrer hasta el lugar donde habíamos dejado el aparato, y con pocas probabilidades de que aún estuviera allí; pero se limitó a darme un suave puntapié, por aguafiestas.

-No trates de contagiarnos tu pesimismo -protestó-. Yo nunca dije que fuera un picnic. Pero te aseguro que huiría entre los hielos de la Antártida antes de seguir prisionero.

Pronto volvimos a adormilarnos.

El largo descanso y el penetrante calor seco del día nos sentaron bien, y aquella noche recorrimos un buen trecho, sin abandonar nunca el agreste cinturón forestal que, según nos constaba, circundaba todo el país. Hubo momentos en que nos aproximamos al límite exterior y pudimos entrever el pavoroso abismo que se abría al otro lado.

-Este territorio es como una columna de basalto -dijo Jeff-. ¡Si nos han requisado la avioneta, la bajada no será fácil! -palabras por las que enseguida recibió una contundente reprimenda.

En cambio, lo que pudimos ver del interior del país, vislumbres a la luz de la luna -durante el día nos escondíamos-, resultaba bastante tranquilizador. Pero, como dijo Terry, no queríamos matar a las viejas damas, aun en el supuesto de que pudiéramos hacerlo; y a menos que las liquidásemos, les sería muy fácil cargar con nosotros y llevarnos de nuevo a la fortaleza, si nos sorprendían. No teníamos más remedio que procurar pasar inadvertidos e intentar salir sigilosamente del país sin ser vistos.

No hablábamos mucho. De noche nos concentrábamos en nuestra maratoniaca carrera de obstáculos; no había frenos que valiesen, ni barreras que nos amedrentasen; si no podíamos dar un rodeo, atravesábamos a nado las aguas demasiado profundas para vadearlas, aunque sólo tuvimos que hacerlo dos veces. Fue una gran suerte que pudiéramos alimentarnos de los productos de la naturaleza. Incluso esa franja boscosa ofrecía abundante alimento.

Jeff nos advirtió que ese era un motivo más para redoblar las precauciones, porque en el momento menos pensado podíamos topar con un grupo de fornidas cultivadoras o guardias forestales, o recolectoras de frutos. Y desde luego, íbamos con mucho cuidado, conscientes de que si no salíamos airoso de esa, difícilmente volveríamos a tener otra oportunidad. Por fin llegamos a un lugar desde donde alcanzamos a divisar, muy abajo, la ancha superficie inmóvil del lago donde habíamos iniciado nuestra ascensión.

-¡Magnífico! -dijo Terry bajando la vista- Así, si no encontramos la avioneta, al menos sabremos dónde tenemos que intentar caer cuando saltamos al vacío.

La pared era especialmente sobrecogedora en ese punto, con una caída tan vertical que para ver la base teníamos que asomar la cabeza al precipicio, y lo que se veía al fondo parecía una cenagosa maraña de frondosa vegetación. Pero de momento no sería nec

esario arriesgarnos a tanto; en efecto, arrastrándonos entre las piedras y los árboles como salvajes, por fin llegamos a la explanada donde habíamos aterrizado; y allí, como un increíble don de la fortuna, estaba la avioneta.

-¡Caramba, e incluso está tapada! Parece increíble que hayan pensado hasta en esto -exclamó Terry.

-Pues seguro que no será lo único que se les habrá ocurrido -me aventuré a advertirle suavemente-. Te apuesto a que la tienen vigilada.

Bajo la vacilante luz de la luna, hicimos un reconocimiento tan amplio como pudimos de la zona -las lunas por desgracia son muy inconstantes-; pero al despuntar el día vimos las formas familiares del aparato, cubiertas con una tela gruesa que parecía lona, y ninguna señal de que hubiera alguien de guardia en las proximidades. Decidimos intentar una carrera hasta el aparato en cuanto la luz fuese suficiente para actuar con precisión.

-No me preocupa que el cacharro arranque o no -declaró Terry-. Podemos empujarlo hasta el borde, montarnos en él y bajar planeando, ¡paf!, hasta el barco. ¡Mirad, ahí está! Sí, era nuestra canoa de motor, que flotaba como un capullo gris sobre la chata superficie descolorida del agua.

Nos acercamos sigilosa pero velozmente y empezamos a tirar de la tela que cubría el aparato.

-¡Maldición! -gritó Terry exasperado-. ¡Lo han cosido dentro de un saco! ¡Y nosotros sin nada ni un triste cuchillo!

Y entonces, mientras tirábamos como condenados de la dura tela, escuchamos un ruido que hizo levantar la cabeza a Terry como un caballo de guerra... el inconfundible sonido de una risa, sí, de tres risas exactamente.

Eran ellas, Celis, Alima y Ellador, que nos observaban igual que la primera vez, a pocos pasos de nosotros, llenas de curiosidad, como tres colegialas traviesas.

-¡Espera, Terry, espera! -le advertí-. Es demasiado fácil para que no sea una trampa.

-Apelemos a sus tiernos corazones -sugirió Jeff-. Yo creo que nos ayudarán. Quizá tengan un cuchillo.

-No vale la pena asustarlas de todos modos -dije yo, reteniendo a Terry-. Ya sabemos que pueden correr y trepar por los árboles más deprisa que nosotros.

De mala gana tuvo que reconocerlo y, tras una breve deliberación, avanzamos lentamente hacia ellas, con las manos extendidas en señal de amistad.

No se movieron hasta que estuvimos bastante cerca, y entonces nos pidieron que nos detuviésemos. Para cerciorarnos, dimos otro par de pasos y ellas enseguida se apresuraron a retroceder con rapidez. Entonces nos detuvimos a la distancia fijada y empezamos a hablar lo mejor que pudimos en su idioma, intentando explicarles nuestra triste situación y cómo nos habían encarcelado y luego habíamos logrado escapar -al llegar aquí lucimos nuestras dotes para la pantomima y ellas se mostraron vivamente interesadas-, cómo habíamos caminado de noche, escondiéndonos durante el día y alimentándonos de frutos... y Terry fingió sentir un hambre terrible.

Yo sabía que no podía ser que tuviera hambre; nunca nos había faltado la comida y nos habíamos saciado sin remilgos. Pero ellas parecieron conmoverse un poco y después de deliberar en voz baja, sacaron unos paquetitos de los bolsillos que, con gran desenvoltura y suma exactitud nos lanzaron a las manos.

Tanta destreza entusiasmó a Jeff, y Terry hizo extravagantes ademanes de admiración, que parecieron animarlas a hacernos una exhibición «varonil» de su talento. Mientras comíamos los sabrosos bollos que nos habían arrojado, bajo la atenta mirada de Ellador, que vigilaba todos nuestros movimientos, Celis se alejó un poco y montó una especie de «blanco»: una gran nuez amarilla sobre tres palos cruzados; mientras tanto, Alima se encargó de recoger piedras.

Nos invitaron a intentar darle a la nuez, y así lo hicimos, pero estaba muy lejos,

y Jeff sólo acertó a hacer caer todo el tinglado al cabo de varias tentativas frustradas que provocaron la gozosa hilaridad de aquellas damiselas élficas. Yo todavía tardé un poco más en conseguirlo, y Terry, con gran irritación, quedó tercero.

Entonces Celis volvió a montar la nuez sobre el trípode y, mirándonos, lo hizo caer todo al suelo, mientras sacudía severamente sus cortos rizos.

-No -dijo-. ¡Mal... así no! -La entendimos perfectamente.

Luego volvió a montar los palos, puso la nuez encima y regresó junto a las otras dos



; y desde allí, las irritantes chiquillas comenzaron a turnarse para tirar piedritas contra el blanco, mientras una se encargaba de ir rehaciendo el montaje; y dos veces de cada tres sólo derribaban la nuez, sin tocar los palos. Felices como polichinelas, como es lógico; y nosotros tres también fingimos alegrarnos, aunque no fuera así.

Con lo del juego nos hicimos muy amigos, y tuve que recordarle a Terry que nos arrepentiríamos luego si no procurábamos escapar ahora que todavía podíamos hacerlo. Entonces les pedimos un cuchillo. No nos costó mucho hacerles comprender lo que queríamos y cada una sacó, muy satisfechas, una especie de pequeña navaja plegable de su bolsillo.

-Sí, sí... ¡Eso es! Por favor... -dijimos ávidamente nosotros. En verdad es que ya hablábamos bastante su idioma. Y les suplicamos y rogamos que nos prestaran los cuchillos, pero ellas se resistían. En cuanto avanzábamos un paso más de lo debido, retrocedían preparadas para arrancar a correr a la más mínima amenaza.

-Es inútil -dije-. Dejadlo... busquemos una piedra afilada... Tenemos que liberar el aparato como sea.

Buscamos por el suelo, recogimos todos los cantos afilados que pudimos encontrar y atacamos la envoltura, pero era como intentar rasgar una vela con una concha de almeja.

Terry continuó dando tajos y tratando de clavar la punta de una piedra en la tela, mientras nos decía por lo bajo:

-Chicos, los tres estamos en buena forma; lancémonos a tumba abierta e intentemos agarrar a las chicas... no hay otra salida.

Ellas se nos habían acercado bastante, fascinadas por nuestros esfuerzos, y las cogimos desprevenidas; además, como había señalado Terry, el duro ejercicio de los últimos días nos había fortalecido tanto en miembros como en aliento. Y durante unos breves y desesperados instantes, las muchachas pasaron miedo y nosotros estuvimos a punto de triunfar.

Pero cuando ya alargábamos las manos, se ensanchó la distancia entre nosotros; por lo visto habían logrado recuperar la carrera, y a partir de aquel momento, aunque continuamos corriendo a toda velocidad, alejándonos mucho más de lo que yo consideraba prudente, ellas se mantuvieron siempre fuera de nuestro alcance.

Por fin, nos detuvimos jadeantes ante mis repetidas advertencias.

-Estamos cometiendo una solemne tontería -dije-. Ellas lo hacen a propósito... regresemos o nos arrepentiremos.

Así lo hicimos, mucho más despacio y francamente compungidos.

Cuando llegamos junto a nuestro fajado aparato y nos disponíamos a intentar rasgar su envoltorio, vimos aparecer por todos lados los cuerpos robustos, las serenas caras resueltas que tan bien conocíamos.

-¡Dios mío! -gimió Terry-. ¡Las coronelas! Estamos perdidos... Son cuarenta contra uno. Habría sido inútil luchar. Era evidente que aquellas mujeres confiaban sobre todo en el número, no mediante una fuerza militarmente adiestrada, sino a través de la acción de una masa inspirada por un impulso común. En ningún momento dieron muestras de tener miedo y, puesto que no teníamos armas y estábamos cercados al menos por un centenar de ellas, en un círculo de diez en fondo, decidimos rendirnos lo más elegantemente posible.

Como es normal, esperábamos recibir un castigo: la reclusión en una prisión mucho más restringida, o en aislamiento total tal vez. Pero nada de eso. Se contentaron con tratarnos como a colegiales holgazanes y como si de verdad comprendieran nuestra travesura.

Y esta vez no regresamos anestesiados, sino: cómodamente sentados en unos vehículos de motor eléctrico, lo suficientemente parecidos a los nuestros como para poder reconocerlos; cada uno en un coche separado, con una robusta dama a cada lado y otras tres enfrente.

Todas nos trataron con bastante amabilidad y procuraron hablar con nosotros hasta donde lo permitía nuestro limitado conocimiento del idioma. Terry se sentía terriblemente humillado y al principio los tres temimos que nos maltratasen, pero yo al menos pronto comencé a sentir una cierta confianza y a disfrutar del viaje.

Me vi en compañía de cinco conocidas que no me deseaban ningún mal y cuya reacción no iba más allá de una leve sensación de apacible triunfo, como si hubiesen salido vencedor

as en un juego sin importancia; y, muy cortésmente, intentaban disimular incluso esta emoción.

Además se me ofrecía una excelente oportunidad para contemplar el país, que cuanto más lo conocía, más me gustaba. Corríamos a demasiada velocidad para fijarme en detalles, pero pude cerciorarme de que las carreteras eran perfectas y sin polvo, como acabadas de barrer, sombreadas por interminables hileras de árboles orlados de flores, mientras a ambos lados se extendían vastos, fértiles y acogedores campos llenos de variados atractivos.

Atravesamos numerosos pueblos y ciudades, y pronto me di cuenta de que la belleza de jardín que nos había sorprendido en la primera ciudad que habíamos visto no era una excepción. Lo que habíamos visto desde la avioneta nos había parecido muy atractivo, pero se nos habían escapado muchas cosas; y en aquel primer día de lucha y captura, tuvimos poco tiempo de fijarnos en detalles. En cambio ahora atravesábamos una extensa zona del país a una cómoda velocidad de treinta millas por hora.

Nos detuvimos a almorzar en una ciudad bastante grande y, paseando lentamente por sus calles, tuvimos oportunidad de observar mejor a la población. En todas las localidades habían salido a mirarnos al pasar, pero allí eran mucho más numerosas; y en el gran local ajardinado donde nos instalamos a comer en pequeñas mesas a la sombra de los árboles y entre las flores, nos sentimos observados por muchos ojos. Y en todas partes, en campo abierto, en un pueblo o en una ciudad, sólo vimos mujeres. Mujeres viejas y mujeres jóvenes, y una gran mayoría de edad indefinida, que no parecían viejas ni jóvenes, sino simplemente mujeres a secas; también había jovencitas, claro, pero éstas como las niñas, que en general formaban grupos separados, no estaban presentes. Divisamos a muchas, y a una gran cantidad de niñas en lo que parecían escuelas o terrenos de juego, sin que alcanzásemos a ver ningún niño. Lo observábamos todo con mucha atención. Y todo el mundo nos contemplaba cortésmente, con amabilidad y un intenso interés. Nadie era impertinente. Ya entendíamos bastante bien sus palabras y nada de lo que decían parecía ofensivo.

Resumiendo: antes del anochecer, estábamos de vuelta sanos y salvos en nuestra gran habitación. Nadie mencionó los daños que habíamos causado; las camas volvían a estar hechas, las ropas y las toallas repuestas. Lo único que hicieron esas mujeres fue iluminar el jardín por la noche y establecer un turno de guardia extra. Pero al día siguiente nos llamaron para poner las cosas en claro. Nuestras tres maestras, que no habían participado en la operación de captura, se habían ocupado de preparar las explicaciones que acto seguido nos expusieron.

Sabían muy bien que intentaríamos llegar hasta la avioneta, y también que esa era la única manera de salir del país... con vida. Es decir, que nuestra fuga no les había preocupado lo más mínimo; se limitaron a alertar a la población y pedir que vigilaran nuestro avance a lo largo de los bosques entre los dos puntos. Por lo visto muchas noches habíamos estado vigilados por sigilosas damas, cómodamente encaramadas en alguno de los inmensos árboles que crecían junto al río, o entre las rocas.

Terry parecía terriblemente molesto, pero yo lo encontré muy gracioso. Me divertía pensar que mientras nosotros arriesgábamos la vida escondiéndonos y arrastrándonos como criminales, alimentándonos de nueces y frutas silvestres, pasando frío y humedad por las noches, y sufriendo el seco calor durante el día, esas admirables mujeres se habían limitado a esperar que nos dejásemos ver.

Después procedieron a aclararnos la situación, escogiendo cuidadosamente las palabras para que pudiéramos entenderlas. Por lo visto nos consideraban invitados del país... en una especie de guardería pública. Nuestra actitud violenta del primer día les había obligado a mantenernos vigilados una temporada, pero en cuanto aprendiéramos el idioma, y si prometíamos no hacer daño a nadie, estaban dispuestas a enseñarnos todo el país.

Jeff no disimuló su deseo de congraciarse con ellas. Evidentemente no delató a Terry, pero no escatimó esfuerzos para comunicarles su vergüenza y compunción, asegurándoles que, en adelante, haría todo lo posible por adaptarse a la situación. En cuanto al idioma... los tres reanudamos el estudio con redoblado empeño. Nos dieron más libros todavía y yo comencé a estudiarlos seriamente.

-Una literatura muy inferior -nos espetó Terry un día, aprovechando un momento que estábamos solos en la habitación-. Es lógico empezar con libros para niños, pero ahora preferiría leer algo más interesante.

-¿No esperarás que escriban novelas románticas y de aventuras sin hombres, no? -le pregunté. Nada irritaba tanto a Terry como vernos dar por sentado que no había hombres en el país; pero lo cierto era que no se veía rastro de ellos en los libros ni en las láminas que nos habían dado.

-¡Cállate! -gruñó-. ¡Las tonterías infernales que se te ocurren! Se lo preguntaré directamente a ellas... ahora que ya dominamos bastante bien la lengua.

La verdad es que habíamos trabajado duramente para aprender su idioma y ya podíamos leer con fluidez e incluso comentar lo leído con bastante soltura.

Fue una tarde en que estábamos todos sentados en la terraza, nosotros tres y las maestras, alrededor de una mesa, sin guardianas a la vista. Unos días antes nos habían dado a entender que si les prometíamos no recurrir a la violencia, dejarían de vigilarnos continuamente, y enseguida aceptamos el trato.

Conque allí estábamos tan tranquilos, todos vestidos con ropas parecidas; el pelo, que ya nos había crecido del mismo largo que el de ellas; sólo nos diferenciaban las barbas. No es que deseásemos dejarnos barba, pero hasta el momento no había habido manera de convencerlas para que nos dieran instrumentos con que cortarlas.

-Señoras -comenzó a decir Terry sin rodeos-. ¿No hay hombres en este país?

-¿Hombres? -respondió Somel-. ¿Como vosotros, como los aquí presentes?

-Sí, hombres -Terry señaló su barba e irguió los anchos hombros-. Hombres, hombres de verdad.

-No -contestó ella con rapidez-. En este país no hay hombres. Hace dos mil años que no hay ningún hombre entre nosotras.

Su mirada era clara y sincera, e hizo esta asombrosa declaración como si no hubiera nada de raro en ella, como un mero dato más.

-Pero... la gente... las niñas -protestó Terry, sin creerla en lo más mínimo, pero procurando disimularlo.

-¡Ah, sí! -dijo ella con una sonrisa-. No me extraña que te sorprenda. Somos madres -todas-, pero no hay padres. Hace tiempo que esperábamos esta pregunta... ¿Cómo es que no nos la habíais hecho? -seguía manteniendo su mirada franca y bondadosa, y su tono sencillo.

Terry se excusó alegando nuestro escaso conocimiento del idioma, y se embrolló bastante, en mi opinión, pero Jeff fue más sincero.

-Tendréis que perdonarnos -dijo-, pero la verdad es que nos cuesta creerlo. Es una... posibilidad... que no se da en ninguna otra parte del mundo.

-¿No tenéis ninguna forma de vida en la que pueda ocurrir? -preguntó Zava.

-Bueno, sí... en algunas especies inferiores, claro.

-¿Inferiores, o más bien superiores, en qué grado?

-Pues... se da en algunas especies bastante desarrolladas de insectos. Lo llaman os partenogénesis... que quiere decir reproducción en estado de virginidad.

Ella no pareció entenderlo.

-Reproducción, eso lo entendemos, naturalmente. ¿Pero qué significa virginidad?

Terry puso cara de apuro, pero Jeff abordó la pregunta sin inmutarse:

-Entre los animales que se aparean, se habla de virginidad para describir la condición de las hembras que todavía no lo han hecho -respondió.

-Ah, ya veo. ¿Y también se dice del macho? ¿O tenéis otro término para él?

Él salió apresuradamente del paso diciendo que la palabra era la misma, pero se usaba muy raramente.

-¿Por qué? -preguntó ella-. Es evidente que uno no puede copular sin el otro. Entonces, ambos deben ser... vírgenes antes de la copulación. Pero, ¿conocéis alguna forma de vida en la que en la reproducción intervengan sólo padres?

-No, yo no -contestó Jeff, y yo les pregunté con verdadero interés:

-¿Nos estáis sugiriendo que desde hace dos mil años sólo hay mujeres en vuestro país, y sólo nacen niñas?

-Exactamente -asintió Somel muy seria-. Sabemos, naturalmente, que en muchas especies animales no ocurre así, que tienen padres además de madres; ya vemos que vosotros sois padres, que provenís de una raza en que existen los dos géneros. La verdad es que estábamos esperando que pudieseis hablar sin dificultad e informarnos sobre vuestro país y sobre el resto del mundo. Vosotros habéis visto muchas más cosas que nos otras, que sólo conocemos nuestro país.

Durante las clases pasadas habíamos intentado hablarles del vasto mundo exterior c

on ayuda de bocetos y mapas, incluso habíamos construido un globo terráqueo con un futo de forma esférica, para mostrarles el tamaño y posición relativa de los distintos países, indicándoles su número de habitantes. Todo de manera muy escueta y a grandes rasgos, pero ellas se habían formado una idea bastante aceptable.

Me resulta realmente difícil transmitir una imagen justa de las mujeres de ese país.

No eran nada ignorantes; al contrario, eran muy sabias, de eso estábamos cada vez más convencidos. Y nadie les ganaba en claridad de juicio, y su capacidad cerebral e inteligencia era A 1, pero ignoraban muchas cosas.

Tenían muy buen carácter, una paciencia a toda prueba y una gran bondad... una de las cosas que más llamaba la atención en todas ellas era que no se irritaban nunca. Hasta entonces sólo habíamos tenido ocasión de observar aquel reducido grupo, pero más tarde descubrí que ese era un rasgo común.

Poco a poco empezamos a sentir que estábamos en manos de personas amigas, muy capaces además, pero todavía no conseguíamos valorar el nivel de esas mujeres.

-Queremos que nos enseñéis cuanto podáis -prosiguió Somel, con sus firmes y delicadas manos cruzadas sobre la mesa, mientras nos miraba francamente a los ojos-. Y para nosotras será un placer enseñaros cosas útiles y nuevas. Como comprenderéis, para nosotras es todo un acontecimiento tener hombres en el país... después de dos mil años. Y también queramos saber cómo son vuestras mujeres.

Terry se quedó de inmediato muy satisfecho al oírle hablar de nuestra importancia. Enseguida lo noté por su manera de levantar la cabeza. Pero cuando mencionó a nuestras mujeres... sentí algo raro, difícil de describir, algo insólito que jamás había experimentado al oír la palabra «mujeres»?

-¿Nos contaréis cómo habéis llegado a esta situación? -preguntó Jeff-. Has hablado de «dos mil años» desde que... pero antes había hombres ¿verdad?

-Sí -contestó Zava.

Siguieron unos minutos de silencio general.

-Deberíais leer nuestra historia completa... no temáis, está explicada de manera corta y sencilla. Nos ha costado mucho aprender a escribir la historia. ¡Oh, no sabéis cuánto me gustaría poder leer la vuestra!

Y nos miró uno a uno, con ojos brillantes y ansiosos.

-Sería magnífico... ¿no creéis? Comparar las historias de estos dos mil años pasados y observar las diferencias entre... nosotras, que sólo somos madres, y vosotros, que tenéis madres y padres. Claro que ya hemos observado, en nuestros pájaros, que el padre es tan útil como la madre, o casi. Pero entre los insectos parece tener mucha menos importancia, poquísima a veces. ¿Ocurre lo mismo entre vosotros?

-Sí, con los pájaros y los bichos -dijo Terry-, pero no entre los animales... ¿No hay animales aquí?

-Hay gatos -contestó ella-. Y el padre no sirve de mucho.

-¿No tenéis vacunos, ovejas, caballos? -Hice un bosquejo de estos animales y se lo mostré.

-En tiempos muy lejanos teníamos éstos -dijo Somel y, con trazo firme y rápido, dibujo algo muy parecido a una oveja o una llama-, y también éstos -dibujó perros, dos o tres clases de perros- y éstos -y señaló mi ridículo pero identificable boceto de un caballo.

-¿Y qué fue de todos ellos? -inquirió Jeff.

-Ya no los queremos. Ocupaban demasiado espacio... necesitamos toda la tierra para alimentarnos. Ya sabéis que el país es muy pequeño.

-¿Y cómo podéis sobrevivir sin leche? -preguntó incrédulo Terry.

-¿Leche? La tenemos en abundancia... la nuestra.

-Pero... pero, quiero decir para cocinar... para los adultos -aclaró torpemente Terry, ante la mirada de sorpresa y un poquitín molesta de ellas.

Jeff procuró salvar la situación.

-Es que nosotros criamos el ganado por su leche, además de la carne -explicó-. La leche de la vaca es fundamental en nuestra dieta. La producción de leche es una gran industria... y su distribución también.

Pero ellas seguían mirándonos sin comprender. Volví a mostrarles la vaca que había dibujado.

-El granjero ordeña la vaca -dijo, mientras dibujaba un cubo y un taburete e imitaba los gestos del ordeñador-. La leche se transporta luego a la ciudad y los leche

ros se encargan de repartirla por las casas, cada mañana.  
-¿Las vacas no tienen hijos? -preguntó muy seria Somel.  
-Oh, sí, claro que sí; los llamamos becerros.  
-¿Y hay suficiente leche para el becerro y para vosotros?  
Costó bastante explicar a aquellas tres dulces mujeres todo el proceso por el que se separa a la vaca del becerro, privándolo de su alimento natural. La explicación nos llevó al tema de la producción cárnica. Ellas lo escucharon todo muy pálidas, y de pronto se levantaron pidiendo que las excusáramos.

V

## UNA HISTORIA SINGULAR

Intentar amenizar este capítulo con aventuras sería vano. Si las personas que lo lean no sienten interés por las mujeres de ese país ni por su asombrosa historia, nada podrá atraer su atención.  
Además, ¿qué podíamos hacer tres hombres jóvenes, solos, contra un país de mujeres? Nos fuimos una vez, como ya se sabe, y nos obligaron a volver pacíficamente, sin que Terry y tuviera la satisfacción de pegarle a nadie.  
Las aventuras eran imposibles porque no había contra qué luchar. En el país no había animales salvajes y muy pocos animales domésticos. De estos voy a detenerme a describir el más común: el gato, naturalmente. ¡Pero qué gatos!  
¿Qué les habrían hecho aquellas «damas sociales» a sus gatos? ¡A través de una prolongada y controladísima selección habían conseguido una raza de gato que no maullaba! Tal como lo oyen. Lo máximo que llegaban a emitir esas pobres bestias mudas era un pequeño chillido cuando tenían hambre o querían que les abriesen la puerta; aparte, naturalmente, de los ronroneos y los diversos murmullos maternales que dedicaban a sus gatitos.  
Es más, ya no mataban a los pájaros. Habían sido rigurosamente seleccionados para la caza de ratones, topes y otros enemigos de las cosechas; pero abundaban los pájaros, libres de toda amenaza.  
Hablando de pájaros, a Terry se le ocurrió preguntar si usaban sus plumas para adornar los sombreros, idea que pareció divertirlos. Terry dibujó unos cuantos modelos de sombreros femeninos, con plumas y otros grandes adornos que sobresalían mucho; ellos las mostraron gran interés, como ante todo lo relacionado con nuestras mujeres. Nos explicaron que ellas sólo llevaban sombrero para protegerse del sol cuando trabajaban; y éstos eran anchos y ligeros sombreros de paja, parecidos a los que usan en China o en Japón. Durante la estación fría se usaban gorras o capuchas.  
-Pero como adorno -dijo Terry-, ¿no os gustaría poneros uno de éstos? -y dibujó lo mejor que pudo una señora tocada con un impresionante sombrero de plumas.  
A ellas no pareció impresionarlas en absoluto el argumento, y se limitaron a preguntar si los hombres también los llevaban. A lo cual nos apresuramos a responder que no, mientras dibujábamos los modelos masculinos.  
-¿Los hombres no se ponen plumas en los sombreros?  
-Sólo los indios -explicó Jeff-. Son salvajes, ¿sabéis? -Y dibujó un tocado de guerrero.  
-Y los soldados también -añadí, dibujando un casco militar con plumas.  
Nada parecía escandalizarlas ni molestarlas, y tampoco se mostraban demasiado sorprendidas, sólo atentamente interesadas. Y no paraban de tomar nota... ¡millas y millas de notas!  
Pero volviendo al tema de los gatitos, nos impresionó la exactitud del resultado obtenido por su crianza, y les contamos, inducidos por sus preguntas -no podéis hacer idea de hasta qué punto nos acribillaban a preguntas-, cómo habíamos conseguido nuestras razas de perros, caballos y ganado, aunque jamás nos habíamos ocupado de los gatos, excepto con propósitos decorativos.  
Me gustaría ser capaz de describir el estilo tranquilo, amable, metódico e ingenioso

de sus interrogatorios. No las movía la mera curiosidad... de hecho, no les despertábamos mayor curiosidad que ellas a nosotros, y seguramente mucho menos. Pero estaban empeñadas en comprender nuestra civilización y tenían una manera de asediarnos a preguntas, cercándonos poco a poco y canalizando nuestras respuestas hasta que de pronto nos sorprendíamos reconociendo hechos que no habíamos querido confesar. -¿Y todas las razas de perros que tienen alguna utilidad? -nos preguntaron. -Oh, la utilidad... Bueno, los perros de caza, los guardianes y los pastores son útiles; y los que arrastran los trineos, naturalmente, y también los que cazan ratas, supongo, pero en general no los criamos por su utilidad. Para nosotros, el perro es el «amigo del hombre»... y les tenemos cariño.

Eso lo entendieron.

-Nosotras también queremos a los gatos. Son nuestros amigos y colaboradores, también. Ya habréis observado que son muy inteligentes y cariñosos.

Era cierto. Jamás había visto gatos parecidos, salvo en alguna rara ocasión. Grandes animales, de hermoso pelo sedoso, cariñosos con todo el mundo y con una especial devoción hacia sus amas.

-Os debe partir el corazón cada vez que tenéis que ahogar a los gatitos -insinuamos nosotros.

-¡Oh, no! -dijeron ellas-. Veréis, seguimos el mismo procedimiento que vosotros con vuestro valioso ganado. Hay pocos padres comparados con el número de madres, sólo un puñado de ejemplares de gran calidad en cada ciudad; viven tranquilamente en jardines vallados y en las casas de sus amigas. Pero sólo se aparean una vez al año.

-Eso es muy duro para los machos, ¿no? -insinuó Terry.

-¡No, qué va! Llevamos muchos siglos seleccionándolos para conseguir la raza que queremos. Están sanos y son felices y cariñosos, ya os habréis fijado. ¿Cómo resolvéis vosotros el asunto con vuestros perros? ¿Los hacéis vivir en pareja, aisláis a los padres, o qué? Entonces les explicamos que... bueno, en realidad el problema no eran los padres; que nadie quería una... una perra madre; en fin, que en la práctica casi todos los perros eran machos... y sólo se permitía que sobreviviese un reducido número de perras.

A lo que Zava, mirando a Terry con una de sus más dulces sonrisas, dijo repitiendo sus palabras:

-Eso es muy duro para los machos, ¿no? ¿Les gusta vivir así... sin pareja? ¿Son todos tan uniformemente cariñosos y sanos como nuestros gatos?

Jeff se echó a reír, lanzando una mirada maliciosa a Terry. La verdad es que comenzábamos a considerarlo un poco traidor... con excesiva frecuencia cambiaba de bando y salía en defensa de los puntos de vista de ellas; además, por sus conocimientos de médico veía las cosas desde una perspectiva algo distinta.

-Me duele tener que confesar -dijo- que, entre nosotros, el perro es un animal plagado de enfermedades... el que más después del hombre. En cuanto a su carácter... los hay que muerden a las personas, sobre todo a los niños.

Aquello fue el colmo. Las criaturas eran... la *raison d'être* en ese país. Nuestras interlocutoras se pusieron rígidas al oírlo. No perdieron su habitual gentileza y autocontrol, pero detectamos una nota de profunda perplejidad en su voz.

-¿Es decir que criáis unos animales... unos machos sin pareja, que muerden a las criaturas? ¿Podríais decirnos cuántos de esos animales hay en el país?

-Miles... en las grandes ciudades -contestó Jeff- y en el campo casi todas las familias tienen uno.

Pero Terry lo interrumpió:

-No debéis pensar que todos son peligrosos, ni mucho menos... sólo uno de cada cien muerde alguna vez. ¡Pero si son los mejores amigos de los niños! El niño que no tiene un perro con que jugar, se siente muy desamparado.

-¿Las niñas también? -preguntó Somel.

-Las niñas... bueno, a las niñas también les gustan -dijo Terry, sin poder disimular cierta pérdida de entusiasmo en la voz. Más tarde descubrimos que ese era el tipo de detalles en que más reparaban ellas.

Poco a poco nos obligaron a reconocer que, en la ciudad, el amigo del hombre vivía encarcelado; que su escaso ejercicio consistía en salir a pasear atado a una correa; que estaba expuesto a muchas enfermedades, entre ellas la mortífera y espeluznante rabia; y que, con frecuencia, se lo amordazaba para proteger a los ciudadanos.

os. Todo ello ilustrado maliciosamente por Jeff con descripciones de los casos más sensacionalistas que había visto o leído de desgracias y muertes causadas por perros enloquecidos.

Ellas no se escandalizaron ni inquietaron. Tenían una serenidad de jueces, esas mujeres. Aunque, eso sí, no pararon de tomar notas, que luego Moadine nos leyó en voz alta.

-Corregidme, por favor, si no he entendido correctamente la situación -nos dijo-. ¿Y esto también sucede en otros países además del vuestro?

-Sí -reconocimos-. En la mayoría de los países civilizados.

-En la mayoría de los países civilizados se sigue criando un animal doméstico que ya no tiene ninguna utilidad...

-Sirven de protección -insistió Terry-. Ladran a los ladrones.

Ella apuntó la palabra «ladrones» y siguió leyendo:

... debido al cariño que le tiene la gente.

Aquí Zava interrumpió:

-¿Son hombres o mujeres los que tanto quieren a este animal?

-Ambos -insistió Terry.

-¿En igual medida? -inquirió ella.

Entonces intervino Jeff:

-Vamos, Terry. Sabes muy bien que los perros gustan más a los hombres que a las mujeres, por regla general.

-Debido al gran cariño que le tienen... sobre todo los hombres. Este animal es mantenido encerrado o atado.

-Pero, ¿por qué? -preguntó bruscamente Somel- Nosotras encerramos a los gatos porque no queremos que hagan de padre con excesiva frecuencia, pero no los atamos... disponen de un amplio espacio para moverse y correr.

-Un perro valioso puede ser robado si se lo deja suelto -aclaré yo-. Les ponemos collares, con el nombre del amo, por si se pierden. Además son pendencieros... un perro más grande podría matar fácilmente a un perro de mucho valor.

-Ya comprendo -dijo ella-. Se pelean entre sí... ¿y esto ocurre a menudo?

Reconocimos que así era.

-Los tienen encerrados o atados. -Volvió a hacer una pausa para preguntar-: ¿Al perro no le gusta correr? ¿No es natural en él correr a grandes velocidades?

De nuevo reconocimos que sí, y Jeff, para fastidiar, remachó el clavo diciendo:

-A mí me resulta muy ridículo el espectáculo de un hombre o una mujer sacando a pasear un perro... atado de una correa.

-¿Les inculcáis los hábitos de limpieza que nosotras inculcamos a los gatos? -fue la siguiente pregunta. Y cuando Jeff les describió los efectos del paso de un perro por un lugar con mercaderías, o por las calles en general, nos miraron incrédulas. Debe tenerse presente que su país estaba más limpio que una cocina holandesa, y en cuanto a los servicios higiénicos... pero será mejor que, antes de proseguir con las descripciones, cuente lo que recuerdo de la historia de ese asombroso país.

Empezaré resumiendo las condiciones en que nosotros la aprendimos. No intentaré reproducir el detallado y minucioso diario perdido; me limitaré a constatar que permanecimos encerrados en la fortaleza seis meses largos, y luego otros tres en una agradable ciudad donde, con gran disgusto de Terry, sólo había «coronelas» y niñas, pero ninguna mujer joven. Después pasamos otros tres meses bajo libertad vigilada... acompañados siempre por una tutora o una guardiana, o ambas a la vez. Pero fue un período muy agradable porque tuvimos la oportunidad de familiarizarnos a fondo con ellas. ¡Esto se merece un capítulo especial! Ya procuraré que la descripción sea lo más ajustada posible.

Aprendimos el idioma casi a la perfección... tuvimos que hacerlo; y ellas aprendieron el nuestro con mucha mayor rapidez. Y se valieron de él para acelerar nuestros estudios.

Jeff, que siempre llevaba consigo algo que leer, tenía dos libritos: una novela y una antología poética; yo, por mi parte, tenía una de esas enciclopedias de bolsillo, un tomito muy gordo henchido de datos. Estos libros fueron muy útiles para nuestra instrucción... y la de ellas; y en cuanto fue posible nos dieron muchos de los suyos. Yo me dediqué a los textos históricos, empeñado como estaba a entender el origen de aquel milagro.

He aquí lo que paso, según sus registros:

Empecemos por la geografía; al parecer, hacia principios de la era cristiana, el país tenía un acceso libre al mar. No os diré dónde, por una justificada cautela. Pero lo cierto es que había un paso bastante fácil a través de la cordillera que cierra el país por detrás. La población sin duda era de origen ario, y antiguamente estuvo en contacto con las civilizaciones más avanzadas del viejo mundo. Eran de raza «blanca», aunque de piel más oscura que las poblaciones nórdicas debido al constante contacto con el aire y el sol.

En aquellos tiempos el país era mucho más grande, abarcaba un amplio territorio al otro lado del desfiladero y un tramo de costa. Tenía barcos, comercio, un ejército, un rey... no hay que olvidar que en aquella época eran -para usar el término con que nos describían impasiblemente a nosotros- una raza bisexual.

Al principio fueron simplemente víctimas de una serie de infortunios históricos no muy diferentes de los que han sufrido, con frecuencia, muchas otras naciones del mundo. Diezmadas por las guerras, se vieron forzadas a replegarse hacia el interior, hasta que la ya muy reducida población, con muchos de sus hombres muertos en el campo de batalla, se parapetó finalmente y durante muchos años en el interior, concentrando sus defensas en los pasos de montaña. En los puntos más vulnerables a los ataques exteriores, reforzaron las defensas naturales hasta convertir el país en una fortaleza prácticamente inaccesible, tal como lo encontramos nosotros.

Eran un pueblo polígamo y tenían esclavos, como era habitual en aquella época; y durante el par de generaciones dedicadas a la defensa de su refugio entre las montañas, construyeron fortalezas, como la que habitábamos nosotros, y muchos de los edificios más antiguos, algunos de los cuales todavía están en uso. Sólo un terremoto podría destruir esa arquitectura de bloques inmensos y muy sólidos, que se aguantan por su propio peso. En aquellos tiempos debieron de contar con trabajadores muy capaces y numerosos.

Lucharon con valentía y tesón por su supervivencia, pero nada pudieron hacer contra lo que las compañías navieras denominan «la mano de Dios». Mientras todo el ejército se concentraba en la defensa de los pasos de la cordillera, se produjo una erupción volcánica acompañada de ligeros temblores de tierra, que bloquearon los pasos que constituían sus únicos accesos al mundo exterior. Donde hasta entonces había un paso, erigiose en adelante otra cordillera, muy alta y escarpada, que los separó definitivamente del mar; quedaron cercados y debajo de la pared que los encerraba quedó sepultado todo el pequeño ejército. Muy pocos hombres lograron escapar con vida, fuera de los esclavos; y éstos aprovecharon la oportunidad para rebelarse, matando a los pocos años que quedaban con todos sus hijos varones, hasta los más jóvenes, y también a las mujeres de edad y a las madres, con la intención de ocupar el país donde se encontraban el resto de las jóvenes y niñas.

Pero tantas desgracias seguidas enardecieron a estas vírgenes. Eran muchas, bastantes más que los que pretendían someterlas, y en vez de agachar la cabeza, se rebelaron a su vez a la desesperada y acabaron con sus brutales conquistadores.

Ya sé que todo esto recuerda mucho a Tito Andrónico, pero así lo cuentan ellas. Es de imaginar que la situación de las jóvenes era enloquecedora... ¿quién osaría condenarlas? El hermoso altiplano florido que era su país, quedó prácticamente despoblado, con sólo un puñado de mujeres jóvenes e históricas y algunas esclavas viejas.

Eso ocurrió hace unos dos mil años.

Los primeros tiempos fueron de total desesperación. Las montañas las protegían de sus antiguos enemigos, pero también les cerraban toda posibilidad de escape. No podían salir ni por arriba, ni por abajo, ni por los lados, y tuvieron que resignarse a permanecer allí. Algunas, aunque no la mayoría, eran partidarias de suicidarse. En general debían ser muchachas muy valientes y decidieron seguir viviendo... los años que les quedaran de vida. Por supuesto que con la esperanza, muy natural en la juventud, de que algo intervendría para cambiar su destino.

Y se pusieron a trabajar, enterraron a los muertos, comenzaron a arar y a sembrar y a cuidar unas de otras.

Y ya que he mencionado el entierro de los muertos, aprovecharé la ocasión para señalar que adoptaron la costumbre de la cremación en el siglo XIII, por los mismos motivos que las impulsaron a dejar de criar ganado: por una cuestión de espacio. Se sorprendieron mucho cuando les dijimos que nosotros todavía sepultábamos a nuestros mu-



rtos..., nos preguntaron por qué, y no quedaron nada convencidas con las razones que les dimos. Les hablamos de nuestra fe en la resurrección del cuerpo, y ellas no se preguntaron si no creíamos que Dios sería tan capaz de hacerlo resucitar de las cenizas como de un montón de materia corrupta. Les explicamos que a la gente de nuestro país le repugnaba quemar a los seres queridos, y ellas nos preguntaron si era menos repugnante dejar que se pudrieran bajo tierra. Tenían un modo de razonar verdaderamente inconveniente.

En resumen, aquel primer puñado de muchachas resolvieron limpiar el país e intentar salir adelante lo mejor posible. Algunas de las antiguas esclavas les ayudaron enormemente, enseñándoles los oficios que conocían. Disponían de los documentos habituales, y contaban con las herramientas y utensilios existentes en aquella época y con una tierra muy fértil para cultivar.

Un reducido número de matronas más jóvenes había logrado escapar a la carnicería, y después del cataclismo todavía hubo algunos nacimientos, pero sólo nacieron dos niños, que murieron al poco tiempo.

Pasaron cinco o diez años trabajando juntas. Cada vez se sentían más fuertes y más sabias, y también más unidas. Y entonces ocurrió el milagro: una de las mujeres quedó encinta. Por supuesto que todas sospecharon que debía haber un hombre escondido por alguna parte, pero nunca lo encontraron. Luego decidieron que era un don de los dioses e instalaron a la orgullosa madre en el Templo de Maaia -su diosa de la maternidad-, bajo estrecha vigilancia. Y allí, con el paso de los años, la milagrosa mujer fue dando a luz una y otra vez, hasta un total de cinco criaturas... todas niñas.

Siempre he sentido un gran interés por la sociología y la psicología social, y procuré reconstruir mentalmente la verdadera situación de aquellas mujeres del pasado. Eran quinientas o seiscientas, todas criadas en harenes; pero las generaciones inmediatamente anteriores debieron crecer en un heroico ambiente de lucha, que seguramente fortaleció la raza. En su terrible situación de orfandad, debieron formar un grupo unido, en el seno del cual se ayudaban mutuamente y también a sus hermanitas, y desarrollaron capacidades insólitas para hacer frente a las nuevas necesidades.

Y de pronto, en el horizonte de aquel grupo de mujeres endurecidas por el sufrimiento y fortalecidas por el trabajo, huérfanas del amor y cuidado de unos padres y madres y sin el consuelo de llegar a ser madres algún día, iluminándose una nueva esperanza.

El poder de la Maternidad les había sido concedido, aunque no a todas personalmente, pero era concebible que, si era hereditario, éste pudiera ser el origen de una nueva raza.

Resulta fácil imaginar el trato que debieron recibir aquellas cinco Hijas de Maaia, Hijas del Templo, Madres del Futuro: todos los nombres que el amor, el respeto y la esperanza podían inspirar. Toda la reducida población de mujeres del país se dedicó a servirles solícitamente, aguardando con esperanza infinita y con no menos infinita angustia el momento de comprobar si también ellas poseerían el don de ser madres.

¡Y así fue! A los veinticinco años comenzaron a gestar. Cada una de ellas dio a luz a cinco niñas, como su madre. Ya había veinticinco Nuevas Mujeres, todas ellas con la categoría intrínseca de Madres, y todo el país pasó del dolor y la valerosa resignación, al gozo y el orgullo. Las mujeres de más edad, que todavía se acordaban de los hombres, fueron muriendo, y con el tiempo también las siguieron las más jóvenes del grupo inicial. Finalmente sólo quedó un grupo de ciento cincuenta y cinco mujeres partenogenéticas, fundadoras de una nueva estirpe.

Ellas fueron las depositarias de la herencia que el amoroso trabajo del grupo original había creado. Su pequeño país era un lugar muy seguro. Las granjas y los huertos rendían al máximo. Los pocos talleres que tenían funcionaban a la perfección. Conservaban todos los archivos del pasado, y durante largos años las mujeres de más experiencia se habían dedicado a transmitir, con los mejores métodos pedagógicos a su alcance, todos sus conocimientos y oficios al pequeño grupo de hermanas y madres.

¡Y así nació Dellas! ¡Con una sola familia, descendiente de una sola madre! Esta madre prímigenia vivió hasta los cien años; vivió para ver nacer sus ciento veinticinco bisnietas; vivió como Reina, Sacerdotisa y Madre de todas ellas; y murió imbuida de la satisfacción más noble y el gozo más justificado que posiblemente haya experimentado jamás un alma humana... ¡haber engendrado ella sola una nueva raza!

Las primeras cinco hijas se criaron en un ambiente de sagrado sosiego, de vigilante y respetuosa espera, de plegarias angustiadas. Para ellas, la anhelada maternidad no constituyó sólo un gozo personal, sino la plasmación de la esperanza de toda una nación. Sus veinticinco hijas, en cambio, crecieron en un ambiente de mayor confianza, con horizontes más ricos y amplios, con el amor y los cuidados de toda la población superviviente, dentro de una sagrada comunidad de hermanas con todos sus ardientes anhelos juveniles concentrados en el momento de iniciar su gran misión. Y finalmente llegó un momento en que se quedaron solas; muerta la Madre Primigenia de blancos cabellos, esa única familia formada por cinco hermanas, veinticinco primas hermanas y ciento veinticinco primas segundas fue el germen de una nueva raza.

Pertenecían al género humano, indudablemente, pero -y esto fue lo que más nos costó comprender- aquellas elevadas mujeres, depositarias de un legado puramente femenino, no sólo habían eliminado ciertos rasgos masculinos, que evidentemente no esperábamos encontrar en ellas, sino también muchos de los atributos que siempre habíamos considerado esencialmente femeninos.

La tradición de los hombres como guardianes y protectores había desaparecido. Esas vírgenes convencidas nada tenían que temer de los hombres, porque no los había, y por tanto no necesitaban ser protegidas. Y en su resguardado país tampoco había fieras salvajes.

Poseían, evidentemente, desarrollada en muy alto grado, la fuerza del amor maternal, de ese instinto maternal tan loadado entre nosotros, unido a un amor de hermanas al que, aun conociendo los lazos que las unían, apenas dábamos crédito.

Terry, incrédulo, desdeñoso incluso, a solas con nosotros se negaba a creer en la historia.

-¡Es un conjunto de leyendas más viejas que Herodoto y no mucho más verosímiles! -dijo- ¿Creéis posible que un puñado de mujeres solas se hayan mantenido tan unidas? Todo el mundo sabe que las mujeres no saben organizarse... que se pelean por cualquier cosa... y son terriblemente celosas.

-Pero recuerda que estas nuevas mujeres no tenían de qué estar celosas -le interrumpió Jeff.

-¡Bobadas! -bufó Terry.

-Danos tú una explicación mejor -intervine yo-. Podemos ver aquí a las mujeres, sólo mujeres, y tú mismo has tenido que reconocer que no hay rastro de hombres por ninguna parte. -Entonces ya conocíamos bastante bien el país.

-Lo admito -gruñó-. ¡Y es una verdadera lástima! La vida no tiene aliciente sin hombres, sin el estímulo de la competencia; pero estas mujeres no son femeninas. No me lo negaréis.

Estos comentarios siempre conseguían indignar a Jeff, y con el tiempo yo empecé a compartir su punto de vista.

-¿No te parecen femeninas... unas mujeres que concentran todo su interés en la maternidad? -le preguntó.

-Pues no -contestó Terry-. ¿Qué le importa a un hombre la maternidad, si se le niega toda oportunidad de ser padre? Además... ¿de qué sirve discutir de sentimientos cuando sólo somos hombres? ¡Los hombres esperan de las mujeres mucho más que esta «maternidad»! Procurábamos ser pacientes con Terry. Cuando hizo ese comentario ya llevaba nueve meses viviendo entre las «coronelas», sin otra válvula de escape que los ejercicios gímnicos, aparte de nuestro fracasado intento de fuga. Seguramente nunca había tenido que vivir tanto tiempo seguido sin poder quemar su exceso de energía en los alicientes del Amor, el Combate y el Peligro, y por eso se irritaba con tanta facilidad. A Jeff y a mí no nos resultaba tan duro. Mi interés intelectual era tan grande que no me importaba nuestro confinamiento. En cuanto a Jeff, ¡bendito él!, sólo puedo decir que estaba tan entusiasmado con su tutora como si se tratase de una muchacha... no sé más.

Pero Terry tenía razón en su crítica. Aquellas mujeres, que habían erigido la función esencial de la maternidad en centro de su cultura, presentaban una asombrosa carencia de lo que solemos llamar «feminidad». Y no tardé en llegar a la conclusión de que los tan cacareados «encantos femeninos» no son femeninos en absoluto, sino sólo un reflejo de la masculinidad, y que ellas los han desarrollado para darnos gusto, porque no tienen más remedio, sin que sean en absoluto esenciales para la auténtica plenitud

d de su gran función existencial. Pero Terry no había llegado a la misma conclusión.

-¡Ya veréis cuando me suelten! -masculló.

Pero nosotros le advertimos:

-¡Ten cuidado, Terry, muchacho! Se han portado estupendamente con nosotros, pero no te olvides de la anestesia. En este país de vírgenes. La venganza de las Tías Solteras será terrible. Vamos, ¡pórtate como un hombre! No estaremos aquí toda la vida.

Pero volvamos a la historia del país:

Enseguida se pusieron a hacer planes y proyectos para sus hijas, concentrando toda su inteligencia y energía colectiva en este propósito. A cada niña, evidentemente, se le inculcaba desde pequeña la importancia de su Misión última y ya entonces tenían ideas muy elevadas sobre la capacidad moldeadora y educadora de la madre.

Sus ideales eran elevadísimos: Belleza, Salud, Fortaleza, Inteligencia, Bondad...

y en ellos concentraron sus plegarias y su trabajo.

No tenían enemigos, eran todas hermanas y amigas. La tierra se extendía fértil ante ellas, y un gran futuro comenzó a tomar forma en sus mentes.

Su religión primitiva recordaba mucho la de la antigua Grecia... con gran número de dioses y diosas; pero pronto comenzaron a perder interés en los dioses de la guerra y el pillaje, para concentrar paulatinamente toda su atención en la Diosa Madre.

Luego, al aumentar su inteligencia, se convirtieron a una suerte de Panteísmo Materno.

Su vida giraba en torno a la fertilidad de la Madre Tierra. Todo su alimento tenía su origen en la función materna, desde las semillas y los huevos, hasta el producto de éstos. La maternidad les daba vida y la maternidad era el centro de su existencia; para ellas, la vida se reducía al largo ciclo de la maternidad.

Pero no tardaron en reconocer la necesidad de progresar más allá de la mera repetición, y concentraron su inteligencia combinada en el problema de crear un pueblo lo más perfecto posible. Al principio, no fueron más allá de la esperanza de engendrar seres mejores; y luego advirtieron que, más allá de las diferencias entre las niñas al nacer, el desarrollo auténticamente significativo se producía más tarde... a través de la educación.

Y entonces fue cuando las cosas comenzaron a moverse.

Cuanto más descubría y apreciaba los logros de aquellas mujeres, menos orgulloso me sentía de lo que habíamos logrado nosotros, con toda nuestra masculinidad.

Veréis, no habían tenido guerras. No tenían reyes, ni sacerdotes, ni aristocracia. Eran hermanas, y crecían y se desarrollaban juntas, no al impulso de la competencia, sino a través de la acción combinada.

Intentamos defender la competitividad y ellas nos escucharon con gran interés. De hecho, pronto descubrimos, por la seriedad de sus preguntas, que estaban dispuestas a creer que nuestro mundo era mejor que el suyo. No estaban seguras, querían cerciorarse, pero lo cierto es que no manifestaban en absoluto la arrogancia que habría cabido esperar.

Nos extendimos bastante sobre el tema de la competitividad y sus ventajas: cómo estimulaba el desarrollo de las mejores cualidades; cómo sin ella no habría «alicientes para la industria». Terry insistió mucho en este aspecto.

-No habría alicientes para la industria... -repetieron ellas con la expresión de perplejidad que tan bien conocíamos ya-. ¿Alicientes? ¿Para la industria? Pero, ¿no os gusta trabajar?

-Ningún hombre trabajaría si no estuviese obligado a ello -declaró Terry.

-¡Ah, ningún hombre! ¿Es este entonces uno de los rasgos que distinguen a vuestros dos sexos?

-¡No, no! -se apresuró a aclarar él-. Quiero decir que nadie, ni hombre ni mujer, trabajaría sin un aliciente. Y la competitividad es el... el motor que lo mueve todo.

-No entre nosotras -explicaron ellas dulcemente-, por eso nos cuesta tanto comprenderlo. ¿Queréis decir, por ejemplo, que ninguna madre trabajaría para sus niños y niñas sin el aliciente de la competitividad?

No, tuvo que reconocer que no se refería a eso. Suponía que las madres trabajaban sin cuestionárselo por el bien de sus hijos en el hogar. Pero el trabajo exterior era otra cosa: era responsabilidad de los hombres y requería un elemento de competitividad.

Nuestras maestras nos escuchaban interesadísimas.

-Tenemos tantas ganas de aprender... ¡vosotros podéis contarnos cosas del mundo entero, mientras que nosotras sólo tenemos nuestro pequeño país! Y pensar que entre vosotros sois dos, dos sexos, para quereros y ayudaros. Debe de ser un mundo muy rico y maravilloso. ¿Y en qué consiste ese trabajo exterior que hacen los hombres... y que no existe aquí?

-Pues, todo -dijo Terry con gran elocuencia-. Entre nosotros los hombres lo hacen todo. -Hinchó el pecho y ensanchó sus amplios hombros. -No permitimos que nuestras mujeres trabajen. Amamos, idolatramos, honramos a las mujeres y queremos que permanezcan en el hogar para cuidar de los hijos.

-¿Qué es «el hogar»? -preguntó pensativa Somel.

Pero Zava imploró:

-Antes que nada, aclárame una cosa: ¿Ninguna mujer trabaja?

-Bueno, sí -tuvo que reconocer Terry-. Algunas tienen que hacerlo, las más pobres.

-¿Cuántas, aproximadamente, en vuestro país?

-Cerca de siete u ocho millones -contestó Jeff para fastidiar, como de costumbre.

## VI

### LAS COMPARACIONES SIEMPRE SON ODIOSAS

Siempre había estado orgulloso de mi país, por supuesto. Comparados con los demás países y pueblos que conocía, los Estados Unidos de América, sin faltar a la modestia, me habían parecido siempre uno de los mejores.

Pero igual que una criatura bien intencionada, inteligente y sincera, a veces hace tambalearse nuestras convicciones con sus inocentes preguntas, también esas mujeres, sin asomo de malevolencia ni sarcasmo, a fuerza, simplemente, de insistir en los puntos que nosotros procurábamos rehuir a toda costa, nos hicieron dudar de nuestra actitud de autoestima.

Cuando ya dominábamos bastante bien su idioma y habíamos leído mucho sobre su historia, además de ofrecerles un resumen a grandes rasgos de la nuestra, pudieron afinar más sus preguntas.

Así, cuando Jeff reconoció cuántas «mujeres asalariadas» teníamos, enseguida preguntaron el total de habitantes y qué proporción del total representaban las mujeres adultas, y descubrieron que no pasaban de veinte millones.

-¿Es decir, que una tercera parte de vuestras mujeres son... a ver si recuerdo la palabra... asalariadas? Y todas son pobres. ¿Qué significa exactamente ser pobre?

-Nuestro país es el más adelantado del mundo en materia de pobreza -les contó Terry-. Desde luego, no tenemos las hordas de harapientos y mendigos que se ven en los países más antiguos. Los europeos que nos visitan dicen que nosotros no sabemos qué es la pobreza.

-Nosotras tampoco -respondió Zava-. ¿Por qué no nos lo explicáis?

Terry me pasó la pregunta, diciendo que yo era el sociólogo, y yo comencé a explicar que las leyes de la naturaleza requieren una lucha por la existencia, y les expliqué que en esta lucha sólo sobreviven los más fuertes y los débiles perecen. Nuestro sistema de lucha económica, continué diciendo, ofrecía abundantes oportunidades para el triunfo de los mejores, que en efecto lograban progresar en gran número, sobre todo en nuestro país; que cuando había crisis económica, las clases más bajas evidentemente eran las más afectadas y que las mujeres de los grupos más pobres se veían obligadas a buscar trabajo en el mercado laboral.

Nos escucharon con atención, tomando notas, como era su costumbre.

-Dices que aproximadamente un tercio pertenece a la clase más pobre -observó muy seria Moadine-. Y que las otras dos terceras partes viven... ¿cómo era esa frase tan bonita?... «amadas y reverenciadas en el hogar, para que cuiden de los niños». Entonces,

la tercera parte de mujeres pertenecientes a la clase inferior no tienen hijos, supongo.

Jeff, que empezaba a ponerse tan pesado como ellas, contestó solemnemente que no, al contrario, cuanto más pobres, más hijos tenían. Lo cual, aclaró, era también una ley natural: «La reproducción está en proporción inversa a la individuación».

-¿No tenéis otras leyes, aparte de estas «leyes naturales»? -inquirió con dulzura Zava. -¡Por supuesto! -protestó Terry-. Poseemos códigos legales con miles y miles de años de antigüedad... como vosotras, sin duda -añadió cortésmente.

-¡Oh, no! -dijo Moadine-. Aquí no tenemos ninguna ley que tenga más de cien años, y la mayoría no pasan de los veinte. Dentro de unas semanas -prosiguió- tendremos el gusto de mostraros todo nuestro pequeño país y de daros cuantas explicaciones deseéis. Queremos que conozcáis a nuestro pueblo.

-Y yo os aseguro -añadió Somel- que nuestro pueblo también desea conoceros.

Terry se iluminó al oír esto, y se avino de mejor humor a satisfacer las insistentes preguntas con que cada vez ponían más a prueba nuestras capacidades como maestros. En verdad, fue una suerte que supiéramos tan pocas cosas y que no dispusiésemos de libros con que documentarnos, pues de lo contrario tal vez todavía estaríamos allí instruyéndolas sobre el resto del mundo.

En cuanto a la geografía, su tradición hablaba del Gran Mar de allende las montañas; y podían ver con sus propios ojos las inmensas llanuras recubiertas de espesa selva que se extendían más abajo... y nada más. Sin embargo, gracias a los escasos datos conservados de su pasado remoto (ellas no hablaban de «antes del diluvio», sino de antes del terremoto que las había dejado tan completamente aisladas) sabían de la existencia de otros pueblos y otros países.

De geología, no sabían prácticamente nada.

En el campo de la antropología, conservaban los mismos datos fragmentarios sobre la existencia de otras razas, y conocían el carácter salvaje de los pueblos que habitaban esas sombrías selvas bajas. Pero, por inferencia (¡era maravillosa su capacidad de inferencia y deducción!), habían llegado a la conclusión de que existían otras formas de civilización, análogamente a como nosotros inferimos su existencia en otros planetas.

Cuando nuestro biplano surcó zumbando su espacio aéreo durante aquella primera exploración, no tuvieron dificultad en aceptarlo como una prueba de la superior evolución de Otra Parte del Mundo, preparándose a recibirnos con la misma prudencia que manifestaríamos nosotros ante la llegada de «un bólido» con visitantes de Marte.

De historia, aparte de la propia, naturalmente no sabían nada, salvo lo que contaban sus antiguas tradiciones.

De astronomía tenían conocimientos prácticos bastante precisos... es una ciencia antiquísima; y con esto, de una asombrosa facilidad para las matemáticas.

La fisiología era un campo que dominaban bastante bien. De hecho, en el caso de las ciencias más sencillas y concretas, con un objeto de estudio al alcance de la mano al que simplemente tenían que aplicar su inteligencia, los resultados alcanzados eran asombrosos. Habían desarrollado una ciencia química, una botánica y una física con todas las ramificaciones en que la ciencia raya con el arte o confluye con la industria, y con una precisión y exactitud que nos hacían sentir como escolares.

Y además -cuando tuvimos ocasión de recorrer el país y ampliamos nuestros conocimientos y preguntas- descubrimos otra cosa: lo que sabía una, lo sabían todas, en muy amplia medida.

Más tarde tuve ocasión de hablar con pequeñas montañesas que vivían en umbríos valles de abetos, con curtidas mujeres de las llanuras y con ágiles silvicultoras, y en todo el territorio, incluidas las habitantes de las ciudades, encontré el mismo elevado nivel de inteligencia. Algunas sabían mucho más que las demás sobre determinadas cosas... estaban especializadas, naturalmente; pero todas sabían mucho más sobre todo en general -es decir, sobre las cosas que se sabían en el país- de lo que es habitual entre nosotros.

Nos vanagloriamos mucho de «nuestro elevado nivel general de inteligencia» y de nuestro «sistema de educación pública y obligatoria», pero, comparando las respectivas posibilidades, su pueblo estaba mucho mejor instruido que el nuestro.

A partir de lo que les habíamos contado y de los dibujos y maquetas que logramos hacer, elaboraron un esquema de trabajo cuyos blancos iban completando a medida que

ue aumentaban sus conocimientos.

Construyeron un gran globo terráqueo y sobre él dibujaron provisionalmente nuestros imprecisos mapas, complementándolos con los de mi valioso almanaque.

Se sentaban en ávidos grupos, acudían en gran número especialmente para ello, y escuchaban las explicaciones de Jeff sobre los rudimentos de la historia geológica de la Tierra, mientras les indicaba la situación de su país en relación a los demás. De mi almanaque obtuvimos también datos y cifras, que ellas interrelacionaban con sorprendente precisión.

Hasta Terry empezó a interesarse en este proyecto.

-Si seguimos por este camino, acabarán pidiéndonos que demos conferencias en todos los colegios y escuelas de chicas. No estaría mal, ¿verdad? -sugirió-. No me importaría convertirme en una autoridad ante semejante público.

Y, en efecto, más adelante nos pidieron que diésemos conferencias públicas, pero no ante las audiencias ni con los propósitos que nos habíamos imaginado.

Su actitud hacia nosotros era como... como... la de Napoleón intentando sonsacar datos de índole militar a unos pocos campesinos analfabetos. Sabían perfectamente qué debían preguntar y cómo interpretar las respuestas; poseían medios mecánicos de difusión informativa casi equiparables a los nuestros; y cuando nos invitaron a dar conferencias, el público que nos escuchaba ya había estudiado a fondo un excelente resumen de todas las explicaciones ofrecidas anteriormente a nuestras maestras, y venía armado de un arsenal de notas y preguntas capaz de intimidar al más pintado profesor universitario.

Y tampoco era un público de muchachas. Todavía transcurrió bastante tiempo antes de que nos permitieran conocer a las jóvenes.

-¿Os importaría decirnos qué os proponéis hacer con nosotros? -estalló un día Terry, desafiando con aquella cómica expresión bravucona tan suya a la tranquila y simpática Moadine. Al principio solía enfadarse a menudo, armando mucho alboroto, pero este tipo de escenas parecían divertirlas muchísimo; se agrupaban a su alrededor y lo observaban todo con cortesía y manifiesto interés, como si fuese una actuación. En vista de lo cual, se esforzó por controlarse y portarse de modo casi, pero sólo casi, razonable.

-En absoluto -contestó ella llanamente y sin inmutarse-. Creí que era suficientemente claro. Estamos intentando aprender cuanto podamos de vosotros y procuraremos enseñaros cuanto queráis saber acerca de nuestro país.

-¿Eso es todo? -insistió él.

Ella sonrió con expresión enigmática.

-Depende -dijo.

-¿Depende de qué?

-De vosotros, principalmente -contestó ella.

-¿Por qué nos mantenéis encerrados y tan estrechamente vigilados?

-Porque no estamos seguras de que sea prudente dejaros solos en un país tan lleno de mujeres jóvenes.

Terry se puso muy contento al oír esto. En el fondo, era lo que ya suponía; pero decidió insistir un poco más sobre el tema.

-No sé de qué tenéis miedo. ¡Somos unos caballeros!

Ella volvió a sonreír y preguntó:

-¿Y el peligro no existe tratándose de «caballeros»?

-¡No supondréis que alguno de nosotros sería capaz de hacer daño a vuestras muchachas! -exclamó Terry acentuando el «nosotros».

-¡Oh, no! -dijo ella con honradez, auténticamente sorprendida-. El peligro es exactamente a la inversa. Ellas podrían haceros daño a vosotros. Si, por accidente, causaséis algún daño a cualquiera de nosotras, tendríais que enfrentaros con un millón de madres.

Terry puso tal cara de sorpresa y agravio que Jeff y yo nos echamos a reír, pero ella prosiguió sin perder la calma:

-Creo que todavía no lo habéis entendido bien. Vosotros sois sólo hombres, tres hombres solos en un país habitado exclusivamente por madres o futuras madres. Para nosotras la maternidad tiene un significado que todavía no he logrado detectar en ninguno de los países que nos habéis descrito. Tú -y miró a Jeff- nos has hablado de la «Fraternidad Humana» como de un gran ideal vuestro, pero me da la impresión de que tampoco

tiene demasiada traducción en la práctica, ¿me equivoco?

Jeff asintió bastante pesados.

-Muy poca... -dijo.

-Aquí poseemos el de la Maternidad Humana... plenamente vigente en la práctica -continuó ella-. Es en lo único que creemos aparte de nuestra original condición de hermanas, en sentido literal, y de la más elevada y profunda cohesión de nuestro desarrollo social.

»En este país, las hijas son el centro y el foco de todos nuestros pensamientos. Cada medida se toma en función de los efectos que tendrá para ellas; es decir, para la raza. Debéis comprender que somos Madres -repitió, como si en esa palabra estuviera la clave de todo.

-No veo cómo este hecho, natural en todas las mujeres, podría constituir una amenaza para nosotros -insistió Terry-. Supongo que te refieres al hecho de que defenderían a sus hijas en caso de agresión. Y es muy natural. Cualquier madre lo haría. Pero nosotros no somos salvajes, mi querida señora, y jamás causaríamos ningún daño a una hija de madre.

Ellas se miraron meneando ligeramente las cabezas y Zava le rogó a Jeff que nos lo explicara, diciendo que parecía entenderlo mejor que nosotros. Él así lo intentó. Ahora he llegado a comprenderlo, o al menos lo entiendo mucho mejor que entonces, pero reconozco que me llevó mucho tiempo y tuve que hacer un gran esfuerzo de honestidad intelectual.

Lo que ellas denominaban Maternidad podría explicarse como sigue:

Comenzaron con un nivel realmente elevado de desarrollo social, semejante al del antiguo Egipto o a la Grecia antigua. Luego perdieron todos los elementos masculinos, lo cual inicialmente también implicó la pérdida de todo el potencial humano, así como el de la seguridad. A continuación desarrollaron su capacidad de gestación virginal. Y, finalmente, en aras de la prosperidad de su prole, comenzaron a practicar la más perfecta y sutil coordinación.

Recuerdo cuánto le costó aceptar a Terry la evidente unanimidad de aquellas mujeres, la cual constituía el rasgo más conspicuo de su cultura. «Es imposible -decía con obstinación-. Las mujeres son incapaces de colaborar en nada, va contra sus instintos.»

Y cuando le enfrentábamos con la evidencia de los hechos, nos replicaba: «¡Bobadas!» o «¡Al cuerno con vuestros hechos... es imposible, creedme!» Y de ahí no lo sacamos hasta que a Jeff se le ocurrió recurrir al ejemplo de los himenópteros.

-Fíjate en las hormigas, y aprende de una vez, holgazán -le dijo triunfalmente-. ¿Acaso o no son un magnífico ejemplo de cooperación? Eso no me lo negarás. Este país es como un inmenso hormiguero y, como sabes, un hormiguero no es más que una enorme casa conjunta. ¿Y qué me dices de las abejas? ¿Acaso no cooperan y se aman entre sí?

Como el amor de los pájaros a la primavera  
o el cuidado de las abejas a su reina,

dice el inefable Constable. Dame un solo ejemplo de un grupo de seres masculinos, sean aves, insectos o fieras que funcione con parecida eficiencia. O cítame alguno de nuestros países de hombres donde la población coopere tan bien como aquí en el trabajo. ¡La verdad es que el instinto natural de colaboración es femenino, no masculino!

Terry se vio obligado a aprender muchas cosas que de buena gana habría pasado por alto.

Pero volvamos a mi modesto análisis de lo que había sucedido.

Organizaron aquel cohesionadísimo servicio de ayuda mutua en favor de sus hijas. Para alcanzar un rendimiento óptimo en el trabajo, tuvieron -naturalmente- que especializarse; las niñas necesitaban hilanderas y tejedoras, agricultoras y horticultoras, carpinteras y albañiles, además de madres.

Después surgió el problema del espacio. Una población que se multiplique por cinco cada treinta años, en muy poco tiempo habrá llenado un país, especialmente uno tan pequeño como éste. Muy pronto comenzaron a eliminar el ganado y los campos de pastura... Las ovejas fueron las últimas en desaparecer, creo. También desarrollaron un sistema de agricultura intensiva, sin parangón en ninguna otra parte del mundo, que yo sepa, y replantaron completamente los bosques con árboles de fruto o nueces comestibles.

e.

Pero pese a todas las medidas, no tardaron en enfrentarse al problema de la «presión de la población» bajo una forma muy aguda. Vivían verdaderamente hacinadas y los niveles de convivencia inevitablemente decayeron mucho.

¿Y cómo solucionaron esas mujeres la situación?

No confiaron en la «lucha por la supervivencia», que habría desembocado fatalmente en la aparición de una masa angustiada de personas desnutridas, cada una luchando por salir adelante a costa de las demás, algunas consiguiéndolo durante algún tiempo, la mayoría permanentemente aplastadas o sumergidas, formando un desesperado sustrato de gentes paupérrimas y degeneradas, sin esperanza, paz ni serenidad para nadie, y sin posibilidades para el desarrollo de cualidades verdaderamente nobles entre la población en general.

Tampoco iniciaron expediciones de conquista para apropiarse de la tierra o el sustento de otros pueblos, a fin de mantener a sus masas desesperadas.

Nada de eso. Se reunieron en asamblea para reflexionar. Eran grandes y lúcidas pensadoras, y esta fue su conclusión: «Esforzándonos al máximo nuestro país puede mantener a tantas personas sin detrimento de los niveles de convivencia, comodidad, salud, belleza y progreso que deseamos. Muy bien. Ése es el país que construiremos.»

He allí la explicación de todo. Eran madres, pero no en el sentido habitual entre nosotros de impotente fecundidad involuntaria, obligada a llenar y desbordar la tierra, todas las naciones, para luego ver sufrir, pecar y morir a los hijos, espantosamente enfrentados a otros; no así, sino como Conscientes Hacedoras de Personas. Entre ellas el amor materno no era una pasión animal, un mero «instinto», un sentimiento de índole puramente personal, sino una... religión.

Incluía aquel ilimitado sentimiento de solidaridad de hermanas, aquella unidad general al servicio de todas que tanto nos costaba comprender. Era un sentimiento a escala Nacional, Racial, Humana... no sé cómo expresarlo.

Estamos habituados a ver a las que llamamos «madres» totalmente absortas en la canastilla rosa de su fascinante bebé, sin ningún interés no retórico por el retoño que ocupa la canastilla de las demás, y menos aún por las necesidades comunes de todos los retoños. Aquellas mujeres, en cambio, trabajaban todas unidas en la más grandiosa de las tareas: Hacían Personas, y las hacían muy bien.

Siguió un período de «eugenesia negativa» que debió representar un enorme sacrificio. En general, solemos estar dispuestos a «dar la vida por nuestro país», pero ellas tuvieron que renunciar a la maternidad, precisamente el sacrificio más duro para ellas.

Al llegar a este punto, acudí a Somel para que me lo aclarara mejor. Para entonces ya nos habíamos hecho muy amigos; en mi vida había logrado trabar una amistad semejante con una mujer. Uno se sentía muy bien a su lado, su persona transmitía aquella dulce sensación de afecto maternal que tanto apreciamos los hombres en una mujer, y a la vez de ella emanaba una lucidez y una confianza que solemos considerar cualidades masculinas. Nuestras conversaciones ya habrían llenado varios volúmenes.

-Aclárame esto -le dije-. Hubo un período espantoso en que la población comenzó a ser excesiva y decidieron limitarla. En nuestros países se habla mucho de este tema, pero vuestra situación es tan diferente que quisiera conocerla mejor.

»Si no he entendido mal, habéis convertido la Maternidad en un servicio social muy importante, un sacramento casi, en el que la mayoría de la población participa sólo una vez; aquellas a quienes no se considera suficientemente capacitadas, no tienen derecho ni a eso, y ser invitada a gestar más de una hija es el máximo privilegio y honor que puede conceder el estado.»

(Al llegar aquí ella puntualizó que entre ellas lo más próximo a una aristocracia era ser descendiente de un linaje de «Supermadres», honradas con ese privilegio.)

-Pero lo que no entiendo, y es natural, es qué método de control usáis. Por lo que he leído, cada mujer tenía cinco hijas. No tenéis que poner freno a maridos tiránicos, y estoy seguro de que no destruís a las criaturas antes de nacer.

Nunca olvidaré la mirada de horror que me dirigió. Se levantó bruscamente de la silla, muy pálida y echando chispas por los ojos.

-¡Destruir las criaturas antes de nacer! -susurró con voz ronca-. ¿Hacen eso los hombres de tu país?

-¡Los hombres! -comencé a responder, bastante acalorado, y entonces comprendí en qué ber



enjenal me había metido. Ninguno de nosotros quería que esas mujeres pensasen que nuestras mujeres, a las que con tanto orgullo solíamos alabar, podían ser inferiores a ellas en ningún sentido. Me avergonzaba decir que estaba equivocado. Le hablé de un cierto tipo de mujeres criminales, perversas o locas, acusadas de infanticidio.

Le dije, con sinceridad, que en nuestro país había muchas cosas criticables, pero que prefería no hablar de nuestros defectos hasta que ellas entendieran mejor nuestra mentalidad y situación.

Y, con un amplio rodeo, volví al tema de cómo controlaban la población.

Somel, por su parte, parecía compungida y un poco avergonzada incluso, por no haber sabido dominar su reacción de asombro. Al recordarlo, ahora que las conozco mejor, cada vez me maravilla más el exquisito tacto con que encajaron datos y aseveraciones nuestras que debían repugnarles profundamente.

Me explicó, con suave seriedad, que tal como yo suponía, al principio cada mujer tenía cinco hijas; y que, en sus ansias de reconstruir el país, mantuvieron este ritmo durante unos siglos, hasta que se les planteó la absoluta necesidad de establecer un límite. Todas lo comprendieron con igual claridad y con la misma preocupación. Entonces pusieron el mismo afán en limitar ese maravilloso don que antes habían puesto en su desarrollo; durante varias generaciones se dedicaron a reflexionar e investigar muy seriamente sobre el tema.

-Cuando dimos con la solución ya habíamos tenido que instaurar un sistema de racionamiento -dijo-. Pero finalmente encontramos la forma. Verás, antes de que llegue la criatura, la madre pasa una temporada de gran exaltación, todo su ser se eleva y se concentra intensamente en el deseo de dar vida a la criatura. Aprendimos a estar alertas para detectar con gran cuidado el inicio de esta fase. Con frecuencia, las más jóvenes, las que todavía no habían llegado a la edad de ser madres, conseguían aplazarla voluntariamente. En cuanto sentían el intenso deseo de tener una criatura, se concentraban deliberadamente en una tarea que requiriese mucha energía física y mental al mismo tiempo; y, esto es lo más importante, procuraban aplacar su deseo a través del cuidado directo y poniéndose al servicio de las criaturas ya nacidas. Calló un momento. En su dulce e inteligente rostro apareció una expresión de profunda y solemne ternura.

-Pronto aprendimos que el amor maternal tiene más de un canal de expresión. Creo que la razón por la que nuestras hijas son tan queridas por todo el país, es que ninguna de nosotras ha tenido jamás tantas como hubiera deseado.

Esto me pareció infinitamente patético, y no pude por menos que decírselo.

-En la vida hogareña de nuestro país hay mucha amargura y muchas penas -le dije-, pero esto me parece absolutamente terrible. ¡Un país de madres frustradas!

Pero ella se limitó a sonreírme con complacida serenidad, y me dijo que la había malinterpretado.

-Todas, individualmente, sacrificamos una porción de nuestro gozo personal -explicó-, pero no olvides que todas tenemos un millón de niñas a las cuales amar y cuidar... y todas son nuestras hijas.

Eso escapaba a mi capacidad de comprensión. ¡Oír hablar a un grupo de mujeres de «nuestras hijas»! Aunque me imagino que lo mismo dirían las hormigas y las abejas si supieran hablar... y puede que lo digan, a su manera.

En cualquier caso, así procedían ellas.

Si la mujer había decidido ser madre, permitía que el anhelo de dar a luz creciera en su interior hasta que se producía el milagro de la naturaleza. Si había decidido que no, procuraba borrarlo de su mente y volcaba su cariño en el cuidado de otros bebés.

Si reflexionamos, en nuestro país los niños, es decir, los menores de edad, constituyen más o menos unas tres quintas partes de la población; mientras que en el suyo sólo representan una tercera parte, o menos. ¡Y son algo precioso para ellas! No hay heredero único al trono de un imperio ni hijo único de una pareja de mediana edad tan idolatrado como las hijas de Dellas.

Pero, antes de entrar en este tema, quisiera terminar el análisis comenzado.

Consiguieron limitar eficaz y permanentemente sus cifras de población, de manera que el país pudiera ofrecer recursos suficientes para darles a todas una vida lo más plena y satisfactoria posible, con abundancia de todo, hasta de espacio, de aire, de soledad incluso.

Y conseguido esto, concentraron sus esfuerzos en mejorar cualitativamente su restringida población. Y en eso habían trabajado, incesantemente, durante casi mil quinientos años. ¿Es sorprendente, pues, que fuesen unas personas tan estupendas? La fisiología, la higiene, la salud, la cultura física, todos estos campos habían sido perfeccionados al máximo mucho tiempo atrás. Las enfermedades eran prácticamente inexistentes entre ellas, hasta el punto de que sus antiguos avances en lo que denominamos «ciencia de la medicina»; se habían convertido prácticamente en un arte desaparecido. Eran mujeres de buena cepa, fuertes, bien cuidadas, con condiciones de vida inmejorables.

En el campo de la psicología, lo que más nos asombraba y más respeto nos inspiraba eran sus conocimientos prácticos y su uso cotidiano de los mismos. Y a medida que íbamos conociéndolas mejor en este aspecto, más apreciábamos la exquisita habilidad con que habían sabido comprender y atender desde el principio a unos extranjeros como nosotros, de una raza desconocida y de sexo opuesto y no menos desconocido.

Apoyándose en esa sólida base de amplios, profundos y exhaustivos conocimientos, se enfrentaron a los problemas de la educación y los resolvieron de forma que espero poder explicar más adelante. Comparar a esas niñas amadas por todo su país con el promedio de criaturas de nuestro país, es como poner un ramo de esplendorosas rosas perfectamente cultivadas, junto a un manojo de cardos silvestres. Y sin embargo, no parecían «cultivadas», sino que su manera de ser se había convertido en algo natural. Paralelamente al constante desarrollo de su capacidad intelectual, de su fuerza de voluntad y de su dedicación social, esas mujeres habían cultivado durante varios siglos las artes y las ciencias, hasta el límite impuesto por sus conocimientos, con excelentes resultados.

En ese tranquilo y apacible país, habitado por sabias, dulces y fuertes mujeres, a territorios de improviso convencidos de nuestra superioridad. Mucho después, una vez domesticados e instruidos de manera que ya no constituyéramos un peligro para ellas, nos permitieron recorrerlo y conocer a sus habitantes.

## VII

### NUESTRA CRECIENTE MODESTIA

Cuando por fin nos juzgaron lo bastante domesticados e instruidos para permitirnos manejar un par de tijeras, nos cortamos la barba lo mejor que pudimos. No cabe duda de que una barba recortada molesta menos que una sin cortar. Navajas, por supuesto, no tenían.

-Pues con tantas viejas, buena falta les haría -comentó Terry con sorna. Pero Jeff nos hizo notar que las mujeres de aquel país no tenían ni asomo de vello en la cara.

-Parece como si la ausencia de hombres hubiera realzado este rasgo de feminidad en ellas -sugirió.

-Quizá sí, pero es el único -dijo Terry reconociéndolo de mala gana-. Porque de femeninas no les veo mucho. Por lo visto una hija por cabeza no es suficiente para desarrollar lo que yo denomino sentimientos maternales.

La idea que Terry tenía de la maternidad era aquella tan corriente del bebé en brazos, o la de «una pandilla de chiquillos pegados a las rodillas de la madre», y ya no digamos la completa dedicación de ésta a los susodichos bebés o pandilla de bebés. Unas madres que rigieran la sociedad, que controlaran los oficios y la industria, que protegieran de una forma absoluta a todas las criaturas de la nación, no parecían tener ninguna relación con la maternidad... para Terry.

Nos habíamos acostumbrado a la ropa. Era tan cómoda como la nuestra habitual -a veces más- e innegablemente más bonita. En cuanto a bolsillos, era inmejorable. La prenda intermedia que llevábamos estaba prácticamente forrada de bolsillos. Dispuestos de forma muy ingeniosa, resultaban muy cómodos para alcanzarlos con la mano y nada i

ncómodos para el cuerpo, y al tiempo que reforzaban la prenda, también la embellecían con el adorno de sus pespuntos.

En esto, como en tantos otros detalles observados, se veía en acción una inteligencia práctica, unida a un sentido artístico muy sutil que, aparentemente, no había sido distorsionado por ninguna influencia contraria.

El primer síntoma de nuestra relativa libertad fue el viaje con guías que nos organizaron por todo el país. ¡Esa vez sin el pentaequipo de guardianas! Fuimos solamente con las tutoras, con las que ya nos llevábamos muy bien. Jeff decía querer a Zava como a una tía... «sólo que es mucho más alegre de lo que suelen ser las tías»; Somel y yo éramos muy compinches... grandes amigos; pero resultaba cómico observar a Terry con Moadine. Ella lo trataba con mucha paciencia y tacto, pero eran la paciencia y el tacto de, digamos, un hombre importante, de un diplomático con una chiquilla. La gravedad con que asentía a las más absurdas afirmaciones de él, su manera de echarse a reír, no siempre por simpatía hacia él, sino, a menudo, meramente de él (aunque sin resultar descortés); la ingenuidad de sus preguntas que lo acorralaban, obligándole a decir cosas que más hubiera preferido callar... eran un divertido espectáculo para Jeff y para mí.

Él nunca pareció darse cuenta de la superioridad que se escondía tras la tranquilidad de aquella mujer. Cuando ella cedía ante sus argumentos, él siempre lo interpretaba como prueba de que la razón estaba de su parte; cuando ella se reía, lo tomaba como un reconocimiento de su ingenio.

Me duele tener que reconocer cuánto había descendido en mi estima. A Jeff le ocurría lo mismo, estoy seguro, pero nunca lo comentamos. En nuestro país lo juzgábamos según el patrón de los demás hombres y, a pesar de sus defectos, nunca nos había parecido un tipo fuera de lo común. Siempre habíamos pensado que sus virtudes superaban con creces a sus defectos. Entre las mujeres -las de nuestro país, esto es- siempre había gozado de bastante estimación. Era una persona muy popular. Aun conociendo sus malas costumbres, nunca fue discriminado por eso; en algunos casos, su fama de hombre «alegre» llegó a aumentar su especial atractivo.

En cambio allí, rodeado de la serenidad, la sabiduría y el contenido sentido del humor de aquellas mujeres, y con sólo el bendito Jeff y mi discreta persona como puntos de referencia Terry producía una nota bastante discordante.

Como «hombre entre hombres», no llamaba la atención; y como hombre entre... digamos, «mujeres», tampoco; su intensa masculinidad sólo parecía un adecuado complemento a la intensa feminidad de ellas. Pero en Deltas quedaba totalmente fuera de contexto.

Moadine era más bien corpulenta, con una fortaleza equilibrada que raramente mostraba. Poseía una mirada tan discretamente vigilante como la de un espadachín. Mantenía una relación agradable con su alumno, pero dudo de que ni siquiera en aquel país hubiera muchas personas capaces de salir tan bien del paso.

A solas entre los tres él la llamaba «Maud», y decía que «era un alma antigua, pero un poco lenta»; se equivocaba, claro. No hace falta decir que a la profesora de Jeff la llamaba «Java», y a veces «Moka» o simplemente «Café»; los días en que se sentía especialmente vicioso la llamaba «Achicoria». Somel, en cambio, se salvaba de este tipo de broma, excepto por un «Some ell» muy cogido por los pelos.

-¿Aquí la gente sólo tiene un nombre? -preguntó un día en que fuimos presentados a un grupo bastante numeroso de mujeres con curiosos nombres de sonido muy agradable y pocas sílabas, como los que ya conocíamos.

-¡Oh, no! -contestó Moadine-. Muchas de nosotras adoptamos otro más adelante en la vida, un nombre descriptivo. El nombre que cada una se gana. Si la vida es muy rica, éste puede modificarse o cambiarse por un tercero. Es lo que ha sucedido con la actual Madre del País, la equivalente de vuestro presidente o rey, si no me equivoco. Ya de niña la llamaban Mera, que quiere decir «pensadora». Más tarde se le añadió Du, Du-mera, que quiere decir la sabia pensadora, y ahora la llamamos O-du-mera, la grande y sabia pensadora. Ya la conocerás.

-Entonces, ¿no tenéis apellidos? -continuó preguntando Terry con su característico aire de superioridad-. ¿Ni nombres de familia?

-Pues no -dijo ella-. ¿Por qué deberíamos tenerlos? Todas descendemos de una raíz común, todas pertenecemos a la misma familia en realidad. Es una de las ventajas de nuestra comparativamente breve y limitada historia.

-¿Y las madres no desean dar su nombre a sus hijas? -inquirí yo.

-No... ¡Qué ocurrencia más rara! Cada niña tiene su propio nombre.

-Pero podría servir para identificarla, para que se supiera de quién es hija.

-Está todo muy cuidadosamente registrado -dijo Somel-. Todas conocemos nuestra exacta línea de descendencia de la Primera Madre. Y es importante tenerlo bien anotado por muchos motivos. Pero en cuanto a saber de quién es hija cada una de las niñas en particular... no le veo la utilidad.

En este caso, como en tantos otros, tuvimos que reconocer la diferencia entre la actitud mental puramente maternal y la actitud paternal. En la primera brillaba por su ausencia el elemento de orgullo personal.

-¿Y el producto de vuestro trabajo? -preguntó Jeff-. ¿No firmáis con vuestro nombre... los libros y las estatuas, por ejemplo?

-Sí, claro que sí, con mucho orgullo. No sólo los libros y las estatuas, sino todo tipo de obras. Veréis nombres inscritos en las casas, en los muebles, a veces en los platos. De lo contrario nos podríamos olvidar de la autora y luego no saber a quién tenemos que estar agradecidas.

-Hablas como si se firmara para la comodidad de la consumidora... no por satisfacer el orgullo de la productora -sugerí yo.

-Las dos cosas -dijo Somel-. Estamos orgullosas de nuestras obras.

-¿Y por qué no de vuestras hijas? -preguntó Jeff.

-¡Lo estamos! Muy, muy orgullosas -insistió ella.

-¿Entonces por qué no las firmáis? -preguntó Terry con aire triunfal.

Moadine lo miró con su sonrisita ligeramente irónica.

-Porque en este caso, el producto terminado no es obra de una sola persona en particular. Cuando son bebés, decimos, a veces, la «Lato de Essa», o la «Amel de Novine»; pero son términos meramente descriptivos en la conversación. En el registro, la niña, evidentemente, figura en la línea de descendencia materna que le corresponde; pero en el trato personal es Lato, o Amel, sin que nadie le recuerde continuamente a sus antepasadas.

-¿Tenéis nombres suficientes para cada recién nacida?

-Sí, desde luego, para todas las generaciones vivas.

Entonces nos preguntaron qué método seguíamos nosotros y así se enteraron, en primer lugar, de que «nosotros» procedíamos de tal y tal forma, y después supieron que los otros países tenían sistemas distintos. Entonces quisieron saber qué sistema funcionaba mejor... y tuvimos que admitir que nunca se había intentado compararlos, que supiéramos, y que cada país mantenía sus propios usos, convencido de su superioridad, o mejor, ignorando o incluso despreciando las costumbres ajenas.

La cualidad más sobresaliente de todas las instituciones de aquellas mujeres era la racionalidad. Siempre que profundizaba en sus archivos para el proceso que las había llevado a la conclusión actual, me asombraba constatar el esfuerzo consciente de hacerlo mejor.

Desde muy pronto se habían fijado en el valor de determinadas mejoras y habían inferido que había muchas otras cosas susceptibles de ser mejoradas, por lo que afirmaron sus esfuerzos para desarrollar dos clases de inteligencia, la crítica y la inventora. Las que de pequeñas mostraban una tendencia hacia la observación, la evaluación, la sugerencia de cambios, eran instruidas especialmente para esta función; entre sus más altos cargos había mujeres que dedicaban su tiempo a estudiar meticulosamente una especialidad determinada con vistas a una ulterior mejora.

En cada generación aparecían mentes dotadas para detectar defectos y señalar la necesidad de introducir modificaciones; y junto a éstas, existía todo un equipo de inventoras dispuestas a aplicar sus capacidades a la revisión de los puntos criticados y a sugerir remedios o innovaciones.

A esas alturas ya habíamos aprendido a no hacer preguntas sin tener preparada previamente una respuesta sobre nuestros propios métodos. De modo que, en lo tocante al tema de las mejoras conscientes, preferí callar. No estábamos preparados para demostrar que nuestros procedimientos fueran los mejores.

Cada vez veíamos más claramente -al menos Jeff y yo- las múltiples ventajas de aquel extraño país y de su forma de organización y de gobierno. Terry continuaba crítico, reacción que nosotros atribuíamos sobre todo a sus nervios. Ciertamente, se mostraba muy irritable.

Lo que más llamaba la atención era el inmejorable sistema de abastecimiento de alime

ntos con que contaba el país, y que ya habíamos vislumbrado durante nuestro primer recorrido por el bosque y sobrevolado el territorio en la avioneta. Finalmente, nos llevaron a visitar sus espléndidas huertas y nos enseñaron sus métodos de cultivo. El país tenía una extensión semejante a la de Holanda, unas diez o doce mil millas cuadradas. Las boscosas laderas de esas imponentes montañas podrían acomodar a varios países de esas dimensiones. Su población no excedía los tres millones... no muy numerosa, pero no debe olvidarse el factor calidad. Tres millones de personas ofrecen un margen suficiente para la variedad, y entre ellas existía una pluralidad de tipos que al principio no lográbamos explicarnos.

Terry insistía en que, si efectivamente se reproducían por partenogénesis, deberían presentar necesariamente la uniformidad que se observa entre muchas hormigas o áfidos, y citaba con insistencia sus diferencias visibles como prueba de que tenía que haber hombres... en alguna parte.

Pero cuando les preguntamos, una vez tuvimos más confianza, como se explicaban que pudiera darse esa variedad sin que mediara ningún cruce genético, nos contestaron que lo atribuían, en parte, a su sistema de educación, que cuidaba mucho los rasgos individuales distintivos, y en parte a la ley de la mutación, que habían deducido observando las plantas cuya intervención habían podido comprobar perfectamente en su propio caso.

Físicamente la uniformidad era mayor que entre nosotros, pues no existían tipos patológicos ni excesivos. Eran altas, robustas, sanas, una hermosa raza, pero con una amplia gama de variaciones individuales en cuanto a los rasgos, color de la tez y expresión.

-Pero lo que de verdad cuenta es el desarrollo mental... y el que se plasma en vuestras obras -insistió Somel-. ¿Habéis observado entre vosotros una correspondencia entre las diferencias físicas y una diversidad de ideas, emociones y obras? ¿O, viceversa, encontráis mayor similitud en la vida interior y en las obras de las personas que se parecen?

La pregunta nos dejó perplejos, y reconocimos, sin embargo, que tendíamos a creer que una mayor pluralidad y variedad física favorecería la evolución general.

-Sería lo lógico -reconoció Zava-. Siempre nos ha parecido una gran desgracia inicial haber perdido la mitad de nuestro pequeño mundo. Seguramente por eso nos hemos empeñado tanto en encontrar maneras de fomentar conscientemente el progreso.

-Pero los rasgos adquiridos no se heredan -objetó Terry-. Lo ha demostrado Weismann.

Nunca se oponían directamente a nuestras afirmaciones, se limitaban a anotarlas.

-En ese caso, nuestros progresos tienen que deberse exclusivamente a las mutaciones o sólo a la educación -prosiguió gravemente ella-. De lo que no cabe duda es de que hemos progresado. Es posible que todas las cualidades superiores existieran de manera latente en la madre originaria y que con una atenta educación las saquemos a la superficie, y que las diferencias personales entre nosotras se deban a ligeras variaciones en las condiciones prenatales.

-Yo creo que se trata sobre todo de un producto de la cultura que habéis acumulado -sugirió Jeff-. Y del asombroso crecimiento psíquico que habéis logrado. De hecho sabemos muy poco sobre los métodos de auténtico cultivo del espíritu... en cambio, vosotros parecéis estar muy avanzadas en ese campo.

Comoquiera que fuere, de lo que no cabía duda era de que demostraban poseer un nivel de inteligencia y de comportamiento superiores a lo que habíamos inferido. En la vida nos habíamos topado más de una vez con personas de cortesía igualmente delicada y con quienes también resultaba muy placentera la convivencia, al menos cuando exhibían sus «modales de sociedad», y supusimos que nuestras compañeras pertenecían a una selecta minoría. Con el tiempo nos fuimos percatando, cada vez con mayor claridad, de que toda aquella buena crianza era producto de su crianza a secas; nacían rodeadas de ella, eran educadas en ella y les resultaba tan natural como la dulzura para las palomas o su supuesta sabiduría para las serpientes.

Debo confesar que para mí la inteligencia resultaba, a la vez, el rasgo más impresionante y el más mortificador de Dellas. Pronto aprendimos a no comentar detalles que para ellas eran tan de sentido común que acababan preguntándonos cosas realmente enojosas sobre nuestro país.

Un tema particularmente significativo en este aspecto era el de la producción de a

limentos, que ahora intentaré describir. Diríase que una vez perfeccionada al máximo la agricultura y estimulado meticulosamente el número de personas que podían vivir sin dificultad en la superficie de que disponían, y una vez limitada la población a este número, podría haberse dado por cerrado el tema. Pero ellas no lo creyeron así. Para ellas el país era una unidad que sentían como algo suyo. Ellas mismas también eran una unidad, un grupo consciente; lo pensaban todo en términos comunitarios. En consecuencia, su percepción temporal no se limitaba a las esperanzas y los anhelos de una vida individual, y de manera habitual al pensaban y proyectaban mejoras que podían llegar a abarcar varios siglos. Nunca había visto, y casi no era capaz de imaginar, que unos seres humanos replantasen deliberadamente toda una zona de bosques con diferentes variedades de árboles. Para ellas, en cambio, era una cuestión del más vulgar sentido común, tan normal como arar un césped de calidad inferior y volverlo a sembrar. Ahora todos sus árboles daban frutos, es decir, frutos comestibles. Existía un árbol del que estaban particularmente orgullosas; originalmente no daba frutos -esto es, frutos comestibles para los humanos-, pero lo encontraban tan bello que decidieron conservarlo. Pues bien, al cabo de novecientos años de experimentos, nos podían mostrar ese mismo árbol, tan particularmente bello, lleno de nutritivos frutos. Muy pronto llegaron a la conclusión de que los árboles eran la mejor fuente vegetal de alimentos; requerían mucho menos trabajo de labranza y daban mayor cantidad de alimento por unidad de superficie, además de contribuir al mantenimiento y enriquecimiento del suelo. Y gracias a la debida atención al ritmo estacional de las cosechas, los frutos y nueces, bayas y granos se recolectaban durante casi todo el año. En la zona más alta del país, la más próxima a la pared montañosa que lo cerraba, tenían una estación invernal con nieve. Hacia el sudeste, se extendía un gran valle con un lago que desaguaba por un río subterráneo, cuyo clima recordaba el de California, y en él crecían abundantemente cítricos, higos y aceitunas. Lo que más me impresionó fue su plan de fertilización. Cualquiera supondría que en un país de espacio tan reducido y aislado del resto del mundo, la población habría acabado exterminada por el hambre o, al menos, reducida a una lucha anual por supervivencia. En cambio, aquellas meticulosas agricultoras habían desarrollado un sistema perfecto para volver a abonar la tierra con todo lo que salía de ella. Todas las sobras y los restos de comida, los desechos vegetales de su industria maderera o textil, los residuos recogidos en las cloacas, todo era transformado y mezclado para devolver a la tierra cuanto se sacaba de ella. El resultado práctico era el mismo que se observa en cualquier suelo sano; en vez de empobrecerse progresivamente como sucede a menudo en el resto del mundo. La primera vez que caímos en la cuenta de ello, nos deshicimos en tales elogios que, sorprendidas al oírnos alabar algo que para ellas era de absoluto sentido común, nos preguntaron por nuestros métodos y tuvimos bastantes dificultades para... en fin, para procurar desviar el tema, hablando de la mayor extensión de nuestro territorio, y del poco cuidado con que -lo reconocíamos- lo habíamos exprimido. Al menos creíamos haber desviado su atención del tema principal. Más adelante descubrí que, además de tomar cuidadosamente nota de cuanto les decíamos, habían hecho una especie de gráfico de las cosas que habíamos dicho y aquellas de las que claramente habíamos rehuido hablar. Para ellas, educadoras en el más profundo sentido del vocablo, era un verdadero juego de niños deducir con dolorosa precisión las condiciones en que vivíamos en nuestro país, por lo menos en algunos aspectos. Siempre que el proceso de una inferencia llevaba a conclusiones particularmente espantosas, dejaban generosamente una puerta abierta para rectificaciones y nuevas aportaciones de datos. Eran simplemente incapaces de creer algunas de las cosas que nosotros aceptábamos como perfectamente naturales o debidas a las inevitables limitaciones humanas; y, como ya he mencionado, nosotros nos habíamos unido tácitamente para ocultar la verdad sobre buena parte del status social en nuestro país. -¡Al diablo con su inteligencia de abuelas! -exclamó Terry-. ¿Cómo queréis que comprendan un Mundo de Hombres? Si no son humanas... son una pandilla de He... He... Hembra s. -Eso lo dijo después de haber reconocido el hecho de la partenogénesis. -Ojalá la inteligencia de nuestros abuelos hubiera logrado tan buenos resultados como la suya -dijo Jeff-. ¿A ti te parece que tiene mucho mérito nuestra manera de co

nvivir con todos nuestros problemas de pobreza, de salud y demás, sin solucionarlo s? Ellas han conseguido paz y abundancia, riqueza y belleza, bondad e inteligencia. ¡Unas personas bastante admirables, diría yo!

-Ya verás como también tienen sus defectos -insistió Terry, y los tres, en parte como autodefensa, nos dedicamos a buscárselos. Antes de aterrizar en el país nos habíamos sentido muy seguros sobre la materia en nuestras infundadas conjeturas.

-Imaginemos que realmente es un país sólo de mujeres -había repetido una y otra vez Jeff-. ¿Cómo serán?

Y no habíamos dudado ni un segundo en atribuirles las inevitables limitaciones, los defectos y perjudiciales tendencias que asociábamos a un grupo de mujeres. Habíamos esperado que fueran «vanidosas», preocupadas de «volantes y puntillas», para descubrir que en realidad habían ideado un modelo de vestido más perfecto que el de los chinos, de ornamentada belleza cuando así lo deseaban, siempre práctico, de invariable dignidad y muy buen gusto.

Habíamos esperado una monotonía aburrida y poco estimulante, y nos encontramos ante una gran inventiva social, mucho más audaz que la nuestra, y unos progresos técnicos y científicos perfectamente equiparables a los nuestros.

Nos habíamos imaginado mucha mezquindad y nos encontramos con una conciencia social frente a la cual nuestros países parecían una caterva de chiquillos alborotadores. .. e incluso no muy lúcidos.

Nos habíamos imaginado muchos celos, y descubrimos un sentimiento de afectuosa y abierta hermandad, de una inteligencia abierta, totalmente desconocida entre nosotros.

Habíamos esperado mucha histeria y nos encontramos ante unos altos niveles generales de salud y vigor, y una serenidad de carácter para la que la costumbre de la blasfemia, por ejemplo, resultaba totalmente inconcebible; lo sé por que intentamos explicársela.

Hasta Terry tuvo que reconocer todo esto, pero seguía insistiendo en que no tardaría en asomar la otra cara de la moneda.

-Es de pura lógica, ¿no? -argumentaba-. Tanta perfección no es natural... hasta imposible, diría yo, si no la estuviera viendo con mis propios ojos. Una condición poco natural tiene que tener resultados antinaturales. Ya veréis cómo descubriremos algo horrible. Por ejemplo... todavía no sabemos qué hacen con las delincuentes, con las subnormales... con las viejas. ¿Os habéis parado a pensar que no hemos visto a ninguna? ¡Tienen que tener algún defecto!

Yo también me inclinaba a pensar que alguno debían tener, y decidí coger el toro -o más bien la vaca- por los cuernos y se lo planteé a Somel.

-Me he empeñado en descubrir alguna falla en tanta perfección -le dije con sinceridad-. Es simplemente imposible que tres millones de personas carezcan de defectos.

Nos estamos esforzando de verdad por comprender y aprender, y te pido que tengas la bondad de ayudarnos diciéndonos cuáles son, según tú, las peores cualidades de esta modélica civilización tan única.

Estábamos sentados a la sombra de una arboleda, en un restaurante-jardín de los que abundan en el país. Acabábamos de comer deliciosamente, todavía teníamos un plato lleno de fruta sobre la mesa. Ante nuestra vista se abría, por un lado, el campo, encantador y fértil, mientras que, por el otro, se prolongaba el jardín, con mesas dispersas lo suficientemente separadas para respetar la intimidad de las comensales. Huella decir que gracias al cuidadoso «equilibrio demográfico» conseguido, era un país sin aglomeraciones. Por todas partes sobraba sitio, espacio, se respiraba una sensación de soleada y aireada libertad de movimientos.

Somel apoyó la barbilla en la mano, recostó el codo sobre el muro bajo que tenía al lado, y paseó la mirada por la hermosa campiña.

-Claro que tenemos defectos... todas, sin excepción, los tenemos -dijo-. En cierto modo podría decirse que tenemos más que antes, es decir, que cada vez estamos más lejos de alcanzar nuestro modelo de perfección. Pero no nos desanimamos por ello, por que nuestros registros indican que continuamos progresando... progresando considerablemente.

»En un principio -a pesar de que todo comenzó a partir de una madre de particular nobleza- heredamos las características de la raza que durante tantos años nos había precedido. Características que continuaron manifestándose periódicamente de una manera ala

rmante. Pero desde hace... sí, más de seiscientos años, no hemos tenido lo que vosotros denomináis delincuentes.

»Ni que decir tiene que nos fijamos como tarea prioritaria la superación, en lo posible, de los tipos inferiores a través de la selección.»

-¿La selección? -pregunté yo-. ¿Cómo es posible... con la partenogénesis?

-Si la muchacha que exhibía malas cualidades tenía, a pesar de todo, un sentimiento de responsabilidad social, se le rogaba que renunciara a la maternidad. Por suerte, algunos de los tipos peores resultaron ser infértiles. Pero si el defecto consistía en un egotismo desproporcionado, la joven, obviamente, estaba muy convencida de su derecho a gestar, e incluso pensaba que su hija sería mejor que otras.

-Lo entiendo -dije yo-. Y la criaría infundiéndole esta misma convicción.

-Eso no lo permitimos jamás -respondió en voz baja Somel.

-¿No lo permitís? -pregunté asombrado-. ¿Prohibiríais a una madre criar a su propia hija?

-Claro que no -contestó Somel-, a menos que no fuera apta para tan sagrada función.

La miré desconcertado:

-Pero creía que para vosotras la maternidad era...

-La maternidad, sí, en el sentido de dar a luz a una niña. Pero la educación es todo un arte, el más elevado que conocemos, y sólo lo confiamos a las mejores artistas.

-¿Educación? -repetí yo sin comprender-. No me refiero a la educación. Por maternidad no entiendo sólo el dar a luz, sino el hecho de criar a los bebés.

-La crianza de los bebés ya implica la educación, y eso sólo se deja en manos de las más aptas -repetió ella.

-¿Luego separáis a las niñas de sus madres! -exclamé yo horrorizado. Y me estremecí mientras comenzaba a embargarme el mismo siniestro presentimiento que a Terry, de que algo debía de funcionar mal en medio de tantas maravillas.

-Normalmente, no -explicó pacientemente ella-. Como comprenderás, casi todas las mujeres valoran la maternidad por encima de todo. Cada muchacha la considera desde niña la alegría más exquisita, más íntima y más preciada, como un gran honor, como un acontecimiento muy íntimo, muy precioso y muy personal. Es decir, para nosotras, la crianza de las recién nacidas se ha convertido en un arte profundamente estudiado, que practicamos con gran sutileza y habilidad, de manera que cuanto más queremos a nuestras hijas, menos dispuestas estamos a confiarlas en manos no preparadas... aunque sean las propias.

-Pero el amor de una madre... -me aventuré a decir.

Ella me escudriñó el rostro mientras buscaba la mejor manera de aclarármelo.

-Piensa, por ejemplo, en lo que nos habéis contado de vuestros dentistas -me dijo al fin-; esas personas especialmente entrenadas para dedicar sus vidas a llenar los pequeños agujeros que aparecen en los dientes de la gente... a veces incluso de los niños.

-¿Y qué? -pregunté, sin comprender muy bien a qué venía aquello.

-¿El amor maternal inspira a las madres a llenar los agujeros de la dentadura de sus hijos? ¿Les inspira el deseo de hacerlo?

-¿Pues claro que no! -exclamé yo-. Porque es una técnica muy especializada. En cambio el cuidado de un bebé es algo accesible a todas las mujeres... ¡a cualquier madre!

-Nosotras no opinamos lo mismo -dijo ella con dulzura-. Sólo cumplen esta función las más aptas para ello; y la mayoría de las muchachas se afanan con verdadero ahínco para cualificarse para ella... te puedo asegurar que contamos con lo mejor de lo mejor.

-Pero las pobres madres... despojadas de su bebé...

-¿Oh, no! -protestó ella-. Despojadas, no. Continúa siendo su hija, la conserva a su lado, no la ha perdido. Pero no es la única persona responsable de su cuidado. También se ocupan de ella otras mujeres que la madre sabe que son más sabias. Lo sabe porque es un arte que ella también ha estudiado y practicado, y reconoce su auténtica superioridad. Por el bien de la niña, la confía con agrado a unas manos mejores que las suyas.

Yo no quedé convencido. Además, de momento todo eran sólo palabras; todavía no había visto la realidad de la maternidad en Dellas.



## LAS MUCHACHAS DE DELLAS

Por fin el sueño de Terry se convirtió en realidad. Fuimos invitados, muy cortésmente y con la posibilidad de rehusar, a dar conferencias a la población en general y clases a las chicas.

Recuerdo la primera que dimos, cómo nos atildamos, y nuestros malogrados esfuerzos por arreglarnos la barba. Sobre todo Terry, que se mostró tan exigente al respecto, y tan crítico de nuestros intentos por complacerle, que optamos por dejar que se las compusiera él solo con las tijeras. La verdad es que comenzábamos a estar bastante orgullosos de nuestras barbas; entre aquellas mujeres altas y fornidas, de pelo corto y ropa asexuada, eran el único distintivo de nuestro sexo. Nos ofrecieron una variedad de trajes entre los cuales escoger para la ocasión, y nos asombró constatar, al encontrarnos entre públicos numerosos, que nosotros siempre éramos los que más adornos llevábamos, sobre todo Terry.

Su aspecto resultaba bastante impresionante; el pelo relativamente largo (y eso que me había pedido que se lo cortara el máximo posible) dulcificaba un poco la dureza de sus rasgos; llevaba una rica túnica de hechura amplia llena de bordados, ceñida con un cinturón ancho y suelto, que recordaba bastante el estilo de Enrique V. En cambio Jeff hacía pensar más bien... bueno, en un galán hugonote; y yo no sé a quién debía parecerme, pero me sentía muy a gusto. Luego, al volver a vestir nuestras acolchadas armaduras de almidonadas costuras, añoraría con gran sentimiento la comodidad de la ropa de Dellas.

Buscamos ansiosamente las tres brillantes caritas conocidas entre el público, pero no las vimos. Chicas y más chicas: tranquilas, aplicadas, atentas, todas ojos y oídos para escuchar y aprender.

Nos habían pedido que les hiciéramos una especie de sinopsis de la historia mundial, tan completa como nos pareciera conveniente, y que luego respondiésemos a sus preguntas.

-Tened en cuenta que somos de una ignorancia supina -nos había dicho Moadine-. No sabemos nada de nada, sólo conocemos la ciencia que hemos ido construyendo nosotras solas, el mero resultado de las reflexiones de un pequeño medio país. Vosotros, en cambio, suponemos que habéis tenido la oportunidad de ayudaros mutuamente, entre las naciones de todo el globo, compartiendo los descubrimientos, aunando vuestros avances. ¡Cuán maravillosa, cuán extraordinariamente bella debe de ser vuestra civilización!

Somel nos dio una sugerencia más.

-No será necesario que volváis a comenzar por el principio, como hicisteis con nosotras. Hemos hecho circular una especie de resumen de vuestras enseñanzas, y todo el país lo ha estudiado con gran interés. ¿Os gustaría verlo?

Nos interesó mucho examinarlo y quedamos profundamente impresionados. Al principio, a causa de su inevitable ignorancia de todo lo que se nos antojaban conocimientos primarios, aquellas mujeres nos habían parecido poco menos que chiquillas, o salvajes, pero al conocerlas mejor tuvimos que reconocer que, de hecho, eran ignorantes en el sentido en que lo eran Platón o Aristóteles, pero poseían una mentalidad muy desarrollada, sólo comparable al de la antigua Grecia.

No es en absoluto mi intención llenar estas páginas con una lista de lo que les enseñamos, bastante imperfectamente. Lo importante es recordar lo que nos enseñaron ellas, o por lo menos dar un vislumbre de ello. Y, de aquella primera conferencia, lo más interesante para nosotros no fue su tema, sino el público que atrajo.

Muchachas -cientos de muchachas-, ávidas de aprender, con los ojos encendidos, los jóvenes rostros atentos; acribillándonos a preguntas que a nosotros, me duele decirlo, cada vez nos resultaba más difícil contestar.

Nuestras especiales guías nos acompañaban en la tarima y de vez en cuando nos ayudaban a aclarar una pregunta o, más frecuentemente, una respuesta. Observando lo que

nos pasaba, pusieron punto final a la parte más formal de la conferencia antes de lo previsto.

-Nuestras jóvenes tendrán mucho gusto en conoceros -sugirió Somel- y charlar con vosotros personalmente, si estáis dispuestos.

¡Dispuestos! Impacientes estábamos, le confesamos, y advertí que una sonrisita cruzaba el rostro de Moadine. Incluso entonces, emocionado ante la perspectiva de esas jovencitas que con tanto interés esperaban conocernos, no pude por menos que volver a preguntarme: «¿Cuál debe ser su punto de vista? ¿Qué deben pensar de nosotros?». Más adelante lo sabríamos.

Terry se zambulló en medio de aquellas jóvenes criaturas con entusiasmo, como si se arrojará al mar, impaciente por empezar a nadar. Jeff salió a su encuentro con el rostro arrebatado, como si fuera a recibir un sacramento. Yo, en cambio, bastante enfriado mi entusiasmo por la pregunta que acababa de plantearme, mantuve los ojos bien abiertos. Tuve tiempo de observar a Jeff, incluso en los momentos de mayor acoso por parte de las chicas -nos acosaron a los tres-, percatándome de que algunas se sentían atraídas por su mirada embelesada y su grave cortesía, mientras que otras, las de temperamento más fuerte seguramente, se alejaban de su grupo para acercarse al de Terry o al mío.

A Terry lo observé con especial interés, a sabiendas de cuánto había esperado aquel momento, y de cuán irresistible lo solían encontrar las mujeres de nuestro país. Y vi, a través de breves ojeadas por supuesto, que sus modales melifluos y dominantes a la vez, parecían irritarlas; observé el ligero disgusto que les producían sus miradas excesivamente íntimas, su desconcierto y enojo ante sus cumplidos. De vez en cuando, alguna se sonrojaba, pero no bajando los ojos con incitante timidez, sino con ira irguiendo impacientemente la cabeza. Poco a poco las chicas fueron apartándose de él, hasta que sólo quedó rodeado de un reducido círculo de curiosas que eran, qué duda cabía, las de aire menos «femenino».

Vi que al principio parecía muy satisfecho, como convencido de haberlas impresionado; pero luego, tras una mirada hacia Jeff o hacia mí, empezó a ensombrecerse un poco... y luego cada vez más.

Yo tuve una agradable sorpresa. En mi país no era lo que se dice muy «popular». Tenía amigas, buenas amigas, pero nunca pasaban de ser eso... amigas. Y ellas también pertenecían a la misma tribu, tampoco eran muy populares en el sentido de estar rodeadas de un enjambre de admiradores. En cambio, allí, ante mi asombro, me encontré rodeado por el mayor número de chicas.

No tengo más remedio que generalizar, resumiendo mis impresiones; pero aquella primera tarde tuvimos una buena muestra de la impresión general que causábamos. Jeff atajo a las más sentimentales, para entendernos, aunque no me parece una palabra de todo justa. Digamos las menos prácticas: las artistas, moralistas, maestras... ese tipo de chicas.

Terry se tuvo que contentar con un grupo bastante combativo: de mentes agudas, lógicas, inquisitivas, no manifiestamente sensibles, precisamente la clase de muchas que a él menos le gustaban. En cuanto a mí... bueno, pude enorgullecerme bastante de mi popularidad general.

Terry se puso furioso, lo cual no nos extrañó.

-¡Chicas! -estalló indignado cuando volvimos a encontrarnos a solas aquella noche-. ¡A eso le llaman chicas!

-Yo las llamarla chicas encantadoras -dijo Jeff con sus ojos azules y soñadores iluminados de satisfacción.

-¿Y qué las llamarías tú? -inquirí yo suavemente.

-¡Chicos! Sólo chicos, la mayoría de ellos. Muy altaneros y desagradables por añadidura. Jóvenes impertinentes, de esos que lo critican todo. Pero chicas, ni hablar.

Estaba enojado y ofendido, y también un poco celoso, creo. Después, cuando descubrió lo que no les gustaba de él, cambió de actitud y empezó a llevarse mejor con ellas. A la fuerza, porque, por mucho que las criticara, eran muchachas, las únicas muchachas que había en el país. Excepto aquellas tres... con las que, por fin, reanudamos nuestra relación.

Cuando llegó la hora de los galanteos, que no tardó, el que naturalmente podría describir mejor es el mío... pero también es del que menos ganas tengo de hablar. Jeff también me habló un poco el suyo; tendía a adoptar actitudes de veneración y admiración que d

esembocaban en manifestaciones exaltadas sobre la perfección de su Celis. En cuanto a Terry... metió la pata tantas veces y se llevó tantos chascos, que cuando sentó la cabeza con Alima, lo hizo ya bastante escarmentado. Y a pesar de ello, las cosas tampoco le fueron tan llanamente. Rompieron y riñeron, una y otra vez; entonces él corría a consolarse con alguna otra -la cual no quería saber nada de él-, pero al final no tenía más remedio que volver, cada vez más enamorado, junto a su Alima. La chica no cedió nunca, ni una pulgada. Era guapa, alta, de una fuerza bastante excepcional incluso entre aquella raza de mujeres fuertes, con una cabeza altiva y unas cejas rectas que se alargaban por encima de los ojos como las alas desplegadas de un halcón a punto de emprender el vuelo.

Yo me llevaba bien con las tres, pero especialmente con Ellador, incluso mucho antes de que nuestros sentimientos cambiaran para los dos.

Por ella y por Somel, que conmigo no tenía reparos en hablar con franqueza, me enteré por fin de la opinión que tenía Dellas sobre sus visitantes.

Imagináoslas allí, en su aislamiento, felices, satisfechas, y entonces, un buen día, resuena por los aires el zumbido de nuestro biplano.

Lo oyeron y lo vieron en varias millas a la redonda, y acto seguido corrió la voz por todo el país y se convocaron asambleas en todos los pueblos y ciudades.

Rápidamente llegaron a la siguiente conclusión:

«De otro país. Probablemente hombres. De una civilización muy desarrollada. En posesión de conocimientos de sumo valor. Tal vez peligrosos. Apresadlos, si es posible; domesticadlos e instruidlos si es necesario. Puede que sea una oportunidad para volver al estado bisexual.»

En ningún momento sintieron miedo de nosotros... ¿por qué iban a temer tres millones de mujeres muy inteligentes -o digamos dos millones, si sólo contamos las adultas- a tres jóvenes como nosotros? Nosotros, con la idea de que eran «Mujeres», supusimos que serían apocadas; pero hacía dos mil años que vivían sin nada que temer, y hacía ya mil, o más, que habían superado este sentimiento.

Creímos -o por lo menos Terry se lo creyó- que sólo sería cuestión de aterrizar y conquistar las que más nos gustasen. Por su parte, ellas decidieron -con gran cautela y pensando en el futuro- conquistarnos si les parecía oportuno.

Durante todos los meses que duró nuestra instrucción, nos tuvieron sometidos a estudio y análisis, redactando informes sobre nuestro comportamiento que difundían por todo el país para mantenerlo al corriente.

En todo el país no había ni una sola chica que no hubiera dedicado aquellos meses a estudiar los datos que iban recopilando sobre nuestro país, nuestra cultura, nuestras características personales. No es de extrañar que fuese tan difícil contestar a sus preguntas. Y me duele tener que confesar que cuando, por fin, nos exhibieron en público (odio decirlo así, pero esa es la verdad), el entusiasmo general brilló por su ausencia. Imaginaos al pobre viejo Terry soñando que por fin era libre de pasearse por «un jardín lleno de capullos en flor», pero, ¡ay!, los capullos resultaron irarmados de un par de ojos muy críticos que no paraban de analizarnos.

Despertamos interés, un vivo interés, pero no del tipo de interés que buscábamos.

Para que os hagáis una idea de su actitud, tened en cuenta su altísimo y muy desarrollado sentimiento de solidaridad. Aquellas chicas no buscaban novio; del amor, del amor sexual, para entendernos, no tenían el menor conocimiento. Para ellas la maternidad era su estrella polar y una experiencia que trascendía la mera función personal, era el servicio social más elevado, como un sacramento de la vida, y nosotros representábamos la oportunidad de decidir si daban el gran paso y cambiaban su situación, restableciendo el primitivo orden natural de los dos sexos.

Aparte de este aspecto básico, sentían una enorme curiosidad e interés por nuestra civilización, es decir, por algo impersonal, y su nivel intelectual era tal que parecíamos... meros colegiales a su lado.

No resulta demasiado sorprendente, por tanto, que nuestras conferencias no tuvieran mucho éxito, y no es de extrañar en absoluto que nuestros galanteos, sobre todo los de Terry, fueran tan mal recibidos. Las causas de mi relativo éxito tampoco resultaban demasiado halagadoras.

-Te preferimos a ti -me dijo Somel- porque te pareces más a nosotras.

«¡Que me parezco a unas mujeres!», me dije con repugnancia, aunque enseguida recordé cuán poco «mujeres» eran ellas, en nuestro sentido peyorativo del vocablo. Somel sonrió, le

yendo mis pensamientos.

-Comprendemos que a vosotros no os parezcamos del todo... mujeres. Es obvio que en un pueblo bisexual los rasgos distintivos de cada sexo se intensifican. Pero deben de existir suficientes rasgos asociados simplemente al hecho de ser Personas, ¿no crees? A eso me refiero cuando te digo que te pareces a nosotras, como Personas. Nos sentimos más a gusto contigo.

El problema de Jeff era su exaltada galantería. Idealizaba a las mujeres y siempre buscaba una oportunidad para «protegerlas» o «servirlas». Aquellas mujeres no necesitaban ni protección ni servicio. Vivían en paz, tenían de todo, fuerza y poder; nosotros éramos sus huéspedes, sus prisioneros, dependíamos de ellas.

Naturalmente, podíamos prometerles toda clase de maravillas si se avenían a seguirnos a nuestro país; pero cuanto más conocíamos el suyo, menos nos atrevíamos a mencionarlo.

Apreciaron los regalitos y adornos de Terry como curiosidades; los miraron, se los pasaron de mano en mano haciendo preguntas sobre cómo habían sido manufacturados, nunca sobre su valor; y jamás hablaron de quién se los quedaría, sino más bien de en qué museo los iban a poner.

Cuando el hombre no tiene nada que dar a la mujer, cuando todo depende de su atractivo personal, su galantería queda muy falta de recursos.

A ellas les preocupaban dos cosas: si era aconsejable hacer el Gran Cambio; y el grado de adaptación personal que se requeriría para tal fin.

Nosotros contábamos con la ventaja de la corta experiencia personal que habíamos tenido con las tres chicas del bosque; lo que nos unió más estrechamente desde el principio.

En cuanto a mi experiencia con Ellador: imaginaos que llegáis a un país desconocido y que lo encontráis muy bonito, un poco más bonito de lo común, y que luego descubrís que la tierra de cultivo es muy fértil, más tarde veis sus huertos, jardines magníficos, palacios llenos de raros y curiosos tesoros -incalculables, inagotables- y luego las montañas, unas montañas como el Himalaya, y después el mar.

Me gustó desde el momento en que la vi balanceándose sobre esa rama delante de mis ojos y nos anunció los nombres de las tres. Pensé mucho en ella. Después, en nuestro tercer encuentro, me acerqué a ella como a una amiga, seguro de que continuaría nuestra relación. Mientras la excesiva devoción de Jeff desconcertaba a Celis, erigiéndose en un obstáculo para la felicidad de ambos, y Terry y Alima no paraban de reñir y separarse, de separarse y reencontrarse, Ellador y yo nos hicimos íntimos amigos.

Hablábamos sin parar. Dábamos paseos. Ella me enseñaba cosas, me las explicaba, me ayudaba a comprender mucho de lo que a mí me había desconcertado. Gracias a su comprensiva inteligencia, fui calando más y más hondo en el espíritu de la gente de Dellas, aprendí a apreciar su maravilloso crecimiento interior y su perfección formal.

Cesé de sentirme un extraño y un prisionero. En mí surgió una comprensión, una capacidad de identificarme con ellas, de orientarme. Hablábamos... de todo. Y durante mis viajes de exploración por la rica y dulce alma de la muchacha, mi amistad por ella estableció los cimientos para una pluralidad de sentimientos tan alta, de tanta amplitud y coherencia, que quedé deslumbrado ante tanta maravilla.

Como ya he dicho, a mí nunca me habían interesado demasiado las mujeres, ni tampoco ellas de mí... por lo menos no en el sentido de Terry. Pero con ella...

Al principio no se me ocurrió pensar en ella de «aquella manera»... ya me entendéis. No había ido al país en busca de un harén a la manera turca, y tampoco adoraba a las mujeres como Jeff. La chica me gustaba como «amiga», como se suele decir. Pero la amistad creció y se ramificó como un árbol. ¡Era tan buena compañera! Con ella se podía hacer de todo. Me enseñó juegos y yo le enseñé otros a ella, corríamos, remábamos y nos divertíamos de lo lindo, además de ser compañeros en un sentido muy elevado de la palabra.

Luego, con el tiempo, el palacio, los tesoros y la cordillera de montañas nevadas se manifestaron deslumbrantemente ante mí y quedé admirado de que pudiera existir un ser humano así, tan... admirable. Y no hablo de su talento. Lo suyo eran los bosques, y era una gran experta en ello, pero no me refiero para nada a este aspecto. Cuando digo que era admirable, quiero decir admirable, grande, en todo sentido. Si hubiera podido intimar también con las otras de aquellas mujeres, no la habría encontrado tan única; pero incluso entre ellas era noble. Su madre era una Supermadre, y su abuela también, según me enteré luego.

De modo que ella me contó muchas cosas de su bello país; y yo le conté también muchas, sí, más de las que hubiera deseado, del mío; y nos hicimos inseparables. Luego llegó el momento en que nos reconocimos de una manera más honda, y el reconocimiento creció. Tuve la sensación de que se me elevaba el alma y le salían alas. La vida se ampliaba. Me pareció comprenderlo todo mucho mejor, como nunca lo había comprendido hasta entonces, y me sentí capaz de hacer cosas, como si yo también creciera, gracias a ella. Y luego llegó el momento sublime, para los dos, a la vez.

Un día de calma, al borde del mundo, de su mundo, los dos contemplábamos juntos la oscura selva que se extendía más abajo, hablando del cielo y de la tierra y de la vida en general, y de mi país y de otros países, y de sus necesidades y de lo que esperaba poder hacer por ellos...

-Si tú me ayudas -le dije.

Ella me miró, con su noble dulzura y entonces, al posarse sus ojos sobre los míos, con sus manos también entre las mías, de pronto entre nosotros se encendió por un instante, abrumadoramente, la gloria... no tengo palabras para describir lo que fue. Celis era toda azul, oro y rosa; Alima, negra, blanca y roja, una belleza de fuego. Ellador era morena: el cabello oscuro, suave y reluciente, como pelaje de foca; la tez morena y clara con un saludable matiz rojizo; los ojos pardos, con una gama de tonalidades que parecía abarcar desde el topacio hasta el negro azabache. Las tres eran unas muchachas espléndidas.

Ellas habían sido las primeras en vernos, ya en el lago, y habían dado la alarma por todo el país incluso antes de nuestra primera exploración desde el aire. Habían espionado nuestro aterrizaje, nos habían seguido a través del bosque, se habían escondido en el árbol y se habían reído, sospecho que adrede, para llamar nuestra atención. Se habían turnado para vigilar nuestro oculto aparato y, cuando se anunció nuestra fuga, nos habían seguido durante un par de días, y nos habían aguardado junto a él, como ya he explicado. Se sentían con un derecho especial sobre nosotros, nos llamaban «sus hombres», y las sabias líderes tuvieron la sensatez de reconocerles ese derecho cuando, finalmente, se nos dejó en libertad de recorrer el país y hablar con la población.

Sin embargo yo, al igual que mis dos amigos, sentía que las habíamos escogido, con gran acierto, entre la multitud.

Y no obstante «en el camino del amor siempre hay espinas»; y nuestro noviazgo topó con los obstáculos más sorprendentes.

Ahora, al escribir esto pasados los años y después de las numerosas experiencias vividas tanto en Dellas como posteriormente en mi propio país, comprendo mejor lo que pasó y me siento capaz de filosofar sobre lo que, entonces, era un continuo motivo de asombro y, a menudo, de pasajera tragedia.

Lo que «mantiene» un noviazgo es la atracción sexual, claro. A partir de eso acostumbraba a surgir un espíritu de camaradería, según los temperamentos de los dos. Después del matrimonio se establece, o bien una amistad de crecimiento lento y de fundamentos muy amplios, una relación muy tierna, profunda y dulce, iluminada y alimentada por el calor del amor siempre encendido, o bien se invierte el proceso y la relación pierde su belleza y se hace cenizas.

En nuestro caso todo fue distinto. Para empezar no había impulsos sexuales a los cuales apelar, o por lo menos muy pocos. Después de dos mil años de desuso el instinto estaba muy adormecido, y recordemos también que a quienes lo manifestaban como una tendencia atávica excepcional, a menudo se les había negado el derecho a la maternidad, precisamente por ese motivo.

De todos modos, mientras permanezca el proceso de gestación materna, a la fuerza se conserva también la base de la distinción sexual. Por lo tanto, quién sabe qué sentimientos olvidados, vagos e innominados, pudieron despertar en los corazones de aquellas madres con nuestra llegada.

Lo más desconcertante en nuestras relaciones fue la carencia de una tradición sobre el comportamiento sexual, la ausencia de arquetipos femeninos y masculinos.

Cuando Jeff le dijo a su adorada, arrebatándole la cesta llena de fruta que llevaba: «no está bien que la mujer lleve nada pesado», Celis replicó: «¿Por qué?», realmente asombrada. Era imposible mirar a aquella silvicultora de pies veloces y espaldas anchas, y contestarle: «Porque la mujer es débil». Celis no era débil. No se dice que un caballo de carreras sea débil sólo porque no es un caballo de tiro.

Él le respondió, bastante alicaído, que el cuerpo de las mujeres no estaba hecho para realizar trabajos pesados.

Al oír esto, ella miró hacia los campos donde estaban trabajando algunas mujeres, que acarreaban enormes piedras para rehacer una pared; se volvió a mirar las casas del pueblo más próximo construidas por mujeres; posó la mirada en el pavimento firme y duro de la carretera por la que caminaban, y después contempló la pequeña cesta que él acababa de arrebatarse de la mano.

-No comprendo -dijo con dulzura-. ¿En tu país las mujeres son tan débiles que no pueden llevar una cosa tan ligera como ésta?

-Es una convención -dijo él-. Se supone que la maternidad es una carga suficiente... y que los hombres deben llevar las demás.

-¡Qué hermoso sentimiento! -dijo ella, y se iluminaron sus ojos azules.

-¿Así son las cosas? -preguntó Alima, rápida y aguda como de costumbre-. ¿En todos los países los hombres llevan las cosas pesadas? ¿O sólo en el vuestro?

-No te lo tomes tan al pie de la letra -suplicó Terry con voz indolente-. ¿Por qué no dejáis que os adoremos y os sirvamos? Nos gusta hacerlo.

-A vosotros no os gusta que os sirvamos nosotras -respondió ella.

-Es distinto -dijo él malhumorado; y cuando ella le preguntó por qué puso mala cara y me pasó la pregunta a mí.

-Van es el filósofo -dijo.

Ellador y yo habíamos discutido de todo eso, de modo que cuando se produjo el milagro, no nos cogió tan desprevenidos. También ayudamos a aclararles las cosas a Jeff y a Celis. Pero Terry no quiso escuchar razones.

Se había enamorado locamente de Alima. Deseaba poseerla, arrebatadoramente, y estuvo a punto de perderla.

Cuando un hombre ama a una muchacha que, para empezar, es joven y carece de experiencia, y en segundo lugar, ha sido educada con el telón de fondo de una tradición cavernícola, con un aderezo de poesía y romanticismo y un presente de esperanzas inconfesadas y de intereses centrados en el Acontecimiento y que, para postres, no tiene ninguna otra motivación ni interés en la vida... bueno, en este caso resulta relativamente fácil hacerle perder la cabeza con un audaz ataque. Terry era un maestro en estos métodos. Pero cuando intentó aplicarlos allí se encontró con que Alima se ofendió, se horrorizó, y pasaron semanas antes de que él pudiera acercarse de nuevo a ella para volver a intentarlo.

Cuanto más intensa era la frialdad de ella, mayor era su empeño; no estaba acostumbrado a que le dieran calabazas en serio. Ella rechazaba con risas sus cumplidos, regalos y «atenciones», y a las quejas en contra de su crueldad reaccionaba con preguntas muy razonables. Terry tardó mucho tiempo en comprender la situación.

Dudo de que ella llegara a aceptar plenamente a su enamorado como Celis y Ellador aceptaron a los suyos. Se había sentido dolida e insultada con demasiada frecuencia por él; sus reservas eran inevitables.

Pero también creo que Alima conservaba ciertos vestigios del antiguo sentimiento, y que por eso fue más accesible a Terry que las otras; y sospecho, además, que había decidido intentar la experiencia y le dolió mucho tener que renunciar a ella.

De todos modos, al final todos terminamos entendiéndonos perfectamente, y ellas afrontaron con solemne gravedad la posibilidad de un paso importantísimo en sus vidas, interrogante muy serio que, a la vez, significaba una gran felicidad; y para nosotros, un extraño e insólito gozo.

Del matrimonio, como ceremonia, no sabían absolutamente nada. Jeff era partidario de llevarlas a nuestro país para la celebración de la boda, la civil y la religiosa, pero ni Celis ni sus compañeras estuvieron de acuerdo.

-No podemos pedirles que se vengan con nosotros... todavía no -dijo Terry muy cuerda-mente-. Un poco de paciencia, chicos. Es necesario seguirles la corriente... y a ver qué pasa -añadió melancólicamente, recordando sus repetidos fracasos.

»Pero se acerca nuestra hora -prosiguió alegremente-. A estas mujeres no las ha dominado nunca nadie, ya veréis cómo... -Esto último lo dijo en el tono de quien acaba de hacer un descubrimiento.

-Te aconsejo que no trates de dominarla, si realmente quieres salirte con la tuya -le dije muy seriamente; pero él se rió y me contestó:

-¡Zapatero a tus zapatos!

Era inútil intentar convencerlo de nada. Necesitaba vivirlo en carne propia. Si la ausencia de una tradición de noviazgo nos había desconcertado, la de tradición matrimonial nos desorientó todavía más. Y de nuevo tengo que recurrir a la experiencia posterior, y a la más profunda familiaridad que luego adquiriré con la cultura del país, para explicar los abismos que se abrían entre nosotros y ellas en este aspecto. Dos mil años de cultura ininterrumpida sin la presencia de hombres, y sólo con las tradiciones de harén en el pasado. No tenían equivalente para nuestra palabra hogar, como tampoco para el concepto romano de familia. Se profesaban un mutuo afecto prácticamente universal, del que surgían amistades exquisitas e indestructibles, ampliadas a través de una dedicación por su país que nuestro concepto de patriotismo en modo alguno alcanza a definir. Un exacerbado patriotismo es perfectamente compatible con la existencia de una desatención por los intereses nacionales, con la deshonestidad, la indiferencia al sufrimiento de millones de personas. El patriotismo es, ante todo, orgullo, y sobre todo combatividad. Y generalmente implica cierto rencor. Aquel país no tenía otro con quién compararse... fuera de los pobres salvajes de abajo, con los que no tenían trato. Amaban a su país porque era su jardín de infancia, su patio de recreo, su taller... el suyo y el de sus hijas. Se enorgullecían de él como taller, estaban orgullosas de su progresivo rendimiento; lo habían transformado en un encantador jardín, en un pequeño paraíso muy práctico; y sobre todo lo apreciaban como entorno cultural para sus hijas... y esto es lo que más nos costó comprender. Ésta era, por supuesto, la clave de nuestras diferencias: sus hijas. Desde aquellas primeras madres de la raza, tan celosamente protegidas y adoradas, y a través de todas sus descendientes, la idea dominante había sido la de construir una gran raza a través de sus hijas. Toda la generosidad y dedicación que nuestras mujeres ponen en sus familias, las ponían ellas en su país y su pueblo. Toda la fidelidad y servicio que los maridos esperan de sus mujeres, la entregaban ellas, no a unos individuos, sino a la colectividad. Y el instinto maternal, tan dolorosamente intenso entre nosotros, tan limitado por nuestras condiciones de vida, tan reducido a la dedicación personal a unos pocos, tan dañado por la muerte, la enfermedad o la esterilidad, e incluso por el crecimiento de los hijos, que dejan sola a la madre en su nido súbitamente vacío, en ellas, este sentimiento fluía como una corriente fuerte y abundante que se prolongaba a través de las generaciones, se ahondaba y ampliaba con los años, abarcando a todas las niñas del país. Aunando sus fuerzas y sus conocimientos, habían estudiado las «enfermedades infantiles»... y sus hijas ya no las padecían. Habían reflexionado sobre los problemas de la educación y los habían solucionado de manera que sus hijas crecían con la misma naturalidad que los árboles recién plantados, aprendiendo a través de todos los sentidos; sometidas a una permanente pero imperceptible instrucción... sin darse cuenta de que estaban siendo educadas. De hecho, no utilizaban la palabra educación en el mismo sentido que nosotros. Para ellas ésta designaba el aprendizaje que hacían, ya medio crecidas, bajo la tutela de un grupo de expertas. Entonces las mentes frescas se enfrascaban espontáneamente en el estudio de los temas que les apetecían, y llegaban a dominarlos con una facilidad, una amplitud y una firmeza que nunca dejó de asombrarme. En cambio, las bebés y las más pequeñas jamás se sentían presionadas por las exigencias de la «alimentación forzada» de la mente, que nosotros llamamos «educación». Más adelante volveré sobre ello.

## IX

### NUESTRAS RELACIONES Y LAS SUYAS

Quiero que quede claro que la vida de relación de aquellas mujeres consistía en el alegre y ansioso proceso de formación en vistas a su posterior participación en las filas de trabajadoras en el campo más apetecido; con un respeto profundo y tierno hacia la madre, demasiado profundo para ser explícito, y, más allá de él, una completa, libre y amplia sonoridad, el servicio al país y la amistad.

Y en eso llegamos nosotros, imbuidos de nuestras ideas, convicciones, tradiciones, de nuestra cultura, pretendiendo despertar en ellas las emociones que a nosotros nos parecían las más adecuadas.

El poco o mucho sentimiento de índole sexual que surgió entre nosotros, se traducía en sus mentes en términos de amistad, el único amor personal que conocían, y de procreación como finalidad última. Saltaba a la vista que no éramos madres, ni niños, ni compatriotas; por lo tanto, si nos querían teníamos que ser amigos.

Que nos emparejáramos durante el período del noviazgo les pareció muy natural; que nosotros tres pasáramos la mayor parte del tiempo juntos, como hacían ellas, también natural. Todavía no teníamos trabajo, y por tanto las seguíamos mientras realizaban sus tareas en el bosque; esto también les pareció natural.

Pero cuando comenzamos a hablar de «un hogar» para cada pareja, no lo entendieron.

-Nuestro trabajo nos obliga recorrer todo el país -explicó Celis-. No podemos vivir siempre en el mismo sitio.

-Juntos ya lo estamos -insistió Alima, con una mirada satisfecha hacia el sumiso Terry. (Era una de las temporadas en que estaban «bien», aunque acabarían estando «mal» otra vez.)

-No es lo mismo -insistió él-. El hombre quiere tener su hogar, con su mujer y su familia dentro.

-¿Dentro? ¿Todo el tiempo? -preguntó Ellador-. ¿No estarán encarceladas!

-¡Claro que no! Viviendo allí, naturalmente -contestó él.

-¿Y qué hace ella allí dentro... toda la vida? -preguntó Alima-. ¿En qué trabaja? Entonces Terry volvió a explicarle, con mucha paciencia, que nuestras mujeres no trabajaban... bueno, con matices.

-¿Qué hacen... si no trabajan? -insistió ella.

-Cuidan de la casa... y de los niños.

-¿Las dos cosas a la vez? -preguntó Ellador.

-Sí. Mientras los niños juegan, la madre se ocupa de todo. También tienen sirvientes, claro.

A Terry le parecía tan obvio y tan natural que se impacientó; pero las jóvenes estaban honestamente curiosas por comprender.

-¿Cuántos hijos tienen vuestras mujeres? -preguntó Alima, con la libreta de notas en la mano, los firmes labios convertidos en una fina línea. Terry hizo todo lo posible por escurrir el bulto.

-No hay una cifra fija, querida -dijo-. Unas tienen más, otras menos.

-Y algunas no tienen -añadí yo con malicia.

Esto las escamó y no tardaron en sonsacarnos el hecho de que, en general, las mujeres con más hijos eran las que menos sirvientes tenían, y las que disponían de muchos, tenían menos hijos.

-¡Vaya! -exclamó triunfalmente Alima-. Un hijo o dos, o ninguno, y tres o cuatro sirvientes. ¿Qué hacen las mujeres entonces?

Se lo explicamos lo mejor que pudimos. Hablamos de la «labor social», contando con mala fe con que ellas no interpretarían los términos tal como, en realidad, los usamos nosotros; hablamos de hospitalidad, del arte de tener invitados y una multitud de «aficiones». Todo esto perfectamente a sabiendas de que, para la mentalidad colectiva y amplia de aquellas mujeres, las limitaciones de nuestra vida personal eran inconcebibles.

-Realmente, no podemos comprenderlo -concluyó Ellador-. Somos solamente la mitad de un pueblo. Poseemos nuestro estilo de vida de mujeres, mientras que ellos tienen la vida de las mujeres, la de los hombres y la de los dos sexos combinados. Nuestro estilo de vida es, por lo tanto, limitado a la fuerza. El suyo debe ser mucho más abierto y variado. Me gustaría verlo.



-Ya lo verás, querida -le murmuré al oído.

\* \* \*

-No hay nada para fumar -se quejó Terry. Estaba inmerso en una prolongada riña con A lima y necesitaba un sedante-. No hay bebidas. Estas benditas mujeres no tienen vicios placenteros. ¡Ojalá pudiera marcharme de aquí!  
Deseo vano. De alguna manera continuábamos bajo vigilancia. Cuando Terry salía a la calle por las noches, siempre se topaba con alguna de las «coronelas»; y una vez que , en un arrebató de temporal desesperación, se acercó al borde de la gran roca con el vago propósito de escapar, descubrió a varias merodeando por allí. Estábamos en libertad... controlada.

-Tampoco tienen los más desagradables -le recordó Jeff.

-¡Es una pena! -insistió Terry-. No tienen vicios de hombres, ni virtudes de mujeres ... son neutras.

-Ya no sabes qué decir. Déjate de bobadas -le amonesté severamente.

Lo dije recordando los ojos de Ellador cuando me miraba de una cierta manera de la que ella no era del todo consciente.

Jeff también montó en cólera.

-¿Qué virtudes de mujer echas de menos? A mí me parece que las tienen todas.

-No tienen modestia -soltó Terry-. No tienen paciencia, no son sumisas, carecen de esa cualidad de abandono que tan encantadora resulta en las mujeres.

Yo meneé la cabeza con pena.

-Mira, vete a pedirle perdón y reconcíliate con ella, Terry. Lo que te pasa es que estás dolido. Estas mujeres poseen la virtud de la humanidad, con muchos menos defectos que los otros pueblos que conozco. Y en cuanto a paciencia... la de un santo han tenido con nosotros, de lo contrario nos hubieran arrojado por el precipicio el primer día aterrizamos entre ellas.

-No saben divertirse -gruñó-. Uno no hay adónde ir a distraerse un poco. Estamos siempre en un interminable ambiente de peluquería y de guardería infantil.

-Y de taller -añadí-. Y de escuela, y oficina, y laboratorio, y estudio, y teatro y. .. y hogar.

-¡Hogar! -exclamó burlonamente-. Si en este país no tienen ni la más mínima noción de lo que puede ser un hogar.

-Todo el país es un hogar -dijo Jeff acaloradamente-, y tú lo sabes perfectamente. En mi vida había visto, ni soñado, que pudiera existir una paz universal, tanta buena voluntad y tanto amor entre las personas.

-Bueno, mira, si a ti te gusta vivir perpetuamente metido en una escuela dominical, allá tú. Pero yo necesito que Pase Algo. Y aquí todo está ya hecho.

Tenía cierta razón. La época de los pioneros había pasado hacía muchos años. En aquella civilización las dificultades del comienzo habían quedado superadas mucho tiempo atrás. En aquella paz que nada perturbaba, aquella abundancia ilimitada, aquella salud inquebrantable, con tanta buena voluntad en todas las personas y un excelente gobierno que conseguía que todo funcionara, no había nada por qué luchar. Era como vivir en una placentera familia en una gran casa de campo, en perfecto orden desde hacía varias generaciones.

A mí no me disgustaba porque continuaba muy vivamente interesado en los logros sociológicos que todo ello implicaba. A Jeff le gustaba como le hubiera gustado cualquier familia y cualquier casa del tipo mencionado.

Terry no estaba a gusto porque no encontraba dificultades que vencer, nada con que luchar, nada que conquistar.

-La vida es lucha, tiene que serlo -insistió-. Si no hay lucha, no hay vida... es así de sencillo.

-Bobadas, típicas bobadas masculinas -replicó el pacífico Jeff. Continuaba siendo un ferviente paladín de Dellas-. Que yo sepa las hormigas no luchan por tener sus crías. Ni las abejas.

-¡Ah, bueno! ¡Si no te importa retroceder al estado de un insecto y vivir en un hormiguero!... Pero te aseguro que las formas superiores de vida se consiguen mediante la lucha, el combate. Aquí falta drama. ¡Sólo tienes que ver qué teatro hacen! Me da asco.

En esto era difícil no estar de acuerdo. El teatro de aquel país era, para nuestro gusto, bastante aburrido. Veréis, carecían de la motivación sexual y, por lo tanto, no conocían los celos. Les faltaba la confrontación con naciones enemigas, carecían de aristocracia y desconocían la ambición, desconocían el contraste entre la riqueza y la pobreza.

Os he dicho muy poco sobre su economía; debería haber hablado de ello antes, pero de momento continuaré con el tema del teatro.

Teatro teman, a su manera. Había una impresionante variedad de espectaculares ceremonias, de desfiles, de procesiones, todo un ritual que abarcaba tanto los oficios como la religión. Hasta las bebés participaban en él. El espectáculo de una de sus grandes fiestas anuales, el majestuoso desfile de las grandes madres, la nobleza y la valentía de su hermosa juventud, seguidas de las niñas, que participaban con la misma espontaneidad con que nuestros hijos hacen corro alrededor del árbol de Navidad... asombraba por su alegría y confianza en la vida.

Todo había comenzado en una época en que el drama, la danza, la música, la religión y la educación estaban estrechamente asociadas, y en lugar de desarrollarse cada una por su cuenta, habíanse mantenido vinculadas. Dejadme que intente, si puedo, daros una débil idea de las diferencias de su concepción de la vida... el trasfondo y la base sobre los que descansaba su cultura.

Ellador me habló mucho de ello. Me llevó a ver las niñas, las chicas ya un poco mayores y las maestras especiales. Seleccionó libros para mí. Ella siempre parecía estar al tanto de lo que a mí me interesaba saber, y acertaba en la forma de ayudarme.

Mientras Terry y Alima hacían saltar chispas y se separaban, él locamente enamorado de ella y ella también de él -me imagino, si no no se explica cómo aguantaba su conducta-, Ellador y yo nos sentíamos unidos por un profundo y apacible sentimiento, como si lleváramos mucho tiempo juntos. A Jeff y a Celis se los veía felices; no dudo de que lo fueran, pero no creo que se lo pasaran tan bien como nosotros dos.

Bueno, volviendo a nuestro tema, observamos a una niña de Dellas enfrentándose a la vida, según las explicaciones de Ellador. Su primer recuerdo era de Paz, Belleza, Orden, Seguridad, Amor, Sabiduría, Justicia, Paciencia y Abundancia. Por «abundancia» quiero decir que a las recién nacidas nunca les faltaba nada, crecían en un entorno que satisfacía plenamente sus necesidades, como cervatillos criados en verdes prados y claros del bosque surcados por cristalinos riachuelos. Y disfrutaban de todo ello con exactamente la misma espontaneidad que un grupo de cervatillos.

Abrían los ojos a un gran mundo lleno de color, poblado de objetos interesantes y bonitos con los que podían jugar y aprender. Todo el mundo era amable y cortés. En Dellas las niñas no topaban con la grosería con que tan frecuentemente han de enfrentarse los niños de nuestros países. Antes que nada eran Personas; y las más preciadas para el futuro del país.

En todas las fases de la rica experiencia de la vida, su tema de estudio se ampliaba y se ramificaba poniéndolas en contacto con una variada gama de intereses comunes. Desde el principio, cuanto aprendían aparecía interrelacionado, y todo ello vinculado a los intereses de la prosperidad del país.

-Yo me especialicé en la silvicultura gracias a una mariposa -me contó Ellador-. Tenía once años cuando me encontré una gran mariposa púrpura y verde posada sobre una flor del suelo. La cogí con mucho cuidado por las alas unidas, tal como me habían enseñado, y la llevé a la maestra de insectos más cercana -mentalmente tomé nota de ello para que no se me olvidara de preguntarle luego qué era una maestra de insectos- a preguntarle cómo se llamaba aquella mariposa. Ella lanzó un grito de alegría y me dijo:

»-Niña bendita, ¿te gustan las nueces ober?

»-Claro que me gustan -le dije-. Son las mejores nueces del país.

»-Ésta es una hembra de la mariposa que se nutre de las ober -me dijo-. Están casi extinguidas. Hace siglos que intentamos exterminarlas. Si no la hubieras cogido, seguramente habría puesto huevos y de ellos habrían nacido orugas suficientes para destruir miles de nueces ober, causándonos dificultades muy serias.

»Todo el mundo me felicitó. Se avisó a todas las niñas del país acerca de esta clase de mariposa, por si había más en otras partes. Se nos enseñó su historia y los perjuicios que había causado en las plantaciones, y en la larga lucha librada por nuestras antecesoras para salvar ese nogal. De pronto me sentí una persona mayor y decidí convertirme en silvicultora.»

Éste es sólo un ejemplo de los muchos que me contó. La gran diferencia estriba en que nuestros hijos se crían aisladamente cada uno en su casa y con su familia privada, rodeados de toda suerte de barreras contra los peligros del exterior, mientras que allí las niñas crecían en un mundo libre y sin límites, que desde el primer día sabían que les pertenecía.

Tenían una literatura infantil maravillosa. De buena gana hubiera pasado años estudiando las sutilezas, la simplicidad y la delicadeza con que habían puesto ese gran arte al servicio de la mente infantil.

Nosotros poseemos dos ciclos vitales distintos: el del hombre y el de la mujer.

El del hombre es crecimiento, lucha, conquista, la creación de una familia estable y mucho éxito, el máximo posible, en la empresa de ganar dinero o de satisfacer sus ambiciones.

El de la mujer, crecimiento, la búsqueda de un marido, la sumisión a las necesidades de la vida familiar y, luego, las «distracciones» sociales o caritativas que le permitan su posición.

Allí sólo había un ciclo y éste era muy amplio.

La niña se introducía en el gran campo de la vida abierto ante sí, consciente de que la maternidad sería su gran contribución personal a la vida nacional; fuera de eso haría su aportación individual a las actividades colectivas. Todas las jóvenes con quienes hablé y que ya habían dejado la infancia, estaban muy seguras de lo que serían cuando fueran mayores y miraban con alegre confianza su futuro.

A lo que se refería Terry cuando las acusaba de no tener «modestia» era al hecho de que esta gran concepción de la vida carecía de rincones oscuros; poseían un fuerte sentido del decoro personal, pero sin vergüenza ni sospecha de que tuvieran que avergonzarse de nada.

Incluso las faltas y travesuras cometidas de pequeñas no les eran jamás echadas en cara como pecados, sino meramente como errores o infortunios en el juego. Las obviamente menos atractivas que las demás, o con alguna falla o defecto real, eran tratadas con alegre tolerancia, como en un equipo de amigos se suele tratar al más torpe en el juego.

Tened en cuenta que su religión era maternal y que su ética se había originado a partir de la percepción de la evolución, es decir, que concedían una importancia primordial al principio del crecimiento y la belleza y la sabiduría. No tenían teorías sobre la contraposición esencial entre el bien y el mal; para ellas la vida era crecimiento; el placer y el deber consistían simplemente en crecer.

No es de extrañar, por tanto, que con esta formación y con su sublimación del amor maternal, manifestada y ampliada a nivel social, el trabajo dependiera, y fuera modificado en cada fase, en función de sus efectos sobre el crecimiento nacional. El idioma mismo había sido deliberadamente simplificado, facilitado y embellecido pensando sólo en las pequeñas.

A nosotros nos parecía increíble, no sólo que un país fuera capaz de manifestar la previsión, la energía y la persistencia necesarias para llevar a cabo una tarea semejante, sino que, además, fueran mujeres las artífices de esa iniciativa. Habíamos dado por sentado, sin pararnos a reflexionar, que las mujeres carecían de iniciativa; que sólo el hombre, con su natural energía y desasosiego, era capaz de inventar.

Allí descubrimos que la presión de la propia vida sobre el entorno favorece la creatividad de la mente humana, independientemente de su sexo; y que una maternidad plenamente consciente supone una capacidad ilimitada de proyectar y trabajar por el bien de la criatura.

Para que las hijas pudieran disfrutar de un nacimiento digno y ser criadas en un entorno que no limitara su desarrollo, habían transformado y mejorado el estado entero.

Con lo cual no quiero decir que no hicieran nada más, que se detuvieran en este punto, como un niño tampoco se detiene al final de la infancia. Aparte de este perfecto sistema de crianza de las hijas, lo que más llamaba la atención de su cultura era la variadísima gama de intereses y asociaciones a que tenían acceso durante toda su vida. Pero en el campo literario, lo que más me asombró en un primer momento fue su orientación hacia las niñas.

Tenían la misma gradación de rimas repetitivas y de temas sencillos que tenemos nosotros, y cuentos de la más exquisita imaginación; pero, así como nuestra literatura inf

antil está mechada de balbucientes reminiscencias de mitos antiguos y de canciones folclóricas, la suya era el fruto de un exquisito trabajo de grandes artistas, sabiamente compenetradas con la mente infantil y muy cercanas a la vida real, real para el mundo que las rodeaba.

Pasar un día en una de sus guarderías significaba modificar totalmente el concepto que solemos tener de la infancia. Las más pequeñas, rosadas corderitas en brazos de su madre, o suavemente dormidas en el aire aromatizado con flores, no tenían nada de particular, excepto que jamás se las oía llorar. Jamás oí llorar a una niña en Dellas, excepto un par de veces, luego de una dolorosa caída; entonces la gente corrió en seguida en ayuda de la niña, como haríamos en nuestro país ante el grito de agonía de un adulto.

Cada madre tenía su año de gloria, su período dedicado a la tarea de amar y aprender en estrecha convivencia con su hija, a la que amamantaba con gran orgullo, a menudo durante dos años o más. Quizá esa fuera la razón de su aparente vigor.

Pero pasado el año, la presencia de la madre ya no era tan continuada, salvo cuando estaba especializada en el cuidado de las pequeñas y ése era su trabajo. Aunque tampoco se alejaba demasiado, y daba gusto observar su actitud hacia las comadres que trabajaban de manera directa y permanente al servicio de la infancia del país. En cuanto a las bebés... un grupo de aquellas queridas pequeñas jugaban desnudas en pequeños parques de verde césped, limpios y despejados; o sobre suaves alfombras; o en poco profundos estanques de cristalinas aguas; brincando con alegres risas de bebés... una visión de felicidad infantil como la que yo nunca había soñado.

Las nenas se criaban en la zona más cálida y gradualmente se las iba aclimatando al frío de las alturas.

A los diez o doce años se veía jugar a robustas niñas entre la nieve con tanta alegría como nuestros niños en la playa; hacían numerosas excursiones durante las que recorrían de un extremo a otro el país, a fin de lograr que en todas partes se sintieran como en su casa.

Todo el país era suyo y estaba a su disposición para que pudieran estudiarlo, amarlo, utilizarlo, servirlo; igual que los niños de nuestro país proyectan llegar a ser «soldados» o «vaqueros», y las niñas sueñan con la casa o con el número de hijos que tendrán, quéllas charlaban, libre y gozosamente, y con gran animación, sobre la manera en que pensaban ser útiles a su país cuando fueran mayores.

La activa felicidad de aquellas niñas y muchachas fue lo primero que me hizo comprender la estupidez de la creencia, tan común entre nosotros, de que la vida sólo es y será feliz si hay que luchar por ella. A la vista de aquella juventud, tan llena de vigor, de alegría y de impaciencia de vivir, tuve que modificar tan radicalmente mis ideas que nunca más han vuelto a ser las mismas. El sólido nivel de salud de que gozaban les inyectaba ese estímulo natural que acostumbramos a denominar «espíritu animal»... extraña combinación de términos más bien contradictorios. Se encontraban en un entorno inmediato agradable e interesante, y ante ellas se abría la perspectiva de largos años de estudio e investigación, el fascinante e inacabable proceso educativo.

Examinando sus métodos y comparándolos con los nuestros, fue creciendo en mí un extraño sentimiento de humildad respecto a nuestra raza de origen.

Ellador no comprendía mi asombro. Me lo explicaba todo con bondadosa paciencia, pero sorprendida de que requiriera tantas explicaciones, y con unas inesperadas preguntas por su parte que todavía me deprimían más.

Un día decidí confesarme con Somel, a solas, lejos de la presencia de Ellador. No me importaba hacer el tonto ante Somel... ella ya estaba acostumbrada.

-Necesito hacerte una consulta -le dije-. Tú sabes de sobras las tonterías de mi corazón, pero no quiero exhibirlas ante Ellador. ¿La pobre me cree tan inteligente! Ella sonrió, encantada.

-Es muy hermoso este nuevo y maravilloso amor entre vosotros -me dijo-. Todo el país está pendiente de ello, como es natural. ¿Cómo podemos ayudarlos?

Yo no había caído en ello. Es costumbre decir que a todo el mundo le gusta ver a un par de enamorados, pero tener un par de millones de personas pendientes de tu noviazgo... resulta bastante embarazoso.

-Explícame vuestra teoría de la educación -le dije-. En pocas palabras y de una forma comprensible para mí. Pero antes te diré lo que me desconcierta. Para facilitarte la

s cosas, nosotros creemos que debe obligarse al niño a ejercitar su mente. Creemos que es bueno para él superar los obstáculos.

-Claro que lo es -me dijo-. Nuestras niñas también lo hacen... les encanta.

Eso me desconcertó de nuevo. Si les encantaba, no podía ser pedagógico, pensé.

-Nuestra teoría es la siguiente -me dijo con voz cauta-. Para una criatura humana, la mente es algo tan natural como el cuerpo, una parte de su ser que crece y de la que pueden servirse y gozar. Intentamos nutrir, estimularla, ejercitarla igual que hacemos con el cuerpo. En pedagogía hay que distinguir, principalmente, entre lo que es necesario saber y lo que es necesario hacer. Seguro que vosotros también hacéis esta distinción, ¿no?

-¿Hacer qué? ¿Te refieres a ejercicios mentales?

-Sí. Éstas son las líneas generales de nuestro sistema... respecto a la nutrición de la mente, a la aportación de información, hacemos todo lo posible por satisfacer el apetito natural de los cerebros sanos y jóvenes; procuramos no sobrealimentarlos y ofrecerles la cantidad y variedad suficiente de impresiones, de acuerdo con la capacidad de asimilación de cada niña en particular. Ésta es la parte más sencilla. El otro aspecto consiste en saber graduar adecuadamente una serie de ejercicios capaces de estimular de la mejor manera el desarrollo de cada mente concreta, en cuanto a las facultades comunes a todas nosotras por un lado, y por el otro en cuanto a las facultades especiales que algunas poseemos. Esto es lo más delicado. Pero vosotros debéis de hacer algo muy parecido, ¿verdad?

-En cierto modo sí -dijo sin mucho entusiasmo-. Nuestro sistema no es tan desarrollado y sutil como el vuestro, ni mucho menos; pero cuéntame más cosas. ¿Cómo resolvéis el tema de la información? Da la impresión de que todas sabéis prácticamente de todo. ¿No es así?

Ella se rió, negándolo con la cabeza.

-De ninguna manera. En cuanto a conocimientos somos muy limitadas, como pudisteis comprobar enseguida. No sé si te has dado cuenta del revuelo que habéis causado entre todas nosotras con todas las cosas nuevas que nos habéis contado; la afección que miles de nosotras desean viajar a vuestro país, para aprender... aprender y aprender. Pero lo que sabemos puede dividirse, a grandes rasgos, en conocimientos comunes y conocimientos especializados. En cuanto a los primeros, hace tiempo que aprendimos a transmitirlos a nuestras hijas con la mayor economía de tiempo y de esfuerzo posible; en cuanto a los conocimientos especializados, todas tienen igual acceso a ellos, si desean estudiarlos. Algunas se especializan en una sola cosa, pero la mayoría siguen diversas especialidades, algunas para dedicarse a ellas como trabajo habitual, otras meramente como un medio para su desarrollo individual.

-¿Desarrollo?

-Sí. Cuando una se concentra demasiado en una sola actividad, las partes del cerebro que no se utilizan tienden a atrofiarse. Nosotras preferimos continuar estudiando, toda la vida.

-¿Qué estudiáis?

-Todo lo que sabemos de las diferentes ciencias. Dentro de nuestras limitaciones, tenemos bastantes conocimientos de anatomía, fisiología, alimentación... todo lo que mantiene la belleza y plenitud de la vida. Tenemos una ciencia botánica y una química, y otras, rudimentarias pero interesantes; y nuestra historia, con toda la psicología acumulada en ella.

-Unís la psicología con la historia... ¿no con la vida personal?

-Desde luego. Es nuestra, forma parte de nosotras y sus procesos ocurren entre nosotras, y va cambiando a medida que se suceden y progresan las generaciones. Realizamos un lento y metódico trabajo procurando que nuestro pueblo se desarrolle según estas líneas. ¡Es una gloriosa y espléndida tarea! Ver cómo nacen miles de bebés con mentes más claras y fuertes, con temperamentos más dulces, y con mayores capacidades... ¿No ocurre lo mismo en vuestro país?

Yo escurrí el bulto. Me acordé de quienes aseguran con pesimismo que la humanidad no ha progresado nada desde la época de los salvajes, que la única diferencia es que estamos mejor informados... una afirmación que nunca he apoyado.

-Sobre todo intentamos reforzar dos capacidades -añadió Somel-. A nuestro parecer, ambas son indispensables para una vida más noble: una clara y profunda capacidad de

discernimiento y una firme y adiestrada voluntad. Hacemos todo lo posible para reforzar a lo largo de la niñez y la juventud estas dos facultades de discernimiento y voluntad individuales.

-¿Forman parte de vuestro sistema educativo?

-Exactamente, la parte más importante. Ya habrás notado que ante todo procuramos criar a las bebés un entorno que nutra su mente sin fatigarla; les proporcionamos toda suerte de actividades interesantes en cuanto tienen edad para ello; primero nos ocupamos de las propiedades físicas, como es natural. Pero procuramos introducir muy pronto, cuidando siempre de que no represente un excesivo trabajo mental, una diversidad de opciones que les obliguen a escoger, opciones muy simples, con causas y consecuencias muy obvias. ¿Te has fijado en los juegos? En efecto, me había fijado en ellos. Las niñas siempre parecían estar jugando; o entreteniéndose solas con algo. Al principio me preguntaba a qué edad debían comenzar a ir a la escuela, y luego descubrí que no iban nunca. Se trataba de una educación permanente sin escuela.

-Hace mil seiscientos años que nos dedicamos a inventar juegos cada vez mejores para las niñas -prosiguió Somel.

Yo me la quedé mirando boquiabierto.

-¿Inventando juegos? -protesté-. ¿Haciendo nuevos juegos, quieres decir?

-Exacto -respondió-. ¿Vosotros no hacéis lo mismo?

Me acordé entonces de ciertos parvularios y del material creado por la signora Montessori, y respondí con cautela:

-A veces -pero luego añadí que la mayoría de nuestros juegos eran muy antiguos, se transmitían de una a otra generación desde hacía muchos siglos, y sus orígenes se remontaban a un pasado remoto.

-¿Y qué efecto tienen? -me preguntó-. ¿Desarrollan las facultades que vosotros deseáis fomentar?

Entonces me acordé de lo que dicen los partidarios del «deporte» y de nuevo le respondí con gran cautela que aquella era la idea, en parte.

-¿Y a las niñas les gusta? -le pregunté-. ¿Les gusta que se les den las cosas tan preparadas? ¿No prefieren los viejos juegos?

-Tú mismo has podido verlas -me contestó-. ¿Están más contentos, son más felices, se divierten en más vuestros niños?

De pronto me vino a la memoria el espectáculo de nuestros niños aburriéndose, sin saber qué hacer y lloriqueando: «¿Qué hago ahora?». Me acordé de los grupos y las bandas que merodeaban por las calles; de cómo son admirados quienes tienen la iniciativa de sugerir «algo que hacer»; de las fiestas de niños y de la abrumadora responsabilidad de los adultos que se afanan por mantenerlos entretenidos; y también de todos aquellos actos mal enfocados que denominamos «travesuras», los actos destructivos y absurdos, a veces perversos, que emprenden los niños cuando no saben qué hacer.

-No -contesté cabizbajo-. Creo que no.

La niña de Dellas no sólo nacía en un mundo cuidadosamente preparado para ella, lleno de las más fascinantes oportunidades y materiales con que aprender; además venía al mundo en el seno de una colectividad de maestras, maestras naturales y convenientemente preparadas cuya función era asistir a las niñas en su avance por el gran camino del conocimiento.

No había ningún misterio en sus métodos. Ideados a la medida de las niñas, resultaban ciertamente comprensibles para los adultos. Pasé muchos días con las más pequeñas, a veces solo, a veces acompañado de Ellador, y pronto comencé a sentir una enorme pena al pensar en mi niñez y en la de todos los niños que había conocido.

Las casas y los jardines diseñados especialmente para las niñas, eran lugares seguros, sin objetos con los que pudieran hacerse daño, sin escaleras, ni esquinas, ni pequeños objetos que pudieran tragarse, ni fuego, eran un perfecto paraíso para bebés. Se les enseñaba, lo más pronto posible, a utilizar y controlar sus cuerpos, y la verdad es que en mi vida había visto unas pequeñas que se sostuviesen tan firmemente sobre sus piernas, con tanta seguridad en el manejo de las manos y con una cabeza tan clara. Daba gusto observar a las pequeñas aprendiendo a caminar, no sólo sobre un suelo liso, sino también, un poco más tarde, por encima de una especie de pasarela de goma, elevada a un par de centímetros del mullido césped o de una tupida alfombra, cayéndose con infantiles chillidos de contento, para ponerse enseguida al final

de la fila con el propósito de intentarlo de nuevo. Desde luego, todos hemos observado cuánto les gusta a los niños subir a una cosa elevada y caminar sobre ésta. Pero nunca se nos ha ocurrido ofrecer esta forma tan simple de diversión y de educación física a nuestros pequeños.

Tenían agua a su alcance, claro, y sabían nadar incluso antes de aprender a caminar.

Al principio me pareció que el sistema cultural era excesivamente intenso, pero luego cambié de parecer al contemplar las largas jornadas soleadas llenas de goce físico y placido sueño que ocupaban los primeros años de la vida de aquellas celestiales criaturas. Y todo esto sin que jamás tuvieran la sensación de estar educándose, sin que sospechasen que con aquella combinación de divertidos experimentos y progresos estaban sentando las bases de la maravillosa solidaridad que tejerían con tanta firmeza entre ellas con el paso de los años. Ésa era una verdadera educación cívica.

X

## SU RELIGIÓN Y NUESTROS MATRIMONIOS

Me costó bastante comprender, como hombre, extranjero y cristiano (me definía tanto lo uno como lo otro), la religión de Dellas.

La divinización de la maternidad saltaba a la vista; pero había muchas más cosas, o, por lo menos, muchas más de las que en un primer momento creí interpretar.

Me parece que sólo fue al crecer mi amor hacia Ellador, a quien llegué a querer como jamás había imaginado que se pudiera querer a otra persona, y cuando empecé a aprender a detectar un poco su actitud íntima y su estado mental, que comencé a vislumbrar algunos detalles de la fe de esas mujeres.

Al preguntarle sobre ello, primero intentó explicármelo, pero al ver que no lo entendía, pasó a pedirme más datos sobre nuestra religión. Pronto descubrió que teníamos varias, que eran muy distintas entre sí, aunque con algunos puntos en común. Mi Ellador poseía

una mente clara y luminosamente metódica, de una perspicacia asombrosamente rápida. Hizo una especie de gráfico en el que, superponiendo las diferentes religiones según yo se las había descrito, y buscando su eje común, como si dijéramos, éste resultó ser la fe en una Fuerza Dominante, o algunas Fuerzas Dominantes, y la definición de un «Comportamiento Especial», consistente sobre todo en tabúes y destinado a complacer o a placar a dichas fuerzas. Determinados grupos de religiones presentaban otros rasgos comunes, pero en todas estaba presente esa Fuerza o Poder y una serie de cosas que era obligado o estaba prohibido hacer por su causa. No costó demasiado rastrear la imagen que hemos creado de este Fuerza Divina a través de las sucesivas fases de crueldad, sensualismo y orgullo por las que han pasado nuestras divinidades desde sus comienzos, hasta desembocar en la noción de un Padre Común con su corolario de la Fraternidad universal.

A ella le gustó mucho esta idea, sobre todo cuando yo le expliqué los atributos de Omnisciencia, Omnipotencia, Omnipresencia, etc., de nuestro Dios, y la doctrina de la bondad y de amor que predicaba su Hijo.

Como era de suponer, la historia de la Inmaculada Concepción no le extrañó, pero en cambio no comprendió lo del Sacrificio, ni la idea del Demonio y la Condenación.

Cuando, en un momento de distracción, le dije que algunas sectas creían en la condenación de los niños, explicándole en qué consistía, se quedó como paralizada, sin reaccionar.

-¿Y creen que Dios es Amor, Sabiduría y Poder?

-Sí... todo eso.

Me miró con ojos muy abiertos y se puso terriblemente pálida.

-¿Y sin embargo creen que ese Dios es capaz de quemar recién nacidos en el infierno.

... eternamente? -Vi que se ponía a temblar incontroladamente; que se levantaba y se iba, corriendo velozmente hacia el templo más cercano.

Cada población, por reducida que fuese, tenía un templo, encantadores lugares de ret

iro donde vivían sabias y nobles mujeres, calladamente ocupadas en tareas que ignoro, hasta que eran requeridas, siempre dispuestas a consolar, a esclarecer dudas, a ayudar a cualquiera que lo necesitase.

Más tarde Ellador me contó con cuánta facilidad la habían tranquilizado, y parecía avergonzada de no haber sabido superarlo sola.

-Verás, no estamos acostumbradas a las ideas horribles -me dijo al regresar, bastante compungida-. Es que no las tenemos. Y cuando nuestra mente entra en contacto con una cosa así... oh, es como si nos echaran pimienta a los ojos. Por eso me fui corriendo a verla, ciega y casi gritando, y ella me calmó enseguida... ¡con tanta facilidad!

-¿Cómo? -pregunté muy intrigado.

-«Pero, hija, te has equivocado por completo», me dijo. «No tienes por qué creer que semejante Dios haya existido jamás... de hecho, no es verdad. O que algo así puede suceder. No, una cosa así... es imposible. Ni que nadie se haya creído semejante disparate. Piensa solamente que la gente totalmente ignorante es capaz de creer cualquier cosa... y eso tú ya lo sabías».

»De todos modos -prosiguió Ellador- se puso pálida, unos minutos, al oírme.»

Para mí fue una lección. Comprendí por qué toda aquella población femenina era tan pacífica y dulce... porque carecían de ideas horribles.

-Pero algunas tendríais, al principio -sugerí.

-Sí, claro, indudablemente. Pero al crecer nuestra religión, las desechamos por completo.

A partir de este y otros datos, llegué a la siguiente conclusión, que finalmente le comuniqué en palabras:

-¿No respetáis el pasado? ¿Lo que pensaron y creyeron vuestras ancestras?

-No, claro que no -me dijo-. ¿Por qué tendríamos que hacerlo? Todas han desaparecido. Sabían menos que nosotras. Si no las superásemos, no seríamos dignas de ellas, como tampoco seríamos dignas de las hijas que necesariamente tendrán que superarnos.

Esto me dio mucho que pensar. Yo siempre me había imaginado, meramente y de tanto oírlo decir, supongo, que las mujeres eran, por naturaleza, conservadoras. Sin embargo, aquellas mujeres, con total independencia del espíritu emprendedor normalmente calificado de masculino, habían ignorado el pasado, construyendo valientemente de cara al futuro.

Ellador me miraba mientras reflexionaba así. Daba la impresión de conocer muy bien mis pensamientos.

-Supongo que se debe a que partimos de cero. Nuestro pueblo quedó bruscamente aniquilado y entonces, pasados los primeros tiempos de desesperación, llegaron las primeras y sorprendidas hijas... las primeras. Y todas nuestras esperanzas se concentraron en ellas... y en sus hijas, ¡en la posibilidad de que las tuvieran! ¡Y las tuvieron! Siguió una época toda orgullo y triunfo, hasta que llegamos a ser demasiadas; y después, una vez reducidas a tener una hija cada una, comenzó el trabajo en serio... para lograr hijas mejores.

-¿Pero qué relación tiene esto con la diferencia radical de vuestra religión? -insistí yo. Ella me respondió que su desconocimiento de las otras religiones le impedía comparar las debidamente con la suya, pero que, en su opinión, ésta era de una gran simplicidad. El gran Espíritu Maternal en que creían era análogo a su propio sentimiento maternal, pero ampliado hasta una dimensión sin límites humanos. Por lo tanto, se sentían apoyadas y respaldadas por un amor infalible; tal vez se tratase en realidad del efecto de todo el amor maternal acumulado por su raza. En todo caso, era una Fuerza.

-¿Qué idea tenéis de la devoción? -le pregunté.

-¿Devoción? ¿Qué es eso?

Me costó mucho explicárselo. Resultó que aquel Amor Divino que sentían con tanta intensidad, no les exigía nada a cambio.

-Igual que no nos lo exigen vuestras madres -me dijo.

-Pero seguramente vuestras madres os deben exigir respeto, reverencia, obediencia. ¿Tendréis que hacer algo por ellas, no?

-No, no -insistió ella sacudiendo su suave cabello oscuro-. Las cosas las hacemos gracias a ellas, no para ellas. Ellas no necesitan nada de nosotras. Pero tenemos que continuar viviendo -espléndidamente- a causa de ellas; y eso mismo sentimos



con respecto a Dios.

Reflexioné de nuevo. Reflexioné sobre nuestro Dios de las guerras, sobre nuestro Dios Celoso y Vengativo. Y pensé en nuestra gran pesadilla mundial: el Infierno.

-¿No tenéis, entonces, ninguna teoría del castigo eterno?

Ellador se echó a reír. Los ojos le brillaban como luceros y vi que en ellos había lágrimas. Sentía pena por mí.

-¿Cómo podríamos...! -exclamó con suficiente claridad-. Si no tenemos castigos en la vida, tampoco los imaginamos después de la muerte.

-¿Es cierto que nunca castigáis? ¿Ni a las niñas ni a las delincuentes, por las leves faltas que todavía cometan? -pregunté.

-¿Castigáis vosotros a las personas porque se han roto una pierna o porque tienen fiebre? Tenemos remedios preventivos, y curas; a veces es necesario «mandar al enfermo a la cama», pero no como castigo, sino como parte del tratamiento -explicó.

Después, analizando con mayor detalle mi punto de vista, añadió:

-En nuestra noción de maternidad humana reconocemos la existencia de una fuerza ilimitada, muy grande y tierna, que nos eleva, dotada de una gran paciencia, mucha sabiduría y gran sutileza de delicados métodos. Dios, nuestra idea de Dios, tiene para nosotras todas estas cualidades y más. Nuestras madres nunca se enfadan con nosotras... ¿por qué habría de enfadarse Dios?

-¿Os imagináis a Dios como una persona?

Reflexionó unos minutos antes de responder a esto.

-Mira, cuando queremos acercar el concepto a nuestras mentes, personificamos la idea, como es natural; pero no creemos que exista en algún lado una Gran Mujer que sea Dios. Denominamos Dios a un Poder Omnipresente, a un Espíritu que lo impregna todo y que mora en nuestro interior. ¿Es vuestro Dios un Gran Hombre? -me preguntó con inocencia.

-Pues sí, para la mayoría lo es. También lo llamamos Espíritu como vosotras, algo que existe en el interior de los seres, pero a pesar de esto nos lo imaginamos como El, como una persona, como un Hombre... con larga barba.

-¿Con barba? ¡Ah, claro, vosotros lleváis barba! ¿O la lleváis porque la lleva El?

-Al contrario, nos afeitamos porque nos parece más higiénico y más cómodo.

-¿Usa ropas... creéis que las usa?

Traté de recordar las imágenes de Dios que había visto, las proyecciones de la devoción del hombre, aquella Divinidad Omnipotente representada en la figura de un anciano envuelto en amplios ropajes, con largos cabellos flotando, y una gran barba, una imagen que, ante la franqueza e inocencia de la mirada de Ellador, más bien en me avergonzó.

Le expliqué que, de hecho, el Dios del mundo cristiano era el antiguo Dios de los hebreos, y que nosotros nos habíamos limitado a tomar su idea patriarcal, la antigua noción que atribuye a Dios las cualidades del patriarca, del abuelo.

-Comprendo -dijo ella, interesada, cuando yo le hube expuesto el origen y el desarrollo de nuestros ideales religiosos-. Vivían en grupos separados, encabezados por un varón que sería bastante autoritario, supongo.

-Desde luego -estuve de acuerdo.

-Mientras que nosotras vivimos juntas, sin «autoridad» en este sentido, orientadas sólo por personas de nuestra elección. Claro, esto explica las diferencias.

-La diferencia es más profunda que esto -aseguré yo-. Radica en vuestro concepto de la maternidad. Vuestras hijas crecen en un mundo en el que todas las quieren. El amor y la sabiduría general de todas las madres han enriquecido y hecho placentera su vida. Por eso os es fácil imaginaros un Dios en términos similares, un Dios que es todo amor. Creo que estáis más cerca de la verdad que nosotros.

-Lo que no entiendo -dijo ella con cautela- es vuestra insistencia en conservar un pensamiento muy antiguo. La noción patriarcal debe de tener miles de años, ¿no?

-Oh, sí, cuatro, cinco o seis mil años... tal vez más.

-Sin embargo, habéis progresado maravillosamente en otros campos, ¿no es así?

-Por descontado. Pero la religión es algo distinto. Nuestras religiones son anteriores a nosotros y han sido fundadas por algún maestro ya muerto. Se supone que el maestro lo sabía todo y que sus enseñanzas son definitivas. A nosotros sólo nos toca creer... y obedecer.

-¿Quién fue ese gran maestro hebreo?

-Oh... con los hebreos fue distinto. La religión hebrea es un conjunto de tradiciones extremadamente antiguas, algunas más antiguas que el propio pueblo, que creció con el tiempo, por acumulación. Las consideramos inspiradas... «por la Palabra de Dios».

-¿Cómo lo sabéis?

-Porque así está escrito.

-¿Escrito literalmente? ¿Quién lo escribió?

Traté de recordar algún texto que lo dijera, pero no pude hacerlo.

-Sea como sea -prosiguió-, lo que no entiendo es cómo habéis podido conservar ideas tan antiguas sobre la religión durante tanto tiempo. Sin duda habéis cambiado las ideas sobre otras materias.

-En general, sí -estuve de acuerdo-. Pero lo que considerarnos «religión revelada», es inabarcable. Pero, cuéntame algo más de vuestros pequeños templos -urgi-. De esas Madres que viven en ellos, a quienes acudís a veces.

Me dio una larga lección sobre religión aplicada que trataré de resumir aquí.

Inicialmente desarrollaron su teoría central de una Fuerza Amorosa a la cual atribuyeron una relación maternal con ellas... esa Fuerza deseaba su bienestar y progreso. Por su parte le correspondían con una estima filial y amorosa, y una excelente disposición a satisfacer sus elevados deseos. Después, su gran sentido práctico las llevó a aplicar su activa inteligencia a averiguar qué conducta serviría mejor a tales propósitos. El resultado fue un admirable sistema de principios éticos, centrado en el principio del Amor, universalmente reconocido... y también practicado.

La paciencia, la gentileza, la cortesía, todo lo que nosotros consideramos «buenos modales», formaban parte de su código de conducta. Pero nos superaban con creces en la incorporación práctica de su sentimiento religioso a todas las facetas de la vida.

Carecían de ritual, de «ceremonias a la divinidad», excepto los desfiles o procesiones de que ya os he hablado y que eran de índole pedagógica y sobre todo social, además de religiosa. Pero en cambio, mantenían una clara conexión entre todas sus actividades y Dios. Sus hábitos de limpieza, de higiene, el exquisito orden, la serena belleza que se observaba en todo el país, la felicidad de sus hijas y, sobre todo, el progreso constante en que estaban empeñadas, todo ello formaba parte de su religión. Se dedicaron a reflexionar sobre la idea de Dios y llegaron a la conclusión de que era una fuerza interna que exigía una manifestación exterior. Vivían como si Dios existiera y obrase realmente dentro de cada una de ellas.

En cuanto a los pequeños templos que se levantaban en todas partes, había mujeres espontáneamente más dotadas que las demás para esas materias. Y éstas, independientemente de cuál fuera su trabajo en la vida, dedicaban un número determinado de horas al Servicio del Templo, el cual consistía en permanecer allí dispuestas a ofrecer todo su amor, su sabiduría y capacidad de reflexión para allanar el camino de quien lo necesitase. Algunas acudían a ellas con un auténtico pesar; otras, más raras veces, a causa de una disputa, y las más con una duda; incluso en Dellas el alma humana pasaba por momentos de oscuridad. Pero en ninguna parte del país faltaban las que, con su sabiduría superior, estaban dispuestas a ayudar.

Si la dificultad era desusadamente grave, la mujer era remitida a una persona más cualificada para orientarla en sus dudas.

Hete aquí una religión capaz de ofrecer a la mente inquisidora una base racional para la vida, el concepto de una gran Fuerza Amorosa que se manifiesta a través de las personas y las orienta a hacer el bien. Una religión que ponía en contacto el «espíritu» con la fuerza interior, con la percepción de la finalidad última que todos anhelamos. Y ofrecía al «corazón» el consolador sentimiento de saberse querido, querido y comprendido. Una religión con unas sencillas, simples y útiles normas de vida, que también explicaba las razones para vivir. En cuanto al ritual, en primer lugar contaba con las ya descritas manifestaciones colectivas, en que grandes multitudes parecían renacer al son rítmico de la procesión y la danza, de las canciones y la música, en las que ninguna de sus artes y oficios quedaba excluido, en medio una exhibición de sus más nobles productos, entre la belleza de su despejado paisaje de sus valles y colinas. Y en segundo lugar, les ofrecía aquellos pequeños centros de sabiduría donde las menos doctas podían recibir el consejo y consuelo de quienes estaban capacitadas para darlo.

-¡Es maravilloso! -exclamé con entusiasmo-. Es la religión más práctica, más consoladora y más

progresista que jamás he conocido. Os queréis las unas a las otras de verdad, os ayudáis realmente a cargar con vuestras penas, os dais auténticamente cuenta de que la niñez es una suerte de reino del paraíso. Sois más cristianas que ninguno de los cristianos que conozco. Pero no me has hablado de la muerte. Ni de la vida eterna. ¿Qué os enseña vuestra religión sobre la eternidad?

-Nada -dijo Ellador-. ¿Qué es la eternidad?

¡Vaya pregunta! Por primera vez en mi vida traté de explicarlo, de comprender realmente la idea.

-Algo que no tiene fin.

-¿Que no tiene fin? -repitió sin entender.

-Sí, la vida que continúa siempre.

-¡Ah, sí!, esto también lo decimos nosotras. Claro, la vida no se detiene nunca, continúa incesantemente en todas partes.

-Pero es que la vida eterna continúa sin la muerte.

-¿Te refieres a una misma persona?

-Sí, la persona es inmortal, no termina nunca. -Me enorgullecía poder enseñarle alguna cosa de mi religión que fuese desconocida para la suya.

-¿Aquí? -me preguntó Ellador-. ¿Nunca muere... aquí? -Me percaté de que con su mentalidad práctica, ya estaba pensando dónde podría caber todo el mundo, por lo que me apresuré a tranquilizarla.

-No, no, aquí no. En un más allá. Aquí nos morimos, a la fuerza, pero luego pasamos a una vida eterna. El alma no muere nunca.

-¿Y cómo sabéis que es así? -me preguntó.

-No es cuestión de intentar demostrártelo ahora -contesté yo rápidamente-. De momento, supongamos que es así. ¿Qué te parece la idea?

Ella volvió a ofrecerme una de sus adorables sonrisas, llenas de ternura y malicia, muy maternal.

-¿Puedo serte absolutamente sincera?

-Lo serías aunque no quisieras -le dije, alegrándome y lamentando a la vez que así fuera. La transparente honestidad de aquellas mujeres era un constante motivo de asombro para mí.

-Me parece una idea singularmente rara y absurda -me dijo con tranquilidad-. Y nada agradable, de ser cierta.

A mí jamás se me había ocurrido dudar de la doctrina de la inmortalidad personal. Siempre me habían parecido innecesarios los esfuerzos de los espiritistas, que intentaban demostrarla invocando a los espíritus queridos. He de reconocer, sin embargo, que tampoco había reflexionado seriamente sobre ello; simplemente la había aceptado como un hecho establecido. Y ahora la chica a quien amaba, el ser humano que no paraba de manifestarse con alturas y horizontes insospechados para mí, una supermujer de un superpaís, me decía que, a su juicio, la inmortalidad era un absurdo. Y lo decía en serio.

-¿Para qué sirve? -me preguntó.

-¿No te gusta la idea? -protesté yo-. ¿Prefieres apagarte como una vela? ¿No quieres continuar siendo feliz, creciendo, para siempre?

-Bueno, no -me dijo-. Ni soñarlo. Quiero que viva mi hija, y la hija de mi hija, como lo harán. Con eso me basta. ¿Para qué voy a continuar viviendo yo personalmente?

-¿Porque significa el paraíso! -insistí-. La Paz, la Belleza, la Comodidad y el Amor... con Dios. -Yo nunca había hablado con tanta vehemencia sobre la religión. Comprendía que le horrorizase la idea de la condenación y que pusiera en duda la justicia de la salvación, pero la inmortalidad me parecía una idea muy noble.

-¡Van, Van! -me dijo, extendiendo sus manos hacia mí-. ¡Querido Van! Me alegra tanto que te lo tomes tan a pecho. Es lo que todas deseamos, naturalmente: ¡Paz, Belleza, Comodidad y el Amor con Dios! Y también el progreso, no lo olvides; crecer siempre, continuamente. Es lo que nuestra religión nos enseña es la razón de nuestro trabajo.

-Pero tú hablas de la vida aquí -dijo-, en la tierra.

-¿Y qué? ¿No lo conseguís también en vuestro país, con vuestra maravillosa religión de amor y de dedicación, en esta vida, en la tierra?

Ninguno de los tres tenía el menor deseo de hablarles a las mujeres de Dellas de l

os males que aquejaban a nuestro bienamado país. Una cosa era aceptarlos como necesarios y esenciales, y criticar, rigurosamente en privado, su excesivamente perfecta civilización, y otra tener el valor de confesarles los fracasos y derroches de la nuestra.

Además, preferíamos no discutir tanto y abogar por la conveniencia de apresurar nuestras bodas.

En este tema, el más determinado era Jeff.

-Es comprensible que no tengan ceremonias o servicios religiosos, pero podemos casarnos según una variación del rito de los cuáqueros, por ejemplo, en uno de los templos... me parece que es lo mínimo que podemos hacer por ellas.

Lo era. Era tan poco, bien pensado, lo que podíamos hacer por ellas. Allí estábamos, sin un céntimo, extranjeros, sin oportunidad de hacer uso de nuestra fuerza y valentía, sin nada contra qué defenderlas o protegerlas.

-Lo mínimo que podemos hacer es darles nuestros nombres -insistió Jeff.

Ellas se mostraron muy complacientes y dispuestas a hacer lo que les pedíamos, a satisfacer nuestros deseos. Pero en cuanto a los nombres, Alima, con su característica franqueza, nos preguntó de qué iban a servirles.

Terry, sin poder remediarlo, dijo como a propósito para irritarla que era una señal de propiedad.

-Serás la señora Nicholson -dijo-. La señora de T. O. Nicholson, para que todo el mundo sepa que eres mi esposa.

-¿Qué es exactamente una «esposa»? -preguntó ella con un alarmante brillo en los ojos.

-La esposa es la mujer que pertenece a un hombre -le aclaró él.

Pero Jeff se apresuró a atajarlo, diciendo:

-Y marido es el hombre que pertenece a una mujer. Son conceptos derivados del hecho que somos monógamos, como bien sabes. Y el matrimonio es la ceremonia, civil y religiosa, en que se unen las parejas «hasta que la muerte nos separe» -citó mirando con lánguida devoción a Celis.

-Nos sentimos inútiles al no tener nada que ofreceros, salvo, claro, nuestros nombres -dijo yo.

-¿No tienen nombre vuestras mujeres antes de casarse? -preguntó bruscamente Celis.

-Sí, claro -le aclaró Jeff-. Tienen su nombre de solteras... es decir, el nombre del padre.

-¿Y qué pasa con ese nombre? -preguntó Alima.

-Lo cambian por el del marido, querida mía -fue la contestación de Terry.

-¿Los cambian? ¿Y los maridos toman los nombres que tenían ellas de solteras?

-No, no -dijo riendo-. El hombre conserva el suyo y lo da a su mujer.

-Es decir, que ella pierde el suyo y toma otro... qué desagradable. ¡Nosotras no estamos dispuestas a eso! -afirmó con contundencia Alima.

Terry se lo tomó con buen humor.

-No me importa lo que hagáis con la condición de que nos casemos pronto -dijo alargando su morena y robusta mano para tocar la no menos morena y robusta de Alima.

-Sobre eso de que no tengáis nada que ofrecernos, a pesar de que comprendemos que os duela, nos gusta que sea así -prosiguió Celis-. Nosotras os queremos tal como sois, y no nos gustaría que nos pagarais nada. ¿No os basta saber que sois queridos personalmente, y sólo como hombres?

Independientemente de si nos bastaba o no, en esos términos nos casamos. Fue una gran boda triple en el templo más grande del país, en presencia de toda la población, o al menos eso nos pareció. Fue una ceremonia muy solemne y hermosa. Se cantó una canción compuesta especialmente para la ocasión, que hablaba de la Nueva Esperanza para el pueblo, del Nuevo Vínculo con otros pueblos, de la Fraternidad que en adelante se sumaría a la Sororidad y, con temeroso respeto, de la Paternidad.

A Terry le desazonaba oír hablar de la paternidad de aquella manera.

-Cualquiera diría que somos sumos sacerdotes de... ¡la Filogénesis! -se quejó-. Estas mujeres no piensan más que en los hijos. ¡Ya les enseñaremos nosotros!

Lo vimos tan seguro de lo que les iba a enseñar, y a Alima tan volátil en sus reacciones, que Jeff y yo comenzamos a temer lo peor. Intentamos advertirle, pero fue inútil. Irguió su hermoso y fuerte corpachón, ensanchó el pecho y se echó a reír.

-Nos casamos los tres por separado -dijo-. Yo no me meteré en vuestras vidas y, por lo tanto, os ruego que no os entrometáis en la mía.

Llegó el gran día y con él un interminable río de mujeres y nosotros tres, los novios, sin ningún testigo que nos asistiera ni presencia masculina que nos apoyara, nos sentíamos extrañamente insignificantes cuando nos acercamos al altar.

Somel, Zava y Moadine estaban cerca, cosa que agradecemos de veras; hicieron las veces de familia, en cierto modo.

Hubo una procesión magnífica, con danzas y la nueva antífona. El gran templo vibraba de emoción, lleno de profundo respeto, de dulce esperanza, de intrigadas expectativas ante el nuevo milagro que se anunciaba.

-¡Nunca habíamos sentido nada igual desde que comenzó nuestra Maternidad! -me susurró Somel, mientras contemplábamos el simbólico desfile-. Compréndelo, es el amanecer de una nueva era. No tenéis idea de lo muchísimo que significáis para nosotras. No se trata sólo de la Paternidad, del nuevo concepto de pareja, del milagro de la cópula engendradora de vida, sino que, además, aparece un nuevo sentimiento, el de la Fraternidad. Vosotros significáis el resto del mundo. A través de vosotros nos ligamos a vuestra raza y a todos los pueblos desconocidos que jamás hemos visto. Esperamos llegar a conocerlos, a quererlos y a ayudarlos, y a aprender de ellos. ¡Ah! ¡No podéis ni imaginarlo!

Un millar de voces se alzaron para entonar ese gran Himno a la Vida Futura. Junto al Altar de la Maternidad, coronado de flores y frutos, se había erigido otro, también lleno de flores y frutos. Ante la Gran Madre del País y su círculo de Sumas Consejeras del Templo, ante la multitud de serenas matronas y dedicadas muchachas, avanzaron nuestras tres escogidas, y nosotros, los únicos tres hombres del país, las tomamos de la mano y pronunciamos los votos matrimoniales.

## XI

### NUESTRAS DIFICULTADES

Solemos decir que «el matrimonio es una lotería» y también que «los matrimonios se deciden en el cielo», aunque lo segundo no es tan ampliamente aceptado como lo primero.

Tenemos la bien fundada teoría de que lo menos arriesgado es casarse con una persona «de la propia clase»; los matrimonios internacionales nos despiertan algunos justificados recelos y parecen seguir celebrándose más por consideraciones de progreso social que pensando en el bien de los contrayentes.

Pero dudo que exista combinación de razas, color, casta o creencias más fundamentalmente difícil de conjugar que la nuestra: el enlace de tres norteamericanos modernos con tres mujeres de Dellas.

De nada serviría decir que debiéramos de haberlo discutido abiertamente de antemano.

Ya habíamos hablado con franqueza. Habíamos comentado de sobras, al menos Ellador y yo, las circunstancias de lo que llamábamos la Gran Aventura, hasta que creímos eliminados todos los obstáculos del camino. Pero damos por sentadas ciertas cosas, su ponemos que nos entendemos sobre algunos detalles que cada cual puede mencionar continuamente, sin darnos cuenta de que cada uno utiliza de manera completamente distinta los mismos términos.

Las diferencias de educación entre un hombre y una mujer comunes son considerables, pero generalmente esto obra sólo en detrimento de ella; en general, el hombre casi siempre consigue imponer su punto de vista. Es muy frecuente que la mujer se imagine las condiciones de la vida matrimonial de manera muy diferente de lo que resultan ser luego; pero lo que la mujer se haya podido imaginar, o no haya sabido, o pueda preferir, no cuenta demasiado.

Ahora, después de muchos años de reflexión y crecimiento personal, puedo comprenderlo y hablar de ello claramente, pero en aquella época fue una dura experiencia, sobre todo para Terry. ¡Pobre Terry! Veréis, en cualquier otro matrimonio entre personas de la tierra, la mujer, sea negra, piel roja, amarilla, morena o blanca, educada

o analfabeta, sumisa o rebelde, lleva encima todo un bagaje de tradiciones matrimoniales que son comunes a nuestra historia general. Según esta tradición, la existencia de la mujer está supeditada a la del hombre. Él continúa haciendo lo suyo, y ella se adapta a él. Incluso en la cuestión de la ciudadanía, no sé muy bien en virtud de qué combinación, se llegó a la decisión de que, independientemente de los factores geográficos o de nacimiento, la mujer debería adquirir, automáticamente, la nacionalidad del marido.

Pues bien, allí estábamos los tres, extranjeros en este país de mujeres. Era un área relativamente pequeña, y las diferencias exteriores no nos habían parecido apabullantes. No nos habíamos dado cuenta de las diferencias entre la mentalidad de aquel pueblo y la nuestra.

Para empezar, la «pureza de su raza» databa de un aislamiento ininterrumpido durante dos mil años. A diferencia de lo que ocurre entre nosotros, donde largas tradiciones de pensamiento y sensibilidad coexisten con una gran variedad de diferencias, a menudo irreconciliables, aquella gente exhibía una firme conformidad sobre los principios generales de la vida a salvo de toda incertidumbre o conflicto. Una conformidad que no sólo era de principios, sino también en la puesta en práctica de los mismos desde hacía más de sesenta extrañas generaciones.

Éste era un aspecto que no habíamos alcanzado a comprender... y no habíamos tenido en cuenta. Cuando, durante nuestros diálogos prematrimoniales, alguna de ellas afirmaba «nosotras lo vemos así y así», o bien «creemos que lo cierto es esto», nosotros, los hombres, con nuestra profunda fe en el poder del amor y nuestra actitud un tanto frívola frente a la cuestión de principios y creencias, no dudamos que sería fácil hacerlas cambiar de opinión. Pero lo que habíamos imaginado antes del matrimonio tuvo tan poco peso como los sueños y fantasías de una inocente muchacha. Descubrimos que la realidad era diferente.

No era que no nos quisieran; nos amaban profunda y tiernamente, pero entendían por «amor» algo muy distinto que nosotros.

Os parecerá tal vez muy frío que hable de «nosotros» y de «ellas», como si no hubiéramos formado parejas separadas, con nuestras propias alegrías y penas, pero lo cierto es que nuestra condición de extranjeros acababa siempre por unirnos frente a ellas. Toda la extraña experiencia había afianzado nuestra amistad, transformándola en una relación mucho más estrecha e íntima de la que habríamos llegado a establecer durante toda una vida en las condiciones menos difíciles y más relajadas de nuestra existencia en nuestro país. Además, como varones con más de dos mil años de tradición masculina detrás, formábamos una unidad, compacta aunque pequeña, frente al bloque mucho más amplio de sus tradiciones femeninas.

Espero resultar suficientemente claro sobre el tema sin necesidad de entrar en detalles demasiado penosos. El desacuerdo más aparente fue en lo concerniente al «hogar» y a los deberes -y placeres- domésticos que nosotros, por instinto y por largos años de educación, creíamos inherente a la condición femenina.

Dos ejemplos, uno con seres de categoría inferior, otro con seres de categoría superior, servirán para ilustrar nuestra gran decepción.

Empezando por el primero, imaginaos que una hormiga macho, procedente de una existencia en que las hormigas viven en pareja, desea fundar un hogar con una hormiga hembra, procedente de un hormiguero muy evolucionado. La hormiga hembra seguramente siente un fuerte afecto personal por la hormiga macho, porque sus ideas sobre la familia y la organización económica se sitúan en un plano muy diferente a las suyas. Si todo esto ocurriera en el país de las hormigas aparejadas, la hormiga hembra no tendría más remedio que adaptarse y la masculina se saldría con la suya, pero si fuera el macho el que se encontrara en el hormiguero de ella...

Pasando al segundo ejemplo, imaginaos un hombre de naturaleza apasionada y fiel, que quiere fundar un hogar con una dama angelical, todo alas, aureola y arpa, acostumbrado a realizar misiones divinas por el mundo interestelar. El ángel quiere al hombre con un amor que él es incapaz de corresponder, e incluso de apreciar, porque sus ideas de dedicación y servicio pertenecen a una escala diferente. Por su puesto, si la angelical dama se encuentra sola y perdida en el mundo de los hombres, el hombre conseguirá hacer lo que quiera con ella; pero si es el hombre el que se halla perdido y solo en el mundo de los ángeles...

Terry, en sus peores momentos, llevado por una rabia negra que yo, como hombre,

no podía por menos que comprender, prefería el símil de las hormigas. Pero ya hablaré de Terry largo y tendido más adelante. Lo pasó realmente muy mal.

En cuanto a Jeff... bueno Jeff, en cierto modo, era demasiado bueno para pertenecer a este mundo. De haber vivido en otros tiempos habría sido un santo sacerdote.

Aceptó la teoría del ángel, la asimiló e intentó hacérsela aceptar... con resultados variables. Adoraba y reverenciaba en grado sumo a Celis, y no sólo a ella, sino también a todo cuanto representaba; se había convencido plenamente de la superioridad casi sobrenatural de aquel país y de su gente, y aceptó la amarga medicina, no diré que como «todo un hombre», sino más bien como si no lo fuera.

No se confundan, no quiero decir con ello que Jeff fuera un blandengue, un santurrón, o un calzonazos. Era un hombre valiente, fuerte y eficiente, muy capaz de luchar si era necesario, pero con unas gotas de sangre de ángel en las venas. Lo sorprendente era que Terry, tan distinto a él, lo quisiera tanto; pero ya se sabe, cosas así suceden a veces, a pesar de las diferencias... o quizá precisamente a causa de ellas.

En cuanto a mí, yo estaba en un punto intermedio. No era un alegre Lothario como Terry, ni un Galahad como Jeff; pero, pese a todas mis limitaciones creo que estaba más habituado que ellos a reflexionar sobre las cuestiones relacionadas con el comportamiento. Y lo que sí os puedo asegurar es que tuve que emplear a fondo mi capacidad de reflexión.

La gran discrepancia entre nosotros y nuestras esposas estribaba en la índole misma de la relación.

-¡Esposas! ¡No me hables de esposas! -tronaba Terry-. Ellas no saben lo que significa esta palabra.

Y así era en efecto... no tenían ni idea de su significado. ¿Cómo iban a tenerla? En sus anales prehistóricos de poligamia y esclavitud no existían ideales matrimoniales como los nuestros y no habían tenido ocasión de crearlos posteriormente.

-¡Lo único que ven en un hombre es la Paternidad! -dijo sarcásticamente Terry-. ¡La Paternidad! ¡Como si el hombre sólo deseara ser padre!

Lo cual también era cierto. Con su larga, amplia, honda y rica experiencia de la Maternidad, su única percepción del valor del varón era en términos de Paternidad.

Y más allá de ésta estaba, naturalmente, el amor personal, un amor que, en palabras de Jeff, «sobrepasaba el amor de las mujeres». Era verdad. No os podría describir, ni ahora, tras mi larga y dichosa vivencia de él, ni como lo veía entonces bajo el primer impacto del asombro, la belleza e intensidad del amor que nos dieron.

Incluso Alima, con su temperamento mucho más tormentoso que las otras dos, y con su mayor capacidad de provocación, incluso ella demostró una paciencia, una ternura y una sabiduría inmensas en su amor por el hombre escogido, hasta que él... pero todavía no ha llegado el momento de hablar de eso.

Nuestras «supuestas esposas», como decía Terry, continuaron trabajando en su profesión de silvicultoras. Nosotros, al carecer de especialización, nos habíamos transformado en sus ayudantes. Algo teníamos que hacer, por lo menos en algo teníamos que ocupar el tiempo, y necesariamente tenía que ser algún tipo de trabajo... no podíamos pasarnos el resto de la vida jugando.

Es decir, que pasábamos los días al aire libre, con las chicas, y casi siempre juntos... demasiado juntos, a veces.

Aquel pueblo tenía un intenso, elevado y delicado respeto por la intimidad personal, pero les era completamente extraña la idea de la solitud à deux que nosotros tanto anhélábamos. Habían hecho realidad la teoría de las «dos habitaciones con cuarto de baño» para todas. Desde muy pequeñas, cada una disponía de su propio dormitorio con lavabo individual, y una de las señales de que se era mayor de edad era poder contar con una segunda habitación para recibir a las amigas.

Hacia mucho tiempo que a nosotros también nos habían destinado dos habitaciones para cada uno y, en atención a nuestras diferencias de raza y de sexo, éstas se encontraban en una casa separada. Parecían aceptar el hecho de que nos encontraríamos más a gusto si podíamos hablar francamente y en privacidad entre nosotros.

En cuanto a la comida, o bien íbamos a una casa de comidas de allí cerca, o bien encargábamos que nos trajeran algún plato preparado o nos lo llevábamos al bosque. La comida era siempre invariablemente buena, y nos habíamos plegado con gusto a estas co

stumbres... mientras duró el noviazgo.

Después de la boda los tres sentimos la necesidad de establecernos en casas separadas, pero ésta no encontró eco en el corazón de aquellas encantadoras damas.

-Ya estamos solos, querido -me dijo Ellador con gentil paciencia-. Estamos solos en medio de estos grandes bosques; podemos ir a comer a cualquiera de las casitas de verano, los dos solos, o reservar una mesa separada en cualquier parte... o incluso comer a solas en nuestras habitaciones. ¿Cómo es posible estar más solos? Todo eso era verdad. Disfrutábamos de una agradable soledad de pareja durante el trabajo, y por las noches, cuando nos retirábamos a charlar a nuestras habitaciones; en cierta manera, era como una prolongación de los pequeños placeres propios del período del noviazgo; pero todo ello sin el sentido de... tal vez debiera llamarlo de propiedad.

-Más hubiera valido no casarse -gruñía Terry-. Se avinieron a celebrar la ceremonia para darnos gusto... a Jeff, especialmente. No tienen idea de lo que significa estar casado.

Yo intenté comprender el punto de vista de Ellador y, por supuesto, también procuré hacerle ver el mío. Como es de suponer, lo que queríamos hacerles comprender era que nosotros, como hombres, esperábamos de aquella relación cosas que, orgullosamente, llamábamos «más elevadas» que las que se derivaban de la «simple unión para la procreación», según la expresión de Terry.

-¿Puede haber algo más elevado que la esperanza de dar vida? -me replicó Ellador-. ¿En qué sentido es más elevado?

-En cuanto que hace crecer el amor -le expliqué yo-. La permanencia y la belleza del amor de pareja depende de este desarrollo superior.

-¿Estás seguro? -me preguntó con dulzura-. ¿Cómo sabes que depende de esto? Hay pájaros que gimen y se añoran cuando se separan de la pareja, y no vuelven a aparearse si su pareja muere, y sin embargo sólo lo hacen durante la estación del celo. ¿Entre vosotros habéis observado que el afecto se eleva y afirma en proporción directa a vuestra independencia?

En este tema tan espinoso, la lógica, a veces, resulta muy incómoda.

Por supuesto que yo sabía que existían aves y animales monógamos, que forman parejas permanentes y dan muestras de verdadero afecto sin extender la relación sexual más allá de su función original. ¿Y qué?

-¡Son formas inferiores de vida! -protesté yo-. No son capaces de verdadero afecto y fidelidad, y aunque aparentemente sean felices... Pero, ¡querida!, ¿cómo quieres que sepan nada del amor que nos une a nosotros dos? Pero si con sólo tocarte, acercarme a ti... más y más... perderme en ti... ¿tú también lo sientes, verdad?

Me acerqué a ella. Le cogí las manos.

Me miró a los ojos con radiante ternura, pero firmemente, sin ceder. En su mirada había una fuerza, algo tan grande e inmutable que mi emoción fue incapaz de arrastrarla al abandono como yo confiaba, inconscientemente, que sucedería.

Lo cual me hizo sentir, ya os lo podéis imaginar, como si me hubiera enamorado de una diosa... ¡no de Venus, desde luego! A ella mi actitud no parecía molestarla, ni repugnarla, ni tampoco le inspiraba el menor temor, evidentemente. No había en ella el asomo de aquella timidez esquiva, ni de aquella coqueta resistencia tan... provocativas.

-Tendréis que tener paciencia con nosotras, amor mío -me dijo-. Nosotras no somos como las mujeres de tu país. Somos Madres y somos Personas, pero no nos hemos especializado en esta otra línea.

«Nosotras» y «nosotras» y «nosotras»... qué difícil era hacerla retroceder a un nivel más subterráneo. Y de pronto me acordé de que, en nuestro país, acostumbramos a quejarnos de que nuestras mujeres son excesivamente subjetivas.

Después intenté describirle la intensa y dulce alegría que embarga a los amantes recién casados, y cómo ello estimula una mayor creatividad en el trabajo.

-¿Tratas de convencerme -me dijo sin alterarse, como si no tuviera sus frías manos entre las mías, ardientes y temblorosas- de que entre vosotros, una vez casados, las parejas continúan haciendo eso en la estación y fuera de ella, sin ninguna intención de tener hijos?

-Así es -contesté con algo de amargura-. No se contentan con la función de padres y madres. Son hombres y mujeres que se quieren.



-¿Durante cuánto tiempo? -me preguntó inesperadamente Ellador.  
-¿Cómo que durante cuánto tiempo? -repetí desconcertado-. Pues, durante toda la vida.  
-Hay algo muy bello en suponer -dijo todavía en aquel tono de estar discutiendo sobre la vida en Marte- que en la culminación de una actividad que en todas las formas de vida sólo tiene un propósito, vosotros hayáis encontrado funciones más altas, más puras y más nobles. Debe de tener efectos ennoblecedores sobre el carácter, a juzgar por lo que me dices. La gente se casa no sólo porque desea tener hijos, sino para conseguir este exquisito intercambio, y de resultados de ello, llenáis el mundo de amantes, ardientes, dichosos, inseparables, transportados siempre sobre este arrebatado de suprema emoción que nosotras, en cambio, creemos que sólo se produce durante una estación determinada y con un solo objetivo. Tú, en cambio, me aseguras que tiene otros efectos, que estimula todo trabajo creativo. Esto significa que de la intensa felicidad de la pareja en apareamiento constante debe fluir a raudales la productividad creativa. ¡Qué bella idea!

Guardó silencio, pensativa.

Y yo también.

Liberó una de sus manos de las mías y me acarició el cabello con gesto muy maternal. Yo me recliné mi fatigada cabeza sobre su hombro y sentí que me embargaba una ligera sensación de paz, un alivio muy placentero.

-Tienes que llevarme a tu país, querido -me dijo-. No sólo porque te quiero mucho, sino porque tengo curiosidad por verlo, por ver a tu gente, a tu madre... -Y tras una breve pausa de respeto, añadió-: ¡Querré mucho a tu madre!

Yo no había estado enamorado demasiadas veces... mi experiencia no era nada comparable con la de Terry. Pero lo poco que hasta entonces había sentido tenía poquísimo que ver con aquello, lo cual me dejaba perplejo y confuso, porque si bien sentía crecer incesantemente una unión entre los dos, un agradable sentimiento de sereno relacionamiento, que yo había supuesto que podía alcanzarse sólo de una manera, al mismo tiempo no podía por menos de lamentar amargamente no conseguir lo que había esperado.

¡Todo a causa de su maldita psicología! Se habían criado con un sistema pedagógico tan desarrollado que, incluso las que no eran maestras de profesión, tenían por lo general una gran experiencia... Para ellas era como una segunda naturaleza.

Y dudo de que nadie supiera distraer mejor con un juguete a un niño que importunar a su madre exigiéndole un dulce «fuera de hora», como conseguía distraerme ella a mí. De pronto notaba que aquel deseo, aparentemente tan impetuoso, había desaparecido sin darme ni cuenta.

Y aquellos ojos tan dulces, y tan científicos, siempre en guardia para que no se les escapara ningún detalle, buscando la mejor manera de ganar tiempo y de evitar discusiones prematuras.

Las consecuencias de todo ello me dejaron boquiabierto. Resultó que lo que yo honestamente había tomado por una necesidad fisiológica era, en realidad, una necesidad psicológica. Descubrí, además, que al cambiar mi noción de lo que era esencial, también se modificaron mis sentimientos. Y sobre todo descubrí que un factor muy importante de todo ello era el hecho de que aquellas mujeres no fueran, en absoluto, provocativas. Ahí estaba la inmensa diferencia.

Aquello de que Terry se había quejado al principio, cuando llegamos, de que «no eran femeninas», no tenían «encanto», resultó ser un gran alivio. Su vigorosa belleza me producía un placer estético sin excitarme. Sus vestidos y adornos carecían de aquel toque de «mírame pero no me toques» tan común en nuestro país.

Incluso mi Ellador, mi esposa, que durante un tiempo había revelado como poseedora de un corazón femenino, afrontando emocionada la nueva y extraña esperanza de una maternidad compartida, volvió sin problemas a la agradable camaradería de antes. Er

an mujeres plus, entre muchas otras cosas, hasta tal punto que cuando decidían no dejar traslucir el elemento mujer, era imposible encontrarlo en ninguna parte. No pretendo hacer creer que me resultó fácil; no lo fue. Porque cuando trataba de despertar su compasión, topaba contra un muro inmóvil. A Ellanor le dolían, le dolían mucho, mis dificultades, y trató de ayudarme con toda suerte de sugerencias, que a menudo resultaron muy prácticas, y con la prudente previsión de que os he hablado; pero no hubo manera de hacerla cambiar de parecer.

-Si de veras lo considerara justo y necesario, quizá haría un esfuerzo por complacerte, lo haría por ti, querido; pero no me apetece hacerlo, ni pizca; y a ti tampoco

te gustaría que me limitara a someterme a tus deseos, ¿verdad? Sin duda, ese no es el elevado amor romántico de que me has hablado. Es una pena, lo reconozco, que tengas que rebajar tus refinadas aptitudes al nivel menos especializado de las nuestras.

¡Maldita sea! No me había casado con la nación, le dije. Pero ella se limitó a excusarse de sus propias limitaciones con una sonrisa, mientras me explicaba que le era imposible dejar de «pensar en plural, como nosotros».

¡Maldita sea otra vez! Había concentrado todas mis energías en un solo deseo y ella me las disgregaba, sin darme yo cuenta, desviándolas en una dirección u otra, iniciando una discusión que comenzaba en el tema que yo había planteado y desembocaba a miles de kilómetros de distancia.

No os imaginéis que me sintiera algo así como rechazado, abandonado y lleno de resentimiento. De ninguna manera. Mi felicidad estaba en las manos de una mujer de una feminidad y una dulzura que jamás habría podido imaginar. Antes de casarnos, mi propia pasión me había impedido ver gran parte de todo esto. Me había enamorado locamente no tanto de lo que realmente existía, como de lo que había supuesto que existía. De pronto me encontré ante un bello país por explorar, lleno de una comprensión muy sabia y muy tierna. Era como si hubiera llegado a un territorio desconocido, habitado por una gente para mí insólita, y mi único deseo fuera comer a todas horas, sin ningún otro interés en particular; y como si mis anfitriones, en vez de decirme: «No comas», se hubieran dedicado a despertar en mí un nuevo interés por la música, por la pintura, por los juegos, por la gimnasia, por el agua, por el funcionamiento de ingenios y máquinas; y como si, distraído con tantos nuevos intereses, me hubiera olvidado del viejo deseo insatisfecho y pudiera esperar sin problemas hasta la hora de comer.

Uno de sus trucos más astutos e ingeniosos no me fue revelado hasta muchos años después, cuando habíamos llegado a compenetrarnos tanto sobre el tema que yo mismo me reía al recordar mi antigua situación. Era el siguiente: veréis, entre nosotros procuramos que las mujeres sean lo más distintas posible de los hombres, es decir, tan femeninas como sea posible. Los hombres tenemos nuestro propio mundo, sólo de hombres; tanta supermasculinidad nos fatiga y para descansar acudimos a la superfeminidad. Además, al forzar a las mujeres a ser lo más femeninas posibles, nos aseguramos de que siempre encontraremos en ellas, de manera muy manifiesta, lo que deseamos. En cambio, en aquel país se respiraba cualquier cosa menos seducción. El mismo número de estas personas mujeres, en constante relación humana entre sí, ya las hacía muy poco incitantes. Y cuando, a pesar de todo, movido por mis instintos hereditarios y por las tradiciones de mi raza, intentaba provocar una reacción femenina en Ellador, ella, en vez de esquivarme aumentando con ello mis deseos, me ofrecía deliberadamente un cierto exceso de su personal camaradería, completamente desfeminizada. En realidad era una situación bastante cómica.

Allí estaba yo, con un ideal en mente que anhelaba ardientemente hacer realidad, y allí estaba ella imponiendo de manera deliberada en mi conciencia un Hecho que me hacía sentir muy a gusto, pero que me impedía alcanzar lo que me había propuesto. Ahora comprendo por qué un cierto tipo de hombre, como sir Almroth Wright, por ejemplo, se opone al desarrollo profesional de las mujeres. Ésta, en efecto, socava el ideal sexual al velar y excluir temporalmente la feminidad.

En mi caso, naturalmente, yo quería tanto a Ellador como amiga y como compañera de trabajo que disfrutaba de su compañía en todos los términos. Sólo que... después de pasar una jornada de dieciséis horas junto a su personalidad desfeminizada, me iba muy tranquilamente a mi cuarto y dormía toda la noche sin soñar con ella.

¡Qué bruja! ¡Qué habilidad tenía para adular, conquistar y controlar un alma humana, como gran supermujer que era! Yo sólo era consciente a medias de su maravillosa destreza. Aunque no tardé en descubrir que nuestra cultivada actitud mental hacia las mujeres encubre un sentimiento más antiguo, profundo y más «natural», un reverente respeto ante la superioridad del sexo Materno.

Y así fue creciendo la amistad y felicidad entre Ellador y yo, y también entre Jeff y Celis.

En cuanto a Terry y Alima... lo siento, pero me avergüenza tener que contar lo que pasó. Por supuesto que también la culpo un poco a ella. No era una sutil psicóloga como Ellador, y además sospecho que conservaba rastros atávicos de una más pronunciada f

eminidad, que salieron a flote al encontrarse con Terry. Pero, aun así, el comportamiento de Terry es inexcusable. Yo no era plenamente consciente de los defectos de su carácter... cosa comprensible, puesto que también soy hombre. La situación era obviamente similar a la nuestra, pero con la diferencia de que Alima era un poco más provocativa y poseía muchas menos dotes psicológicas, y Terry era mil veces más exigente y mucho menos razonable. La tensión entre ambos pronto se hizo muy evidente. Me imagino que al principio, en sus momentos de intimidad, Terry se aprovechó de la gran esperanza que ella había puesto en esa nueva forma de Paternidad, y llevado por el optimismo de su aparente conquista, la trató con bastante desconsideración. De hecho, sé que así fue a partir de cosas que él me contó. -No me vengáis con historias -le dijo un día a Jeff, poco antes de la ceremonia de la boda-. No hay mujer en la tierra que no disfrute siendo dominada. Tus bonitas palabras son castillos en el aire... estoy seguro. Y se puso a canturrear:

He gozado con lo que he encontrado.  
He picoteado y luego volado.

y

Lo que aprendí entre las amarillas y las negras,  
me ha ayudado a conquistar a las blancas.

Jeff se dio media vuelta y lo dejó plantado. Yo me inquieté seriamente. ¡Pobre viejo Terry! Lo que había aprendido no le sirvió de nada en Dellas. Su idea de poseer... convencido de que era la única manera. Estaba sinceramente convencido de que eso era lo que les gustaba a las mujeres. ¡Pero no a las mujeres de Dellas! ¡No a Alima! Todavía puedo verla, una mañana cuando no hacía ni una semana que estábamos casados, caminando a grandes zancadas hacia su trabajo, con la cara seria, los labios apretados, pegada a Ellador. No deseaba estar a solas con Terry... eso se veía muy claro. Pero cuanto más le rehuía, más la deseaba él... naturalmente. Terry armó un gran escándalo por el asunto de la separación de las viviendas, e intentó retenerla en sus habitaciones o tratar de instalarse en las de ella. Pero Alima trazó una línea divisoria tajante. Una noche él salió a la calle hecho una furia y empezó a caminar arriba y abajo bajo la luz de la luna, maldiciendo en voz baja. Yo también había salido a dar una vuelta, pero en un estado de ánimo muy distinto. Al oírle, parecía imposible que realmente amara a Alima, más bien daba la impresión de estar hablando de una pieza de caza a la que quisiera capturar y conquistar. En mi opinión, lo que ocurrió fue que, por las diferencias que ya he mencionado antes, enseguida perdieron aquel sentimiento común que los unía en los primeros tiempos, y nunca más fueron capaces de relacionarse de forma sana y desapasionada. También me imagino, aunque esto son meras suposiciones mías, que alguna vez logró arrastrar a Alima más allá de lo que le permitía su sano juicio, su auténtica conciencia, y que la vergüenza y la reacción posteriores tal vez alimentaron su rencor. Riñeron, tuvieron serias peleas y después de hacer las paces un par de veces, finalmente pareció producirse entre ellos una ruptura definitiva... ella se negó a permanecer a solas con él. Es posible estuviese un poco nerviosa, no lo sé, el hecho fue que le pidió a Moadine que se fuera a vivir a la habitación contigua a la suya. Además, consiguió una robusta acompañante que no la dejaba ni a sol ni a sombra en su trabajo. Terry tenía su propia manera de ver las cosas, como ya he intentado explicar. Supongo que estaba convencido de que tenía todo el derecho a comportarse como lo hizo. Es posible, incluso, que lo hiciera convencido de estarle haciendo un bien a ella. El caso es que una noche se escondió en el dormitorio de Alima... Las mujeres de Dellas no temen a los hombres. No tienen motivo para ello. No son en absoluto timoratas. No son débiles; todas gozan de un cuerpo atlético y perfecta

mente entrenado. Otelio no hubiera podido ahogar a Alima con la almohada, como si fuera una rata.

Terry llevó a la práctica su mezquino convencimiento de que a las mujeres les gusta ser dominadas e intentó someter a esa mujer por la fuerza bruta, con todo el orgullo y la pasión de su intensa masculinidad.

La cosa no funcionó. Ellador me lo contó después con bastantes detalles, pero lo que oímos directamente aquella noche fue el ruido de una tremenda lucha y los gritos de Alima llamando a Moadine. Ésta no se encontraba lejos de allí y acudió de inmediato, seguida por un par de fuertes y severas mujeres.

Terry comenzó a dar golpes a diestra y siniestra, como un loco; de buena gana las hubiera matado, como me dijo más tarde, pero no pudo. Blandió una silla sobre su cabeza y una de ellas se la arrebató de un salto, mientras otras dos se abalanzaban literalmente sobre él y le derriban sobre suelo; en unos segundos lo tuvieron maniatado de pies y manos, y luego, compadecidas ante el fútil ataque de furia de que era preso, decidieron anestesiarlo.

Alima estaba poseída de una furia fría. Quería que lo mataran... de verdad.

Se celebró un juicio ante la Madre Superiora de la localidad y la mujer que se negaba a ser dominada expuso su caso.

En nuestro país, cualquier tribunal hubiera considerado que la actuación de Terry había sido en defensa de «sus derechos». Pero no estábamos en nuestro país, sino en el suyo.

Para ellas el único criterio válido para estimar la gravedad de la culpa era el de los posibles perjuicios que pudieran derivarse para una posible paternidad futura, argumento que él se negó a tomar en serio y ni siquiera se dignó a contestar. Hubo un momento en que perdió el control y les explicó, sin pelos en la lengua, que eran incapaces de comprender las necesidades de los hombres, sus deseos, sus puntos de vista. Las llamó criaturas neutras, epicenas, sin sangre en las venas, asexuadas. Les dijo que ya sabía que si querían podían matarlo, como podría hacerlo una nube de insectos, que no por ello dejaría de despreciarlas.

Y todas aquellas severas matronas lo escuchaban sin inmutarse, como si les fuera perfectamente indiferente que él las despreciara.

Fue un proceso largo, en el que salieron a la luz numerosas críticas y observaciones sobre nuestras costumbres. Poco después Terry pudo escuchar su sentencia, que él recibió con expresión torva y desafiante. La condena fue: «¡Tendrás que volver a tu patria!»

## XII

### EXPULSADOS

Nuestra intención siempre había sido regresar a casa. De hecho jamás habíamos pensado permanecer en el país tanto tiempo como lo hicimos. Pero no nos gustó que nos echaran, vernos expulsados por nuestra mala conducta.

Terry dijo que sí, que le gustaba. Fingía menospreciar olímpicamente la condena y el proceso, como todas las restantes características de aquel «miserable medio país», aunque sabía tan bien como nosotros que en cualquier otro país más «entero», jamás nos habrían tratado con tanta tolerancia como en aquél.

—Si nos hubieran venido a rescatar siguiendo las instrucciones que les dejamos, las cosas habrían ido de otro modo —dijo Terry. Más tarde descubrimos la razón de que no se hubiese organizado una expedición de rescate. Un incendio había destruido todas nuestras cuidadosas instrucciones. Habríamos podido morirnos allí sin que nuestras familias se enterasen nunca de nuestro paradero.

Terry vivía ahora bajo custodia, se le consideraba poco de fiar tras ser condenado por una falta imperdonable a ojos de ellas.

Él se reía de su reacción horrorizada.

-¡Malditas solteronas! -decía-. Porque esto es lo que son, unas solteronas, a pesar de las hijas. No saben absolutamente nada del Sexo.

Cuando Terry pronunciaba la palabra Sexo, con S mayúscula, se refería, claro está, al sexo masculino, a sus valores específicos, a la convicción de que era la «fuerza vital», sin pararse a considerar el auténtico proceso de la vida, y según una noción totalmente egoísta del sexo contrario.

Desde que vivía con Ellador, yo había aprendido a ver las cosas bajo una luz muy distinta; y Jeff se había «dellanizado» hasta tal punto a Dellas, que no comprendía en absoluto el comportamiento de Terry ni su desasosiego.

Moadine, fuerte y seria, lo vigilaba con la triste paciencia de una madre con un hijo degenerado, ayudada por la presencia no muy lejana de un número suficiente de mujeres para impedir una evasión. Terry no tenía armas y sabía perfectamente que su fuerza muscular de muy poco le serviría contra la callada determinación de todas aquellas inflexibles y tranquilas mujeres.

A nosotros se nos permitía visitarlo con toda libertad; él, sin embargo, no podía tras pasar los límites de su habitación y del pequeño jardín altamente amurallado. Mientras tanto, habían comenzado los preparativos para el viaje.

En total seríamos tres: Terry, porque así se lo habían ordenado; yo, porque era más seguro ser dos personas en la avioneta y para el largo viaje a la costa; y Ellador, porque se negaba a dejarme ir sin ella.

Si Jeff hubiera decidido marcharse también, Celis también lo habría seguido... eran una pareja inseparable; pero Jeff no tenía ninguna gana de moverse de allí.

-¿Para qué volver a todo aquel ruido y suciedad, a aquel mundo de vicio y de delincuencia, de enfermedades y degeneración? -me preguntó aprovechando un momento que estábamos a solas. Delante de ellas jamás habríamos hablado en aquellos términos-. Por nada del mundo me llevaría a Celis -protestó-. ¡Se moriría! Se moriría de horror y de vergüenza al ver nuestras miserables barriadas y hospitales. ¿Cómo te atreves a llevarte a Ellador? Te aconsejo que se lo vayas explicando poco a poco antes de que tome una decisión definitiva.

Jeff tenía razón. Debería haberla preparado mejor para todas las cosas vergonzosas que vería. Pero es muy duro tender un puente sobre un abismo tan grande como el que existía entre su vida y la nuestra, aunque lo intenté.

-Escucha, amor mío -le dije-. Si de verdad quieres acompañarme a mi país, tienes que prepararte para numerosas y desagradables sorpresas. Ten en cuenta que las ciudades y las zonas civilizadas no son bonitas como aquí... las zonas agrestes son hermosas, pero el resto no.

-Me gustará todo -contestó ella con ojos llenos de ilusión-. Me hago cargo de que no es como nuestro país. Comprendo ahora que nuestra vida debe pareceros terriblemente monótona, que la vuestra será mucho más agitada. Me lo imagino como el cambio biológico que me has descrito que produjo la introducción del segundo sexo, con mucho más movimiento, con cambios constantes, con nuevas posibilidades de crecimiento.

Le había hablado de las más recientes teorías biológicas acerca del sexo, y ella había quedado plenamente convencida de las ventajas de tener dos sexos, de la superioridad de un mundo con hombres.

-Hemos hecho cuanto hemos podido nosotras solas; es posible que, a nuestra manera discreta, hayamos hecho mejor algunas cosas, pero vosotros tenéis todo el mundo a vuestra disposición, estáis en contacto con todos los pueblos del planeta, con toda su historia, con nuevos y maravillosos conocimientos. ¡Estoy impaciente por verlo!

¿Qué podía hacer yo? Le dije francamente que teníamos problemas sin resolver, que en nuestro mundo existía deshonestidad y corrupción, vicios y delincuencia, enfermedades y locura, cárceles y hospitales; pero sin que le hiciera más mella que a un isleño de los mares del Sur oír hablar de las temperaturas del Ártico. Intelectualmente comprendía que existían muchas cosas malas; pero era incapaz de sentirlas.

Nos había costado muy poco aceptar como normal el estilo de vida de Dellas, porque lo era; nadie se horroriza ante la feliz visión de la salud, la paz y la laboriosidad. Y de las anomalías, a las que tan tristemente acostumbrados estábamos nosotros, ella nunca las había visto.

Las dos cosas que más interés le despertaban eran la hermosa relación matrimonial y la

s bellas mujeres que se dedicaban exclusivamente a ser madres; más allá de esto, sentía un interés casi voraz por abrirse a la vida del mundo entero.

-Casi tengo tantas ganas de irme como tú -insistió-, y eso que tú debes añorar mucho tu tierra.

Le aseguré que en un paraíso como el suyo, era difícil sentir añoranza de nada, pero no me creyó.

-Sí, ya sé. Ocurre lo mismo que en aquellas islas tropicales de que me has hablado, como joyas preciosas en medio del gran mar azul... ¡Cuánto deseo ver el mar! La pequeña isla puede ser perfecta como un jardín, pero uno siempre añorará su espacioso país, ¿verdad? A pesar de todos sus males.

Ellador estaba muy bien dispuesta. Pero a medida que se acercaba el día de la partida, el día en que me la llevaría a nuestra «civilización», lejos de la paz y la belleza de la suya, empecé a preocuparme más y más, y traté seriamente de prevenirla.

Es verdad que al principio, antes de conocer a Ellador, cuando vivíamos encarcelados, sentía añoranza. Y también es cierto que, al comienzo, idealicé mi país y sus costumbres. Además estaba acostumbrado a aceptar muchos de sus males como inevitables, y ni siquiera me había parado a reflexionar sobre ellos. Incluso cuando me propuse contarle lo peor, me olvidé de ciertas cosas que luego, al verlas, la impresionaron muchísimo, como nunca antes me habían impresionado. Al esforzarme seriamente en exponer la situación, tal cual era, comencé a ver con mayor claridad las cosas bajo los dos puntos de vista y a tomar conciencia de los dramáticos defectos de mi país y los maravillosos logros del suyo.

Como visitantes, la ausencia de hombres nos hacía añorar a los tres la parte más amplia de la vida, e inconscientemente habíamos supuesto que ellas también los encontraban a faltar. Tardé mucho en darme cuenta (Terry nunca lo comprendió) de la poca importancia que tenía eso para ellas. Cuando decimos hombres, hombre, varón, masculinidad y demás derivados del concepto, en el fondo asociamos estas palabras con una imagen bastante vaga y abigarrada del mundo y de todo su ajetreo. «Crecer y hacerse hombre», «portarse como un hombre», son frases con implicaciones muy amplias, que pronunciamos sobre un telón de fondo lleno de columnas de hombres marchando en formación, hileras de hombres en movimiento, largas procesiones de hombres; hombres pilotando sus naves hacia mares desconocidos, explorando montañas desconocidas, domando caballos, conduciendo rebaños, arando, sembrando y cosechando, trabajando en las forjas y en los altos hornos, cavando en las minas, construyendo carreteras y puentes y altas catedrales, dirigiendo inmensas empresas, dando conferencias en los colegios, predicando en las iglesias; de hombres por todas partes, haciéndolo todo, del «mundo», en una palabra.

En cambio, cuando pronunciamos la palabra mujer, pensamos en la hembra, en el sexo.

A ellas, sin embargo, al cabo de dos mil años de tradición femenina ininterrumpida, la palabra mujer les sugería el mismo amplio telón de fondo, dentro de los límites de su propio desarrollo social; mientras que la palabra hombre les sugería varón, es decir, el sexo.

Por mucho que les dijéramos que en nuestro mundo los hombres lo hacían todo, ello no alteraba su concepción global. Que el hombre, que «el varón» hiciera todas aquellas cosas, era para ellas una afirmación vacía de contenido que alteraba muy poco su perspectiva general; como tampoco alteró la nuestra la asombrosa constatación de que en De las, las mujeres eran «el mundo».

Llevábamos más de un año viviendo allí. Habíamos estudiado su limitada historia, su desarrollo lineal sin altibajos, su continuo progreso cada vez más acelerado hasta alcanzar el apacible bienestar de sus vidas actuales. Habíamos aprendido a conocer un poco su psicología, un campo mucho más amplio que el de su historia, pero en este aspecto nuestros progresos no habían sido tan rápidos. Nos habíamos acostumbrado a tratar a las mujeres como a personas, en vez de como a «hembras»; a verlas como a personas diferenciadas, capaces de hacer toda clase de trabajos.

El ataque de Terry y la fuerte reacción que provocó nos hicieron comprender mejor su auténtica feminidad. Ellador y Somel me lo manifestaron con suma franqueza; ambas sintieron una repugnancia y un horror comparables a los que podría provocar la peor blasfemia.

No estaban preparadas conceptualmente para afrontar un acto de ese tipo, ignoran

do como ignoraban nuestra costumbre del «débito conyugal». Para ellas, la maternidad, como finalidad última, había constituido durante siglos la ley rectora de su vida, y aunque conocían el papel del padre, lo veían exclusivamente como otra manera de alcanzar el mismo fin, y eran incapaces de comprender, aunque se lo propusieran, el punto de vista del ente varonil, cuyos deseos prescinden por completo de la procreación y buscan solamente lo que eufemísticamente denominamos «los placeres del amor». Cuando traté de explicarle a Ellador que nuestras mujeres también sentían lo mismo, se alejó de mí e intentó comprender intelectualmente aquello con lo que de ninguna manera podía simpatizar.

-¿Quieres decir que, entre vosotros, el amor entre el hombre y la mujer se manifiesta de esta forma, sin tener en cuenta el hecho de la maternidad? De la procreación en común -se corrigió enseguida.

-Sí, claro. Lo que tenemos en cuenta es el amor... el dulce y profundo amor entre la pareja. Por supuesto que deseamos tener hijos, y los tenemos, pero no pensamos únicamente en eso.

-¿Pero... parece tan antinatural! -dijo-. No conocemos ningún ser viviente que actúe de ese modo. ¿Hacen lo mismo los animales de vuestro país?

-¿Pero nosotros no somos animales! -exclamé yo-. Por lo menos, admite que somos algo más, algo más elevado. Es una relación más noble y más hermosa, ya te lo he explicado. Vuestras ideas nos parecen un poco demasiado... digamos prácticas, prosaicas. ¿Sólo un medio para alcanzar un fin! Escucha, querida, entre nosotros... pero ¿no lo sientes? ¿No te das cuenta? Es la más dulce y suprema consumación final del amor mutuo. Estas palabras la impresionaron visiblemente. Temblaba entre mis brazos, y yo la estreché cubriéndola de besos. Pero en sus ojos apareció aquella mirada que yo conocía sobradamente, aquella mirada distante y serena, como si se hubiera apartado de mí, lejos del hermoso cuerpo que yo apretaba contra mi pecho, y me mirara desde el pico nevado de una distante montaña.

-Siento con toda claridad lo que me dices -me dijo-. Comprendo más profundamente tus sentimientos. Pero esto no significa que crea que lo que siento e incluso lo que tú sientes, querido, esté bien. Hasta que no me convenza de ello, no podré hacer lo que me pides.

En ocasiones como ésta, Ellador me recordaba a Epicteto.

«-¿Te meteré en la cárcel! -le dijo su amo.

»-A mi cuerpo, querrás decir -respondió tranquilamente Epicteto.

»-Te cortaré la cabeza -le dijo el amo.

»¿Acaso he dicho que no se pueda cortar mi cabeza?»

Una persona complicada, este Epicteto.

¿En qué consiste ese milagro por el que la mujer a la que estrechas en tus brazos se aleja de ti, hasta desaparecer tan por completo que te encuentras abrazando una figura tan inaccesible como el perfil de un acantilado?

-Ten paciencia conmigo, cariño -me rogó ella con dulzura-. Comprendo que te resulte muy duro. Comienzo a comprender... un poco... que Terry se viera arrastrado a cometer un crimen.

-No exageres, esa palabra es excesiva. Al fin y al cabo Alima era su esposa -le supliqué a mi vez, en un arranque de repentina comprensión-. Para un hombre del temperamento y de las costumbres de Terry, la situación debió de ser verdaderamente intolerable.

Ellador, sin embargo, a pesar de su despierta inteligencia y de la gran tolerancia y compasión que le había inculcado su religión, consideraba inexcusable lo que para ella era una brutalidad poco menos que sacrilega.

Mis dificultades para explicárselo se vieron acentuadas por el hecho de que, en nuestras conferencias y charlas sobre el resto del mundo, habíamos naturalmente evitado mencionar los aspectos más sórdidos; no tanto con la intención de engañarlas, sino sobre todo por el deseo de que nuestra civilización no saliera demasiado mal parada de la comparación con la belleza y el bienestar de la suya. Además, realmente nos parecían correctas, o por lo menos inevitables, algunas cosas que comprendíamos que ellas habrían encontrado repugnantes y, por lo tanto, preferimos no mencionarlas. También había muchos aspectos de nuestro mundo a los que estábamos tan habituados que ni nos habían parecido dignos de mención. Y por último, también influyó la colosal inocencia de aquellas mujeres, en la que no hicieron mella muchas de las cosas que les d

ijimos.

Si hablo tan explícitamente de ello ahora es para que se comprenda la inesperadamente fuerte impresión que sufrió Ellador, cuando finalmente entró en contacto con nuestra civilización.

Me rogó que tuviera paciencia, y fui paciente. La amaba tanto que, a pesar de los límites que tan firmemente me imponía, seguía siendo muy feliz a su lado. Estábamos enamorados y eso ya era suficiente fuente de alegría.

No creáis por ello que aquellas mujeres renunciaron totalmente a lo que ellas llamaban «la Nueva y Gran Esperanza», es decir, la procreación a dos. Precisamente por ella se habían avenido a la boda, aunque el aspecto matrimonial era sobre todo una concesión a nuestros prejuicios, no a los suyos. Para ellas lo único sagrado era el proceso... y estaban decididas a no profanarlo.

Pero de momento sólo Celis, con los ojos azules bañados de lágrimas de felicidad, con el corazón henchido por aquel sentimiento maternal colectivo que era su suprema pasión, pudo anunciar, con inefable orgullo y alegría, que iba a ser madre. «La Nueva Maternidad», la llamaban, y el país entero recibió la noticia. A Celis le fueron concedidos todos los gustos, todos los favores, todos los honores concebibles en el país.

Y con casi el mismo respeto y expectante deferencia con que, dos mil años antes, el pequeño y precario grupo de mujeres había acogido el milagro de la concepción virginal, se prepararon para recibir este nuevo milagro de aquella unión.

Todas las madres eran sagradas en aquel país. Desde tiempos muy remotos, llegaban a la maternidad llevadas por el amor y el anhelo más intensos y exquisitos que se pueda imaginar, por el Deseo Supremo y la imprecisa necesidad de tener una hija. Todas sus ideas sobre el proceso de la maternidad eran expresadas a la luz del día, con simplicidad y sagrado respeto a la vez. La maternidad era el servicio más alto de todos, tan superior a todos los demás que éstos prácticamente dejaban de existir, en comparación. El amplio amor que se profesaban entre sí, la sutil comunicación de la amistad y el servicio mutuo, el deseo de progresar y de inventar, la profunda emoción religiosa, todos los sentimientos y todos los actos aparecían vinculados de alguna modo a aquella gran Fuerza central, la del Río de la Vida que fluía a través de ellas, convirtiéndolas en vehículos del Espíritu de Dios.

Todo esto lo fui aprendiendo gradualmente, a través de sus libros, de sus charlas, y sobre todo por boca de Ellador. Al principio tuvo celos de su amiga, pero no tardó en desechar definitivamente este sentimiento, de una vez y para siempre.

-Es mejor así -me dijo-. Es mejor que no me haya sucedido a mí, todavía... a nosotros, quiero decir. Porque si me marchó contigo a tu país, es posible que corramos «aventuras por tierra y por mar», como dices tú (y como en efecto sucedió), que pondrían en peligro la vida del bebe. De manera que no lo volveremos a intentar hasta que no estemos en un lugar seguro, ¿no te parece?

Dura decisión para un marido muy enamorado.

-Pero si descubrimos que hay uno en camino -continuó-, yo me quedaré aquí. Tú siempre puedes volver, ya lo sabes... y mientras tanto yo tendré a la niña o el niño.

Entonces sentí la punzada de aquel sentimiento tan antiguo, los celos que puede llegar a sentir el varón incluso de su propia progenie.

-Prefiero tenerte a ti, Ellador, que a todas las criaturas del mundo. Prefiero que me vengas conmigo, aunque impongas tus condiciones, a no tenerte conmigo.

Palabras estúpidas e innecesarias. Porque por fuerza debía aceptarlo, ya que si no se marchaba conmigo, el deseo de tenerla por completo me consumiría, sin tenerla ni siquiera parcialmente. En cambio, si se avino a acompañarme, aunque sólo fuera como una hermana sublimada -pero con mucho mayor afecto e intimidad, en el fondo-, ella tendría enteramente a mi lado, y solamente una cosa me sería negada. Y ya había comenzado a comprender que la amistad de Ellador, su camaradería, su cariño de hermana, no menos profundo a pesar de los límites que me había marcado, bastaban para hacerme feliz.

Creo que nunca podré describir lo mucho que aquella mujer ha significado para mí. Acostumbramos a decir cosas hermosas de las mujeres, pero en el fondo sabemos que son seres limitados... al menos la mayoría. Las honramos por su función biológica, al mismo tiempo que las deshonramos precisamente al hacer uso de ella; las respetamos por la virtud que tan celosamente les obligamos a guardar, al mismo tiempo que con nuestro comportamiento demostramos qué poco nos importa su virtud; las estim



amos, sinceramente, por las pervertidas actividades maternas que convierten a nuestras esposas en las más fieles sirvientas, ligadas de por vida al sueldo con que nosotros decidamos retribuirles, convencidos de que viven meramente, salvo durante la época de la maternidad, para satisfacer nuestras necesidades. Las estimamos, y mucho, si se mantienen «en su lugar», es decir, en el hogar, ocupadas en las serviles tareas que tan magníficamente ha sabido describir la señora Josephine Dodge Daskam Bacon, cuando meticulosamente especifica los servicios del «ama de casa». La señora J. D. D. Bacon escribe muy bien y conoce el tema del que habla desde su perspectiva. Pero es necesario aclarar que ese conjunto de tareas, por muy útiles y económicas que puedan resultar, no despiertan la clase de emoción que suscitaron en nosotros las mujeres de Dellas. Amar a esas mujeres significaba elevar la mirada hacia «arriba», muy arriba, y no bajarla. No eran mascotas domésticas. No eran criadas. No eran timoratas, inexpertas, ni débiles.

Cuando hube superado el aguijónazo que eso supuso para mi orgullo -y que Jeff, estoy seguro, nunca sintió, porque era un «adorador» nato, mientras que Terry nunca logró superarlo, con sus tajantes ideas acerca de cuál era el «lugar de la mujer»-, descubrí que amar a un ser superior era muy agradable después de todo. Me creaba una curiosa sensación en un lugar muy profundo, como si removiera una conciencia muy antigua y prehistórica, el sentimiento de que ellas tenían razón en cierto modo, que aquella era la forma acertada de sentir. Era como... regresar a casa de la madre. Y no me refiero a la madre toda mimos y besuqueos, al apabullante personaje constantemente a tu servicio, siempre dispuesta a mimarte y a concederte cuanto le pidas, sin que nunca realmente llegue a conocerte. Me refiero, más bien, a la sensación que tendría un niño muy pequeño que hubiera pasado mucho, muchísimo tiempo perdido. Era la sensación de volver a casa; de volver a sentirse limpio y en reposo; seguro y libre a la vez; con el amor siempre cerca, cálido como el sol de mayo, no ardiente como una estufa ni sofocante como un edredón de plumas... un amor que no excita ni ahoga.

Contemplé a Ellador como si la viera por primera vez.

-Si no me acompañas -le dije- iré con Terry hasta la costa y luego volveré solo. Puedes lanzarme una cuerda para ayudarme a subir. Pero si deseas acompañarme, bendita y milagrosa mujer, prefiero vivir siempre a tu lado... como ahora... que junto a cualquier otra mujer o mujeres que quisieran plegarse a mis exigencias. ¿Vendrás conmigo?

Ella estaba deseosa de acompañarme. Conque continuamos adelante con nuestros planes. Ellador habría preferido esperar a que se produjera el Milagro de Celis, pero Terry no pensaba igual. Estaba loco de impaciencia por salir de allí; he dicho loco; le daba asco, asco, me dijo, aquella perenne maternidad materna. En mi opinión, Terry no tenía suficientemente desarrollada lo que los frenólogos llaman «la protuberancia de la filoprogenitividad».

-Fanáticas tullidas -las llegó a llamar, a pesar de que desde su ventana podía admirar su espléndido vigor y su belleza, y a pesar de la presencia de Moadine que, paciente y bondadosa, como si se hubiera olvidado de que hacía poco había tenido que correr en ayuda de Alima para frenarlo y atarlo, pasaba los días en su habitación como una viva estampa de la sabiduría y la serenidad.

-Un hatajo de seres neutros, asexuados, que nunca se han desarrollado -siguió refunfuñando con rencor. Parecía el mismo sir Almroth Wright en persona.

Hay que reconocer que lo había pasado mal. En el fondo, estaba locamente enamorado de Alima, todavía más que antes; el tormentoso noviazgo, las repetidas riñas y reconciliaciones, habían avivado la llama. Y emprendió ese acto definitivo de conquista en un intento de lograr lo que consideran como algo natural a los hombres de su clase; es decir, obligarla a amarlo y a reconocerlo como amo y señor... pero aquella mujer reaccionó con furiosa fuerza atlética y -ayudada por sus amigas- consiguió reducirlo y someterlo. No era de extrañar que estuviese furioso.

Pensándolo bien, que yo sepa no recuerdo ningún caso parecido en toda la historia real o de ficción. Ha habido mujeres que han preferido morir a someterse al ultraje;

las ha habido que han dado muerte al que pretendía ultrajarlas; o que han escapado; o que se han sometido... y a veces han parecido entenderse muy bien con sus conquistadores después. Así tenemos, por ejemplo, el caso del «seudo Sexto», el que «encontró a Lucrecia cardando la lana bajo la luz de una lámpara». Según recuerdo, él la amenazó co

n que, si no se sometía a sus deseos, la mataría y mataría a un esclavo, que colocaría a su lado para contar a todo el mundo que los había sorprendido juntos. Un truco miserable, en mi opinión. Porque vamos a ver, si al señor Lucrecio se le hubiera ocurrido preguntarle qué hacía en la habitación de su esposa, vigilando su comportamiento, ¿qué hubiera respondido? Pero Lucrecia se sometió, y Alima no.

-Me dio una patada -me confesó el amargado prisionero, que tenía que contárselo a alguien-. Se me dobló el cuerpo de dolor, naturalmente, y ella aprovechó para saltarme encima y llamó a esa vieja arpía [Moadine no lo oía], y me maniataron en un santiamén. Seguramente habría podido hacerlo Alima sola -añadió con reticente admiración-. Es fuerte como un caballo. Y claro, el más pintado de los hombres queda indefenso después de un golpe como ése. No hay mujer con el más mínimo sentido de la decencia que...

No pude evitar sonreír, y hasta Terry me imitó, a regañadientes. Por muy poco dispuesto a entrar en razón que estuviera, era difícil no percatarse de que ante un ataque como el suyo la decencia pasaba a un segundo plano.

-Daría un año de mi vida por encontrarme a solas con ella otra vez -me confesó. Pero no volvería a verla. Ella había abandonado esa zona del país para irse a trabajar en los bosques de abetos de las más altas montañas y allí se quedó. Terry deseaba con desesperación poder verla antes de partir, pero ella no quiso ir a verlo y él no podía trasladarse hasta donde estaba ella. Lo vigilaban como lince. (Los lince vigilan mejor que los gatos cazadores de ratones, supongo.)

En fin, llegó la hora de preparar la avioneta y de comprobar si teníamos suficiente gasolina, aunque Terry me aseguró que podríamos descender planeando sin dificultad hasta el lago, si nos daban un primer empujón. De buena gana nos hubiéramos marchado al final de aquella semana, pero había un gran revuelo de actividad en todo el país por la partida de Ellador. Tuvo que entrevistarse con algunas de las principales moralistas, sabias matronas de mirada callada, y con las más importantes maestras. Todo el país se conmocionó, excitado y emocionado ante la aventura.

Nuestras lecciones sobre el resto del mundo las habían hecho sentirse aisladas, remotas habitantes de un país insignificante y marginado, olvidado por el resto de la familia de naciones, frase acuñada por nosotros que a ellas enseguida les gustó muchísimo.

Les interesaba profundamente el tema de la evolución: de hecho sentían una inmensa atracción por todo el campo de las ciencias naturales. Muchas de ellas se hubieran arriesgado a cualquier cosa con tal de viajar a países desconocidos para estudiar; pero sólo nos podíamos llevar a una, y tenía que ser Ellador, claro.

Habíamos hecho planes magníficos sobre la posibilidad de regresar y de establecer una ruta de comunicación por el río; sobre las posibilidades de penetrar en la selva y de civilizar -o exterminar- a los peligrosos salvajes. Mejor dicho, los hombres habíamos comentado esta última posibilidad, sin comunicársela a las mujeres. Ellas sentían una invencible repugnancia ante la idea de matar a un ser vivo.

Pero entre tanto se había celebrado un consejo de las más sabias. Las estudiosas y las pensadoras que habían estado recopilando durante todo ese tiempo nuestras informaciones, para comparar luego los datos y sacar toda suerte de deducciones a partir de ellos, presentaron sus resultados al consejo.

Ni por asomo habíamos sospechado que nuestros esfuerzos de disimulo hubiesen sido tan inútiles, sin que en ningún momento nos manifestasen que estaban al corriente de todo. Habían seguido con atención nuestros comentarios sobre la ciencia óptica, nos habían preguntado detalles inocentes sobre lentes y demás, y habían inferido los defectos de la vista tan frecuentes entre nosotros.

Con un tacto supremo, a fuerza de preguntas hechas por distintas mujeres en ocasiones diferentes, y reuniendo luego todas las respuestas como si se tratase de un rompecabezas, habían deducido una gráfica de las principales enfermedades que nos aquejaban. Con una gran sutileza, sin mostrar jamás horror ni condena, habían inferido también una parte, aunque no toda la verdad, acerca de la pobreza, el vicio y la delincuencia existentes entre nuestra población. Habían hecho una lista de los posibles peligros que nos amenazaban en nuestra sociedad, a partir de sus preguntas sobre las compañías de seguros y otros temas inocentes.

Habían llegado a certeras conclusiones acerca de las diferentes razas, empezando por los indígenas de arco y flechas que habitaban en la selva de abajo, y continuando con todo lo que les habíamos explicado sobre las amplias divisiones raciales. S

in que ni una sola expresión de sorpresa o de horror nos pusiera sobreaviso en ningún momento, nos habían sonsacado los datos sin que jamás llegáramos a sospecharlo, y procedieron a analizar con suma seriedad el informe que habían preparado.

Sus conclusiones fueron más bien desalentadoras para nosotros. En primer lugar expusieron detalladamente la situación a Ellador, que era la que se disponía a aventurarse a visitar el «Resto del Mundo». A Celis, en cambio, no le dijeron nada. Nada debía inquietarla, toda la nación estaba pendiente de la culminación de su Gran Obra. Después nos convocaron a Jeff y a mí, en presencia de Somel, Zava, Ellador y muchas otras que ya conocíamos.

Tenían un gran globo terráqueo con los mapas de los países bastante bien reproducidos a partir de los pequeños mapas parciales de mi almanaque. Habían señalado aproximadamente los diferentes pueblos de la tierra y los grados de civilización de cada uno. También habían confeccionado una serie de cuadros sinópticos y de gráficas, a partir de los datos del traicionero almanaque y de nuestras informaciones.

Somel nos explicó lo siguiente:

-Hemos descubierto que en ese vasto mundo, a pesar de vuestra larga historia, mucho más larga que la nuestra, y del intercambio de servicios, de inventos y descubrimientos, y del maravilloso progreso que tanto admiramos, en este vasto Otro Mundo vuestro todavía existen muchas enfermedades, a menudo contagiosas.

Cosa que admitimos sin discusión.

-También siguen existiendo diversos grados de ignorancia, prejuicios y emociones incontroladas.

Reconocimos que también era cierto.

-Hemos descubierto que a pesar del progreso de la democracia y del aumento de la riqueza, la situación continúa siendo inestable y a veces se producen combates.

Sí, sí, reconocíamos que así era. Estábamos tan acostumbrados a esa situación que nos costaba ver a qué venía tanta seriedad.

-En vista de todo ello -añadieron sin decirnos ni una centésima parte de lo que entendían por «todo ello»-, no estamos dispuestas a exponer a nuestro país al riesgo de abrir las comunicaciones con el resto del mundo... por lo menos de momento. Si Ellador vuelve, y nos convence su informe, puede que lo hagamos más adelante, pero por ahora no.

-Os rogamos por tanto, caballeros (sabían que era el tratamiento de cortesía entre nosotros), que nos prometáis no revelar por ningún motivo a nadie la localización de nuestro país, hasta que seáis autorizados a hacerlo... después del regreso de Ellador. Jeff estuvo absolutamente de acuerdo. En su opinión, tenían toda la razón. Siempre les daba la razón en todo; en mi vida había visto un extranjero que se aclimatara tan rápidamente como él a Dellas.

Yo recapacité un rato sobre lo que podría ocurrir si alguna de nuestras enfermedades contagiosas entraba en el país, y llegué a la conclusión de que tenían razón. De manera que no tuve inconveniente en darles mi palabra de honor.

El obstáculo fue Terry.

-¡De ninguna manera! -exclamó-. Lo primero que pienso hacer es organizar una expedición para entrar por la fuerza a Madrelandia.

-Pues entonces -respondieron ellas sin inmutarse- tendrás que permanecer aquí encarcelado para siempre.

-Sería menos cruel la anestesia -sugirió Moadine.

-Y menos arriesgado -añadió Zava.

-Creo que también lo prometerá -dijo Ellador.

Y así lo hizo. Y con este juramento, abandonamos por fin Dellas.

## INTRODUCCIÓN

En la primavera de 1887, una deprimida y desesperada joven de Providencia, Rhode Island, viajó hasta Filadelfia para consultar al doctor Silas Mitchell, el famoso

médico especialista en trastornos nerviosos. Llevaba enferma tres años, con unos síntomas que podían indicar un diagnóstico de depresión clínica. Además, su situación, su desdicha, eran ejemplos perfectos de la condición que describiría con gran exactitud tres cuartos de siglo más tarde Betty Friedan, en *The Feminine Mystique*, como «el problema que no tiene nombre».

Tras un mes de tratamiento en la clínica de Silas Weir Mitchell, la joven fue dada de alta con la siguiente receta: «Llevar en lo posible una vida doméstica... Efectuar dos horas diarias de vida intelectual. Y no tocar nunca pluma, lápiz o pincel en toda la vida».

Afortunadamente para la posteridad, a la paciente, que era Charlotte Perkins Gilman (aunque más tarde cambió el último apellido por el de Stetson, o sea que se casó), le fue imposible seguir las instrucciones del doctor Mitchell y escribió su autobiografía, contando todo lo que la había conducido casi a la locura.

De este modo, en el otoño de 1888, todavía con poca salud y menos dinero, Charlotte Perkins Stetson realizó lo impensable. Abandonó a su esposo, Walter Stetson, con el que llevaba casada cuatro años, y se marchó con su hijita de tres años, Katharine, a Pasadena, California. Allí inició una existencia caracterizada por la independencia, la determinación y el trabajo, tres cosas que fueron su salvación.

Charlotte Perkins Gilman no se convirtió en una de las mejores escritoras y conferenciantes norteamericanas del siglo, gracias a una inclinación casual o puramente intelectual. Había intentado vivir su vida según la tendencia colectiva de su época respecto a las mujeres y había descubierto que los preceptos de las respetadas autoridades estaban no sólo mal dirigidos o equivocados, sino que eran mortales y conducían a unas vidas vacías, a la depresión y la desesperación. Gilman empezó a escribir tanto novelas como obras fundadas en la realidad, explorando sus experiencias personales como muchacha y como mujer, como esposa y como madre, estudiando al mismo tiempo los hechos económicos y sociales de las mujeres norteamericanas. Como la mayoría de mujeres de su generación, había sido educada en un ambiente que consideraba su sexo como su mejor y única baza, para que ocupara su puesto en la esfera doméstica en la que, se suponía, toda mujer hallaba la felicidad y la plena satisfacción. Pero mientras intentaba vivir en esa esfera asignada a las mujeres, con fines que en su época se describían como «el culto de la verdadera feminidad», aprendió de primera mano que, por muy fervientemente que hablaran los líderes religiosos, políticos y sociales sobre las responsabilidades y deberes de las mujeres hacia sus padres, sus esposos y sus hijos, la vida de las mujeres era muy precaria, no era vida en absoluto.

Las experiencias de Charlotte Perkins Gilman sobre el derrumbamiento del culto a la feminidad doméstica de Norteamérica empezó en su infancia, con la relación entre ella y sus padres. Poco después de nacer Charlotte, su madre -Mary Perkins- fue abandonada por su marido, Frederick Beecher Perkins. Es posible que este abandono se debiese a la noticia de que Mary no podría volver a tener hijos. Frederick, miembro de la ilustre familia Beecher, que incluía al predicador Lyman Beecher, los famosos escritores Harriet Beecher Stowe y Catherine Beecher, así como al ministro de la religión protestante y escritor abolicionista Henry Ward Beecher, era por contraste un hombre fracasado y cargado de deudas, muy amigo de eludir toda responsabilidad familiar. Mary se vio obligada a criar sola a sus dos hijitos, viviendo a menudo en asilos o gracias a la caridad de algunos parientes. Ella, Charlotte y Thomas, que tenía un año más que su hermana, se vieron forzados a trasladarse y mudarse de casa unas diecinueve veces durante la niñez de Charlotte.

Al parecer, Mary Perkins era una mujer de cortas luces y escaso saber. Sufría patéticamente la falta del amor conyugal, y pensó que si le negaba a su hija Charlotte toda señal de cariño, la niña no la añoraría jamás. Mary solamente revelaba el amor que sentía por Charlotte cuando ésta dormía. Tras descubrir esto, Charlotte, ávida de cariño, trataba siempre de permanecer despierta hasta que su madre se acostaba «llegando a usar alfileres para no dormirse... Luego -escribió en su autobiografía- fingía estar dormida, y disfrutaba sintiéndome acunada por los amorosos brazos de mi madre, que me apretaba contra sí y me cubría de besos».

Cuando llegó a la adolescencia, Charlotte se había formado ya la resolución, decidida y fuera de lo normal, de no casarse. En un párrafo de su diario, iniciado a los veintiún años, escribió cierto número de motivos para permanecer soltera, entre los que se

contaban su deseo de «libertad», de poder hacer su «plena voluntad» en todos los aspectos y su preferencia a proveer de sí misma y no tener que confiar en otra persona para ello. Añadía la descripción de uno de sus objetivos: «Me gusta ser capaz y libre de ayudar a todo y a todos, cosa que jamás podría hacer si mi tiempo y mis pensamientos estuviesen ocupados por ese extenso yo: una familia».

Irónicamente, sólo unos días más tarde de haber escrito esto, Charlotte conoció a Charles Walter Stetson, un atractivo artista. Éste la cortejó asiduamente, superó las ideas y las objeciones de la joven al casamiento y dos años más tarde estaban casados. Como hemos visto, por los desastrosos efectos y desgracias psicológicas que padeció durante los años que convivió con su esposo, aquel casamiento unió a dos personas cuyos caracteres, ambiciones, valores y necesidades eran completamente diferentes.

Un aspecto del carácter de Walter, destructor para Charlotte, era su romántica idea del dominio del macho. Incluso durante su noviazgo, Walter dio a entender su deseo de que Charlotte «me considerara como su superior... que mi amor hacia ella la había conquistado». A Walter le disgustaba el carácter independiente de la joven y que ría creer que el espíritu de Charlotte «estaba quebrantado».

A menudo bondadoso y nunca malicioso, Walter era simplemente un individuo más bien convencional, del tipo norteamericano del cambio de siglo, al que no gustaban las ambiciones y deseos de su esposa, sino estaban relacionadas con sus deberes de esposa y madre. Vulnerable como pintor que luchaba para que fuese reconocida su labor, indudablemente opinaba que el deseo de su esposa por convertirse en una escritora de fama era algo antinatural, que se reflejaba de modo desfavorable sobre él.

Este inevitable problema se vio exacerbado por el nacimiento de Katharine, a menos de un año de estar casados, y las circunstancias tirantes del hogar. Incapaz de cumplir con sus papeles de esposa y madre, incapaz de conllevar su deteriorado estado físico y mental, e incapaz de encontrar una eficaz ayuda médica, Charlotte abandonó Providence y nunca más volvió a los brazos de Walter.

Se instaló en Pasadena, deseando vivir cerca de la familia Channing. Charlotte se había relacionado íntimamente con ellos, especialmente con Grace Ellery Channing, durante los años que pasó en Providence. William F. Channing, su esposa y sus dos hijas formaban una familia afectuosa, animada y bien educada. En su acogedor hogar, Charlotte había mantenido estimulantes discusiones y actividades literarias en un ambiente relajado y amistoso. Todos ellos mostraban una gran simpatía hacia ella, deseosos de ayudarla en lo posible, llegando a buscar y encontrar la pequeña cabaña de madera en Pasadena, que Charlotte alquiló para ella y su hija.

Charlotte y Grace se hicieron muy buenas amigas, ya que tenían muchas cosas en común. Grace escribía novelas y poesía, y las dos jóvenes se divirtieron colaborando en una comedia durante un viaje de vacaciones. Curiosamente, tal amistad no finalizó cuando Grace se casó con Walter Stetson, tan pronto como estuvo consumado el divorcio entre éste y Charlotte. Por el contrario, como Charlotte sabía que Grace era una mujer amable, afectuosa y formal, y como durante aquel período ella viajaba mucho, pero ocupada por ganarse su sustento, dispuso que Katharine, que a la sazón contaba con nueve años, viviera con Grace y Walter, cuando éstos se casaron en 1894.

Cuando Charlotte llegó por primera vez a Pasadena, se esforzó mucho por la manutención propia y su hijita, pero el traslado a California resultó ser una buena terapia reactivante. Poco después, empezó a ganar dinero con sus escritos y conferencias. Su poema «Similar Cases» (publicado en 1890 en *The Nationalist*) atrajo la atención de William Dean Howells, el influyente autor y editor del *Atlantic Monthly*. Así empezó a establecerse como escritora, primero local y luego nacionalmente, y ante todo como una eficaz e inspirada conferenciante sobre el socialismo y los problemas de la mujer. Los temas de sus conferencias fueron un anticipo de los que ocurrirían entre los grupos que despertaron la conciencia femenina norteamericana a finales de la década de los 60 y 70 del siglo XX. Gilman reconocía la dependencia económica, el enclaustramiento de la mujer en el hogar, la exclusión femenina en multitud de profesiones, la industria y el comercio, y su obligada sumisión a la autoridad masculina, todo lo cual, según ella, conducía a que la mujer no pudiera llevar una vida plenamente humana y productiva. Más importante todavía, aseguraba que los problemas de la mujer no eran casos aislados o individuales, y que sólo una reforma del sistema a nivel nacional mejoraría sus condiciones de vida. Gilman viajó por todo Norte

américa, predicando la necesidad de una reforma económica, social y política en las relaciones, tanto en las familias como en el trabajo.

Su fama como conferenciante estuvo unida inexorablemente a su celebridad como escritora. Los temas de su primera obra realista, *Women and Economics: A Study of the Economic Relation Between Men and Women as a Factor in Social Evolution* (1898), eran los mismos que ya había anticipado en sus provocativas conferencias.

Mientras Charlotte escribía este libro, en el que enfocaba de manera pública los problemas más trascendentales de su vida, también escribió sobre sí misma, de forma privada, una extraordinaria serie de cartas a su primo, George Houghton Gilman. Charlotte y Houghton habían sido muy buenos amigos de niños. Individuo excepcionalmente culto, Houghton ejercía la abogacía en Nueva York. Aunque muy competente y profesional en su labor, no era especialmente ambicioso ni había orientado su carrera en este sentido. Tras un breve encuentro en 1897, ambos iniciaron una extensa correspondencia. Las cartas de Charlotte fueron haciéndose cada más largas e introspectivas, d escribiéndole sus temores, sus dudas, sus necesidades, sus esperanzas y sus creencias a ese comprensivo pariente.

Durante aquel noviazgo por correspondencia, pues esto acabó siendo, Charlotte reveló todos los rasgos y aspiraciones de su persona, que debía haber imaginado la hacían incapaz de ser amada. Con gran placer, descubrió que sus revelaciones sobre sí misma no desalentaban a Houghton en absoluto. En realidad, Charlotte recuperó la confianza en sí misma, lo que posibilitó una auténtica intimidad. En 1900 estaban casados. Cuando Charlotte recordó sus treinta y cuatro años de matrimonio con Houghton, en su autobiografía *The Living of Charlotte Perkins Gilman*, juzgó que ambos habían «vivido siempre felices -y pensando como escritora, añadió-: Si esto fuese una novela, tendría un final feliz».

Segura como esposa amada y cada vez más confiada como autora famosa de ámbito nacional, Gilman escribió -después de *Women and Economics*- cuatro libros estrechamente relacionados con aquél: *Concerning Children* (1900), *The Home: Its Work and Influence* (1903), *Human Work* (1904) y *The Man-Made World; or Our Androcentric Culture* (1911).

Aunque había escrito y publicado poesías y novelas cortas durante más de dos décadas, al fundar su propia revista mensual, *The Forerunner*, en 1909, Charlotte Perkins Gilman inició un asombroso período creativo de ocho años. La revista estaba escrita enteramente por ella y por lo general contenía un relato corto, totalmente desarrollado, un artículo muy breve y didáctico, el capítulo de una novela (por lo general serializada en los doce números anuales), así como poemas, artículos varios y reseñas de libros. En vida de Gilman se publicaron tres de las novelas señalizadas en la *Forerunner* como libros separados: *What Diantha Did* (1910), *The Crux* (1911) y *Moving the Mountain* (1911). Las otras novelas publicadas en la revista fueron: *Mag-Marjorie* (1912), *Won Over* (1913), *Benigna Machiavelli* (1914), *Dellas* (1915) y *With Her in Ourland* (1916).

Prolífica escritora y activista incansable a favor de los derechos de la mujer, Charlotte Perkins Gilman creía que el cambio, aún lejano, sólo se lograría mediante la educación y la experiencia. Si los seres humanos pudieron abandonar sus cuevas, sus cabañas, sus antiguos hogares para vivir en modernos edificios bien contruidos y tecnológicamente sofisticados, también podían abandonar sus ideas acerca de las vidas femenina y masculina, ahora tan primitivas e inútiles como las cuevas lo serían a una familia del siglo XX.

Gilman creía en su tarea de llevar su mensaje a todas las mujeres, de la misma manera que sus antepasados Beecher habían predicado sobre el pecado y la salvación a sus fieles oyentes. A pesar de una enfermedad terminal, el cáncer, se esforzó por escribir y dar conferencias durante sus últimos meses de vida. Sabiendo que su fin estaba muy próximo, Gilman regresó a Pasadena, al santuario del que huiera tantos años atrás, ahora hogar de su hija Katharine, ya casada. Durante las últimas semanas de Charlotte, Grace Channing Stetson, ahora viuda como Charlotte, también cuidó a su vieja y querida amiga. Con sus días de trabajo detrás y sólo la agonía de una enfermedad incurable al frente, Charlotte Perkins Gilman terminó su vida, suicidándose con cloroformo, el verano de 1935.

En las décadas siguientes pareció como si Charlotte se hubiese equivocado sobre el significado de su labor, especialmente en sus escritos. Las descripciones de su v

ida y sus contribuciones simplemente desaparecieron. Pero, en la década de 1960, el interés creciente por los problemas feministas indujo a los historiadores, críticos sociales, profesores y estudiantes a bucear en las fuentes sobre la condición de la mujer. Y esta búsqueda condujo inevitablemente a Charlotte Perkins Gilman: 1966 marcó la reedición de *Women and Economics*, la primera de sus obras que serían reeditadas en los años siguientes. Aunque el interés de los lectores pareció concentrarse en las obras realistas de Gilman, la publicación del relato «The Yellow Wallpaper» por la Feminist Press, en 1973, redescubrió el valor de Charlotte como poderosa fuerza literaria de Norteamérica.

Dadas las preocupaciones de su existencia y el optimismo de Charlotte Perkins Gilman, no es sorprendente que *Dellas*, una novela utópica feminista, fuese la quinta esencia de la ficción. En 1915, año de su publicación, había escrito más de cien relatos breves, seis novelas y cinco libros de literatura realista sobre temas relacionados con la vida de las mujeres. El centro de sus pensamientos era la necesidad de una reforma. Norteamérica, afirmaba, necesitaba cambiar de opinión sobre las mujeres. Los hombres debían abandonar sus ideas acerca de las diferencias existentes entre los dos sexos y la clase de vida que debe llevar cada uno de ellos como resultado de estas diferencias. Las mujeres que aceptaban su condición convencional debían reconsiderar sus opiniones al respecto y reeducarse para descubrir la verdad sobre sus fuerzas potenciales y la clase de personas que podían llegar a ser en un mundo no limitado por las estrechas miras de la sociedad.

La ficción utópica era el género ideal para que Gilman expusiera sus creencias y deseos de reforma. Las utopías eran paisajes de la imaginación en los cuales sus habitantes tenían vidas casi perfectas. En ellas, un escritor puede describir cómo debe estar organizada una sociedad de acuerdo con principios racionales y en bien de la comunidad. Los objetivos de Gilman eran instruir, cuestionar, estimular la reevaluación, tal vez por el contraste, y entretener. Y lo consiguió.

*Dellas* es un país en el que no hay hombres ni los ha habido por espacio de dos mil años. Sin la experiencia del noviazgo ni esperanzas de un amor romántico, las mujeres del país son distintas del resto de las mujeres del mundo, pero estas diferencias son positivas y de largo alcance. Sin necesidad de vestirse o comportarse para agradar a los hombres, estas mujeres gozan de libertad para satisfacer sus propias expectativas, para depender de sí mismas y de las demás mujeres, en pro de una vida civilizada.

En la acción central de *Dellas*, tres jóvenes norteamericanos, Vandyke Jennings, Terry y O. Nicholson y Jeff Margrave, exploran esta tierra sin hombres. Los tres se caracterizan casi exclusivamente en términos de una cualidad: su opinión sobre las mujeres. Terry, en un extremo, es un mujeriego que ve a todas las mujeres como objetos sexuales que, por mucho que protesten, han de ser dominadas por el varón. Jeff, en el otro extremo, es el caballero romántico que idealiza a las mujeres y le gustaría tenerlas en un pedestal donde fuesen adoradas y protegidas por los hombres.

Vandyke, el narrador de la novela, es el más moderado en sus opiniones sobre las mujeres y el más abierto a las nuevas ideas y experiencias del momento. A medida que los visitantes se enteran del modo en que viven las mujeres de *Dellas*, el lector de la novela hace dos descubrimientos. Primero, se entera de las creencias y expectativas de los tres exploradores sobre las mujeres... una de las fuentes de la comedia. A este respecto, muchas escenas de la novela describen la forma en que las mujeres de *Dellas* desafían ingenuamente las «verdades» acerca de las mujeres que Van, Jeff y Terry siempre han aceptado y, más importante aún, actuado en relación con aquéllas. Sin saber que lo están haciendo, las mujeres de *Dellas* demuestran que las bien conocidas «verdades» sobre las mujeres son realmente sólo convencionalismos.

El segundo descubrimiento resulta del contraste entre los comentarios, las acciones y los objetivos de las admirables mujeres de *Dellas* y algunas de las típicas prácticas y los ideales de las convencionales mujeres norteamericanas. Muchas contemporáneas de Gilman jamás examinaron seriamente ni críticamente las actitudes tradicionales que habían absorbido y aceptado desde siempre. El método de la autora para urgir una reforma fue pintar a las inspiradoras mujeres de *Dellas*, a fin de que las demás mujeres norteamericanas observasen su propio mundo desde un punto de vista más ven

tajoso y enriquecido.

Por ejemplo, las mujeres de Dellas visten de modo muy distinto a las mujeres de Norteamérica y también de Europa. En su primer encuentro con un grupo de muchachas, Van observa: «Vimos unos cabellos cortos sin sombrero, sueltos y relucientes; iban vestidas con una tela liviana y a la vez sólida, una especie de conjunto de túnicas y bombachos, y calzaban adornadas polainas». Poco después, Van habla de la conducta de los hombres con un grupo de mujeres de cierta edad de Dellas, y del burdo intento de Terry para impresionarlas con regalos:

Se adelantó un paso, luciendo su más alegre y seductora sonrisa, y se inclinó profundamente ante las primeras mujeres que tenía adelante. Después sacó otro regalo, un gran chal de tela suave y fina, rico en colorido y dibujos, una prenda muy bella incl uso a mis ojos, y con otra reverencia se lo ofreció a la mujer alta y seria que pa recía encabezar el grupo. Ella lo aceptó con una amable inclinación de la cabeza y lo pasó a las de la fila de atrás.

Terry volvió a intentarlo con una diadema de piedras de imitación, una reluciente corona que habría seducido a cualquier mujer de la tierra. Y dijo un breve discurso, en el que nos incluyó a Jeff y a mí, como asociados en su empresa, y les ofreció el a dorno con otra de sus reverencias. También este obsequio fue aceptado y, como la v ez anterior, fue pasando de mano en mano hasta perderse de vista.

Gilman no consideraba que el asunto de las ropas femeninas y sus accesorios fuer a algo trivial, y en 1915 publicó doce capítulos de una obra extensa, realista, titu lada Las ropas femeninas, en los mismos números de la revista Forerunner en que ap arecía Dellas.

Los convencionales y elaborados vestidos de las mujeres en la época tenían consecuen cias significativas. Reflejaban la insistencia de la sociedad en que las mujeres llevaran una «máscara de belleza», y la intensa búsqueda de muchas mujeres para encontr ar vestidos y telas que realzaran su hermosura, lo que las volvía vanidosas, frívola s y desproporcionadamente competitivas. Juzgadas y evaluadas en base a su aspect o, muchas mujeres gastaban sus energías en la prosecución de la belleza y no de la e ducación, la fortaleza de carácter y un trabajo lleno de significado.

Existían razones compulsivas más allá de estos efectos de la «máscara de belleza» para el at aque de Gilman a las modas de su tiempo. Los corsés de ballenas de las mujeres, lo s zapatos estrechos y las enaguas bajo las largas faldas, les impedían dedicarse a actividades físicas normales, dando así apoyo a los convencionalismos de la literat ura, la pintura y los anuncios, que las retrataban como delicadas criaturas sólo a ptas para vivir en el hogar.

Además, las ropas a veces les causaban graves enfermedades e incluso la muerte. Ah ora sabemos hasta qué punto la presión ejercida por los corsés de ballena podían lesiona r y desplazar los órganos internos de las mujeres y hasta impedir la circulación de la sangre. Los pequeños y puntiagudos zapatos que calzaban les dañaban el empeine de los pies y las pantorrillas, al tiempo que originaban los juanetes y toda clase de callosidades. Las largas faldas las hacían vulnerables a accidentes tales como caídas y fuegos. También los grandes y extravagantes sombreros femeninos, aunque no peligrosos físicamente, causaban el deplorable efecto de que los demás no las tomar an nunca en serio.

Así, en una de las típicas escenas de descubrimientos, nuestros exploradores describ en sus ideas sobre los sombreros de las grandes damas a las mujeres de Dellas, q ue nunca han llevado adorno alguno, posiblemente para inspirarles una emulación. T erry ilustra la clase de sombreros que conoce y que aprueba, «con plumas y otros g randes adornos que sobresalían mucho...»

Nos explicaron que ellas sólo llevaban sombrero para protegerse del sol cuando tra bajaban; y éstos eran anchos y ligeros sombreros de paja, parecidos a los que usan en China o en Japón. Durante la estación fría se usaban gorras o capuchas.

-Pero como adorno -dijo Terry-, ¿no os gustaría ponerlos uno de éstos? -y dibujó lo mejor que pudo una señora tocada con un impresionante sombrero de plumas.

A ellas no pareció impresionarlas en absoluto el argumento, y se limitaron a pregu ntar si los hombres también los llevaban. A lo cual nos apresuramos a responder qu



e no, mientras dibujábamos los modelos masculinos.

-¿Los hombres no se ponen plumas en los sombreros?

-Sólo los indios -explicó Jeff-. Son salvajes, ¿sabéis? -Y dibujó un tocado de guerrero.

-Y los soldados también -añadí, dibujando un casco militar con plumas.

Nada parecía escandalizarlas ni molestarlas, y tampoco se mostraban demasiado sorprendidas, sólo atentamente interesadas. Y no paraban de tomar nota... ¡millas y millas de notas!

En este diálogo y en toda la novela, Gilman explora el doble nivel de vida norteamericana para hombres y mujeres. De forma similar, casi todos los ideales y prácticas de Deltas son temas para descubrimientos, que a menudo conducen a comparaciones explícitas con la vida en Norteamérica, articuladas por los sorprendidos personajes masculinos.

El funcionamiento de los hogares es uno de los temas más significativos de todos ellos. Cuando Van, Jeff y Terry intentan instalar hogares convencionales con sus esposas de Deltas, las mujeres y los hombres describen sus expectativas sobre lo que es un hogar para cada uno de ellos. Para Ellador, Celis y Alima, el hogar es un lugar de reposo y relajación después del extenuante trabajo exterior. Asumen que los quehaceres domésticos, como se hace en toda Deltas, deben realizarlos las profesionales de tales menesteres. Para Van, Jeff y Terry, el hogar es un sitio donde sus esposas tienen que servirles, guisar, limpiar y lavar. Un hogar, para un esposo, es un sitio donde descansa de su labor y donde es cuidado y mimado; un hogar, para una esposa, es a menudo el lugar donde trabaja, realizando por lo general los trabajos domésticos más bajos. El problema presentado por Charlotte Perkins Gilman puede resumirse en esta pregunta: ¿por qué en el hogar no se puede cuidar y mimar a las mujeres como se hace con los hombres y los niños?

Entre las preocupaciones más graves de la novela se halla la crianza de los hijos.

El lazo común que mantiene junta a la sociedad de Deltas y proporciona el ímpetu para las más nobles actividades femeninas es la crianza y educación de las jóvenes. Gilman abominaba de la práctica de la clase media norteamericana de dar a cuidar y educar los hijos a mujeres mal preparadas para ello, cuyas habilidades y educación eran tan mínimas que no podían aspirar a ninguna otra clase de empleo.

Repetidamente, Van, el narrador de Deltas, se asombra ante el modo con que son tratadas las bebés y las niñas en muchas escenas en las que observa y discute sobre ello, llegando a la conclusión de que las mujeres del país han creado un «perfecto sistema de crianza», lo que explica que, en su deseo de educar a las niñas para que «pudieran disfrutar de un nacimiento digno y ser criadas en un entorno que no limitara

su desarrollo, habían transformado y mejorado el estado entero». Todas las habitantes del país, en efecto, centran su inteligencia y talentos en el verdadero futuro de su mundo, en la siguiente generación. Aquí, el bienestar, el desarrollo y la felicidad de cada niña son una de las grandes preocupaciones, no sólo de la madre que acaba de tener una bebé, sino de toda la comunidad. Las parturientas tienen la ayuda de todas las demás mujeres de Deltas, al compartir una obligación sagrada hacia las pequeñas. A Van se le ocurre una inmediata comparación:

La gran diferencia estriba en que nuestros hijos se crían aisladamente cada uno en su casa y con su familia privada, rodeados de toda suerte de barreras contra los peligros del exterior, mientras que allí las niñas crecían en un mundo libre y sin límites, que desde el primer día sabían que les pertenecía.

Charlotte Perkins Gilman reconoció que en Norteamérica la crianza de los hijos era una carga y una aislada responsabilidad de las mujeres. Mientras las alegrías de la maternidad eran alabadas, y muchas personas expresaban su preocupación por las necesidades de los niños, la realidad era que pocos recursos se obtenían para paliarlas, y que los sacrificios que se esperaban de las madres no tenían parangón con los sacrificios de los padres.

En las páginas de Deltas se ofrecen atractivas alternativas. Las mujeres de su país imaginario destacan que sus objetivos son distintos de los nuestros. Su modo vital diario y su forma de estructurar la vida familiar y social demuestran alternativas en la educación de los niños, en la manera de dirigir un hogar, de ejecutar el

trabajo, y de relacionarse unos con otros en términos humanos y satisfactorios. Dellas, así como otras novelas suyas, es un vehículo a través del cual intentaba, en primer lugar, mejorar la condición de las mujeres, y asimismo mejorar la de los hombres. Creía que mientras la mitad de la humanidad careciese de las mismas oportunidades, del respeto y las comodidades concedidas a la otra mitad, no se hallaría satisfacción ni placer en las relaciones de los seres humanos. En su calidad de creyente en el progreso, utilizó su considerable habilidad para transportar a sus lectores a lugares distantes donde, como Gulliver entre los Brobdingnagianos, pudieran ver la conducta humana desde una perspectiva radicalmente diferente. Cuando hoy en día luchamos para mejorar la calidad de vida en un mundo cada vez más materialista, violento, estresado e indiferente hacia el prójimo, la visión de Charlotte Perkins Gilman sobre una utopía humana se torna más apremiante con el transcurso de los años.

Barbara H. Solomon

## UNA UTOPIA DE AMAZONAS

Dellas, de Charlotte Perkins Gilman, es el ejemplo más destacado de utopía de amazonas que poseemos. Escrita en 1915 y publicada en forma serializada en la revista mensual que dirigía y editaba la misma autora, *The Forerunner*, la utopía no se presentó en forma de libro hasta 1979, con una introducción de Ann J. Lane. A principios de siglo, Charlotte Perkins Gilman (1860-1935) era conocida sobre todo por su actividad como conferenciante y crítica sobre temas sociales. Había adquirido considerable fama a través de su libro, *Women and Economics* (1896), que fue traducido a siete idiomas y en el que describe como causa de la subordinación de la mujer su dependencia económica a su padre primero, y a su marido después. Charlotte se había sentido atraída muy pronto por el darwinismo social y por las tesis de Herbert Spencer y su homólogo norteamericano, William Braham Sumner. Pero finalmente adoptó las teorías del sociólogo estadounidense Lester Frank Ward, que combinó con su personal forma de «feminismo». Charlotte no se consideraba feminista, aunque sin duda lo era, y prefería definirse como «humanista», insistiendo en que su objetivo no era sólo el bienestar del sexo femenino sino el de ambos sexos. Al igual que los darwinistas sociales, pensaba que el individuo era un producto de su medio, en el que tenían un peso fundamental las condiciones económicas. La civilización, para ella, estaba evolucionando en el sentido de una creciente perfección (y de hecho ésta es la principal línea de pensamiento que hay detrás de Dellas), pero el papel subordinado asignado a las mujeres impide que se pueda alcanzar la perfección. En vez de promover un individualismo exacerbado, Charlotte -como otros intelectuales de su época- depositaba sus esperanzas de que pudiera crearse una nueva sociedad por la acción de entidades colectivas organizadas, sobre todo las formadas por mujeres.

Dellas es la maqueta de una sociedad utópica diseñada por Charlotte Perkins Gilman, pero es importante señalar que no se trata de una utopía estática, sino que tiene a sus espaldas más de dos mil años de evolución de acuerdo con los valores de las mujeres, evolución que continúa más allá del final del libro. La sociedad que presenta está compuesta exclusivamente por mujeres: tres millones de amazonas que habitan un país semi tropical del tamaño de Holanda, donde viven en una perfecta comunidad fraternal dentro de una sociedad igualitaria. Las leyes que regulan sus vidas tienen como principios básicos la comunidad espiritual, la cooperación y la comunión con la naturaleza. Las amazonas se reproducen a través de la partenogénesis y practican una religión que ellas mismas definen como un «panteísmo materno». Tenemos ante nosotras una sociedad separatista en la que no han intervenido jamás los hombres. Las mujeres que la habitan son claramente supermujeres: conocen sus propias fuerzas y no tienen una

dependencia psicológica ni económica respecto a los hombres. Su medio casi perfecto es el resultado de una cuidadosa planificación y control de la población (no todas las mujeres están autorizadas a concebir), de la manipulación genética (los gatos y gatas de Dellas no matan a los pájaros), de los hábitos de alimentación (las mujeres son estrictamente vegetarianas), de la agricultura (se han suprimido vacas y caballos para disponer de más espacio habitable), de la higiene y la cultura física. Para las mujeres de Dellas su «casa», su «hogar» es el país entero, y la comida, la cocina y las actividades domésticas se realizan de forma comunitaria. Libres de las ataduras de un hogar o de un marido, las mujeres de Dellas pueden pensar en términos colectivos como «nosotras», viéndose como hermanas, y no como rivales o competidoras. Contrariamente a la opinión corriente en su tiempo, Gilman consideraba que la inclinación natural a la cooperación se daba, no en el hombre, sino en la mujer. Si se concedía autonomía a la mujer para decidir sobre su propio destino, si se le permitía disponer de «una habitación propia» en la cual desarrollar sus capacidades, la sociedad realmente conseguiría evolucionar hacia una era mejor. Dellas no es sólo un alegato en favor de los derechos de la mujer, también es un ataque contra las virtudes del «eterno femenino»: la modestia, la paciencia, la sumisión, valores representados en la figura del ángel de la casa, que no era más que un reflejo del deseo masculino. Dellas merece ocupar un lugar especial dentro de nuestro legado literario. Pero esta utopía también contiene dos aspectos que enturbian el placer de su lectura en los años ochenta.

En primer lugar, la utopía aparece teñida de prejuicios raciales, evidentes en expresiones como «salvajes», «nativos con flechas envenenadas», «pureza de raza», y en la insistencia en señalar que las mujeres de Dellas son de «raza aria». Aunque con ello Charlotte Perkins Gilman sólo reflejaba una visión corriente en su tiempo, que atribuía superioridad a unas razas sobre otras, no podemos olvidar que muchas feministas contemporáneas cuyas participaron activamente en la lucha contra el racismo en los Estados Unidos. En este sentido, la autora comete el mismo crimen del que acusa a los hombres, esto es, juzgar a las personas de acuerdo con estereotipos que les han sido impuestos. Esto la lleva a juzgar las distintas razas según los ideales occidentales, ideales surgidos de una sociedad basada en la supremacía del hombre. El racismo de Gilman tiene sus raíces en la creencia darwinista de la superioridad de la raza blanca sobre todas las demás y en un absoluto desconocimiento de la historia cultural de otros pueblos.

El segundo obstáculo con que tropezamos en la lectura de Dellas, son sus opiniones sobre la sexualidad. Las Amazonas, se nos informa, son asexuadas. Dos mil años de desuso les han hecho perder casi totalmente el deseo y toda la energía sexual que puedan manifestar se recanaliza inmediatamente hacia el trabajo productivo. La autora deja claro que sus Amazonas no son lesbianas. También nos informa de que el deseo de practicar el acto sexual responde a una necesidad puramente psicológica y no fisiológica. Por este motivo Charlotte Perkins Gilman se manifestó decididamente contraria al control de la natalidad en 1923. Si bien más tarde, en 1927, apoyó los métodos anticonceptivos como un medio para evitar lo que describió como el «deterioro de la raza a través de la reproducción incontrolada y excesiva».

A pesar de estos dos puntos negros, la impresión general que nos deja la lectura de Dellas es muy positiva. Es una utopía llena de humor. Al invertir los roles asignados a cada género, la autora consigue dejar al descubierto el sexismo del lenguaje y las instituciones. Cuando uno de los invasores les explica a las mujeres de Dellas qué es una «virgen», ellas le preguntan inocentemente si existe un término equivalente para designar al hombre que no se ha apareado. También surgen algunas confusiones en torno al uso genérico de la palabra «hombre» cuando los tres exploradores les dicen a las mujeres de Dellas que «ningún hombre» en su sano juicio trabajaría si no estuviera obligado a hacerlo:

-¡Ah, ningún hombre! ¿Es este entonces uno de los rasgos que distinguen a vuestros dos sexos?

Los exploradores se apresuran a aclarar que, cuando usan la palabra «hombre», muchas veces también se refieren a la «mujer».

La sociedad de Dellas ha evolucionado durante dos mil años como una sociedad integ

rada exclusivamente por mujeres. Cuando los tres hombres exploradores la descubren, encuentran una raza de supermujeres o «ultramujeres» tal como ellos las describen. Durante su estancia en Deltas, los exploradores ven desmoronarse progresivamente sus ideas tradicionales, al reconsiderar y comparar su propia sociedad con esta nueva. Mientras uno de los hombres reafirma sus actitudes chovinistas, sus dos compañeros ya no se sienten «tan orgullosos» de ser hombres como en el momento de llegar. Aceptan los nuevos valores: ya no se consideran varones, machos, y a las mujeres como «el sexo», sino que ven a unos y otras como personas.

Elizabeth Russell

## Índice

|  |     |
|--|-----|
| INTRODUCCIÓN                             | 5   |
| UNA UTOPIA DE AMAZONAS                   | 16  |
| DELLAS                                   | 19  |
| I UNA AVENTURA NO DEL TODO INCOMPENSIBLE | 20  |
| II FESTEJOS ABORTADOS                    | 31  |
| III UN PECULIAR RÉGIMEN PENITENCIARIO    | 42  |
| IV NUESTRA AVENTURA                      | 54  |
| V UNA HISTORIA SINGULAR                  | 65  |
| VI LAS COMPARACIONES SIEMPRE SON ODIOSAS | 77  |
| VII NUESTRA CRECIENTE MODESTIA           | 87  |
| VIII LAS MUCHACHAS DE DELLAS             | 98  |
| IX NUESTRAS RELACIONES Y LAS SUYAS       | 109 |
| X SU RELIGIÓN Y NUESTROS MATRIMONIOS     | 121 |
| XI NUESTRAS DIFICULTADES                 | 131 |
| XII EXPULSADOS                           | 143 |